

La casa solariega



Isabel González Mateos

Málaga, 2011.

Agradecimiento

No hace muchos meses, y en una aburrida tarde de invierno, me puse frente al ordenador sin saber qué hacer para entretenerme un rato. Y de pronto, me vino una idea que hacía tiempo que me rondaba por la cabeza; y hete aquí que, por casualidad, se me ocurrió escribir lo que pudiera ser el título de un libro: “La casa solariega”. Después de darle vueltas durante algún rato a estas palabras, y sin llegar a una conclusión, pregunté a mi marido a ver qué podía hacer con eso. Éste me contestó: “Si has puesto esto, es porque te sugiere algo, ¿no crees?” Le conté mi idea y me dijo que no estaba mal. Si la desarrollas un poco, le buscas unos personajes, una problemática determinada y le das vida a éstos a través de unos diálogos, le estarás dando vida a tu idea.

Al fin, después de unos meses mi idea se hizo realidad; y he aquí los resultados.

*Ni la ausencia ni el tiempo son
nada, cuando se ama*

Louis Charles (poeta francés).

Presentación

Antes del inicio de esta pequeña historia sobre la relación personal entre la Aristocracia y las personas que trabajan a su servicio, he de aclarar que, en este caso, se trataba de un grupo de personas que ostentaban un título nobiliario, a diferencia de la forma de gobierno constituida por nobles que detentan el poder político en un estado. En el caso que nos ocupa se trata de la narración de una historia ambientada en un condado de la Rioja Alta; aunque este relato también pudiera encuadrarse en cualquier otra parte de la España de los años sesenta.

Quisiera subrayar seguidamente que en los primeros años de la década de los sesenta, tiempo en el que se sitúa esta narración, las diferencias sociales en España eran aún muy notables; y sobre todo si se trataba de la relación diaria de la Aristocracia con sus servidores. Ésta era “un coto privado”. Sus matrimonios, por ejemplo, se concertaban solamente entre los de su clase social; resultando casi imposible que

ningún plebeyo(a) pudiera entrar a formar parte de aquel grupo social tan cerrado. Aunque siempre era posible la aparición de una rendija por la que colarse la luz de la convivencia entre ambas partes.

CAPÍTULO I

Comenzaba a caer la tarde y los rayos del sol cada vez más débiles, y en su camino hacia el ocaso, se colaban en aquella habitación a través de una vieja ventana, iluminando la pared de enfrente con la mortecina y amarillenta luz del atardecer. Dando esta imagen a aquel lugar un aspecto triste y nostálgico.

Allí estaba Álvaro, solamente con su amargura y sus recuerdos. “Dios mío dame fuerzas para seguir”, repetía incansablemente, abatido por la tristeza y tratando de encontrar un consuelo para su inmenso dolor. En éstas estaba, cuando desde la cocina le llegó un gran alboroto:

–¡Señor, señor! ¡Ya están aquí! –gritaba Luisa corriendo por el pasillo. Aquellos gritos le hicieron recordar otro tiempo en el que llegaban, como todos los años para pasar el verano su madre, sus hermanos sus hijos y las criadas de éstos. La imagen de ella

se hizo presente y volvió a recordar el lejano día en el que la conoció:

Era el mes de Junio y, como siempre, todo estaba listo para que toda la familia regresara a pasar el verano; primero lo hacía su madre, la señora condesa, y sus dos criadas. La condesa doña Elvira, viuda desde hacía unos años de don Alonso de la Vega y conde de Dorsia, pasaba el invierno en una lujosa casa que poseía en una capital del norte, y en el verano venía hasta esta zona de la Rioja Alta a reunirse con toda su familia, que se encontraba repartida por otras ciudades del país.

En esta finca de nombre la Zarzalera, y en esta casa, nació el señor conde que la recibió como herencia de sus padres los condes de Dorsia y él, a su vez, se la dejó a su querida esposa y a sus hijos; Álvaro entre ellos. Todos, incluido el servicio, tenían un gran cariño a esta casa. Dentro de la finca, y cercana a la casa estaba la capilla; allí se habían celebrado las bodas y bautizos de alguno de sus hijos y nietos. Era una edificación cuadrada, similar a una

gran fortaleza y rodeada por una gran finca de viñedos y todo tipo de cereales.

De su mantenimiento se encargaba Álvaro, el hijo mayor de la señora condesa. Éste vivía allí durante todo el año acompañado de día por un matrimonio formado por Manuel y Rafaela, junto con sus dos hijos Antonio y Luisa. Éstos eran de corta edad: Luisa de diez años y Antonio de doce. Manuel tenía unos treinta y seis años; había nacido y se había criado en la pequeña casita cerca de las caballerizas y los corrales; todo ello ubicado dentro de aquel enorme recinto que parecía no tener límites. Manuel era la tercera generación de su familia que ejercía de guarda para esta finca de los condes. Primero fue su abuelo luego su padre y ahora él; el siguiente sería su hijo Antonio, a quien ya había empezado a enseñar las labores propias de aquellas tierras. El chaval era bien espabilado, ya que su padre, demasiado riguroso con su trabajo, no le dejaba pasar 'ni una'. “Esto será algún día tu sustento y el de toda tu familia, por lo tanto cuídalo como si fuera tuyo”, le recordaba a

menudo, queriendo asegurar lo mejor posible su futuro.

A Manuel y a Álvaro les unía una gran amistad, y casi eran de la misma edad; y desde niños sólo se habían separado el tiempo que Álvaro estuvo estudiando fuera, en la capital y en el extranjero. Manuel era campechano y a veces dicharachero, pero serio con su trabajo; cariñoso con su mujer y un gran padre para sus hijos a los que adoraba, y sobre todo a Luisa, la niña, que era su ojito derecho. Ella lo sabía, y bien que se las ingeniaba para sacar provecho de ello. En cambio, Antonio siempre llevaba las de perder. Claro que para Rafaela el primero era su niño como ella solía llamarlo. Aquella mujer era toda bondad y alegría, más bien pequeña y algo “entrada en carnes”; pero esto último carecía de importancia, dada la disposición que tenía siempre para ayudar a los demás. Conoció a Manuel cuando eran aún muy jóvenes. Se casaron en la capilla de la finca; y desde entonces, sus vidas quedaron ligadas para siempre a aquel lugar.

Rafaela se encargaba de las labores de la casa grande y de cuidar de todo lo que Álvaro pudiera necesitar. Ellos eran, por lo tanto, la compañía que éste tenía durante todo el invierno.

Álvaro rondaba ya la treintena. Moreno, alto, delgado y atractivo. ¡Vamos...! todo un caballero inglés. Sería porque estudió en Londres y se impregnó de esa cultura. En lo que a su carácter se refiere, éste era más complejo: a simple vista parecía huraño, frío y seco; de pocas palabras, y siempre las justas. Tenía pocos amigos; y tampoco asistía a evento alguno, si no era necesario. Y parecía que todas las grandes reuniones le molestaban; por eso, cuando terminó sus estudios le propuso a su madre la retirada a la casa de campo. Allí se sentía cómodo y feliz con otros dos buenos amigos: su perro “curro” y su gran amigo “lobo”, un bonito caballo negro con dos manchas blancas en una de sus patas traseras que rompían la uniformidad de su pelo negro; y tan noble como hermoso.

Los tres juntos salían cada mañana, y pasando por las choperas, se dirigían a recorrer los esplendidos

viñedos que, como cada año, traerían una gran cosecha; y posteriormente, se dirigían al río. Álvaro se sentaba sobre unas grandes piedras junto al camino. Y mientras tanto “curro”, aquel pastor alemán, corpulento, de pelo negro, y con algunas manchas marrones y blancas en la cara, jugaba y correteaba arriba y abajo para terminar su actividad saliendo y entrando en el río; y sacudiéndose, finalmente, el agua al lado de Álvaro que le recriminaba furioso, tras haberle salpicado sin miramiento alguno. Y mientras esto ocurría, “lobo” bebía silenciosamente y comía la fresca hierba de la orilla. Álvaro, sumergido en la quietud de aquel paraje, contemplaba feliz a sus amigos y reía o recriminaba las travesuras de “curro”. Recordaba el día en el que vio a su perro por primera vez en una feria de ganado, siendo aún un cachorro. Lo compró, y él mismo se encargó siempre de alimentarlo y de cuidarlo. Ahora “curro” le pagaba con su cariño y lealtad. Estos momentos y otros parecidos eran su vida y su mundo, y si los demás no le entendían, allá ellos.

Faltaban pocos días para la llegada de su madre y la casa era un ir y venir del personal de servicio limpiándolo y ordenándolo todo, dado que ésta pasaba de tener un solo inquilino a ser por lo menos veintitantos. Había que preparar todas las habitaciones, las camas y las compras; en fin, menudo revuelo. Además, la señora condesa era muy exigente con el orden y la limpieza.

La casa, o para ser más exactos aquel palacete, dadas sus grandes dimensiones, tenía tres plantas: en la planta baja una gran puerta de dos hojas daba acceso a un enorme salón que a su vez servía de recibidor y de distribuidor. De allí salían unas grandes escaleras que conducían a la parte noble del edificio (primera planta), y otras tres puertas: una a los dormitorios, otra al salón de las grandes celebraciones y la tercera puerta, seguida de un largo pasillo, llevaba a los corrales, a las casas de los criados, a las caballerizas y a un almacén con un número indefinido de herramientas de trabajo en el campo. A la fachada principal daban los dormitorios y los salones de la casa.

En la primera planta, nada más subir las escaleras, había un gran hall del que salían tres pasillos: uno a la cocina, otro a las salas de estar, comedor y dormitorio de la señora condesa y el tercero a los dormitorios de los niños, al del señorito Álvaro y a varias alcobas más. La tercera planta era para las criadas y algún cuarto trastero. En la parte posterior de la casa había un enorme patio; y en el centro de éste una pequeña fuente que no paraba de echar agua y unos cuidados parterres con sus correspondientes flores. Y en sus laterales, estaban la casa de Manuel el guarda, la de algún criado más y, por supuesto, las caballerizas. Estas últimas edificaciones tenían delante unos soporales con arcos, que otorgaban un aire de cierta nobleza a la vida de sus moradores.



Después de la llegada de la señora condesa, y tras pasar revista a la casa, llegaron los demás: es decir los hijos y nietos de ésta. Y posteriormente, las criadas y el resto del servicio. Una vez instalados en sus respectivas habitaciones y colocada la ingente cantidad de equipaje y demás parafernalia, llegaba la hora

de la cena. En esta ocasión, la señora condesa preparaba un banquete de bienvenida en el salón de las grandes celebraciones. Terminada la cena, se retiraban a una salita para charlar y tomar el café; y de paso, contarse sus andanzas durante el tiempo que no se habían visto.

Mientras tanto, en la cocina se vivía algo parecido, pero sin tanto protocolo, o sea algo más coloquial y dicharachero. Allí no se respetaba el turno de palabra, cada cual hablaba cuando quería. Unas por un lado y otras por otro, las palabras parecían cobrar vida por sí solas. Y en un ataque de verborrea colectiva, no dejaban de salir por aquellas bocas ansiosas historias por contar, guardadas durante el verano: que si mi señora esto, que si la mía lo otro; que si me hice novia de uno que tú no sabes lo guapo que era. O también expresiones tales como “¡anda que yo dejé al mío...!” etc, etc. En fin, que más que una cena aquello parecía una jaula de grillos. Es lo que tiene ser joven..., estás lleno de energía.

En un momento determinado, se oyó el llanto de un niño. Laura salió corriendo de la cocina, ya que el

inquieto sollozo venía de la habitación que ella compartía con los niños; y así era, Javier estaba llorando. Se había despertado quizá por ser la primera noche, porque extrañaba su habitación, o debido al delirante jolgorio de los recién llegados. Laura trató de consolarlo, y cuando se quedó dormido, salió con sigilo para que no se despertaran los demás. Y al salir para volver a la cocina con sus compañeras, se dio de bruces con él. Ella no sabía quien era, nunca lo había visto “Será el hijo soltero de la condesa”, pensó de forma precipitada.

–¡Ay, perdone! –acertó a decir él, nervioso; y enmudeció seguidamente, como si se sintiera abrumado ante tan estúpido encontronazo.

–Lo siento, no le había visto... –dijo ella en una especie de susurro, y como si quisiera implorar perdón por un delito de lesa gravedad, mientras parecía huir asustada hacia la cocina.

Y él, sin darle demasiada importancia al pequeño encontronazo, se dirigió a una habitación frente a la de ella; le dio las buenas noches y cerro su puerta.

Ella se quedó por un instante intranquila y nerviosa. “¿Por qué estoy nerviosa?”, se dijo. “A fin de cuentas es el señor de esta casa y seguramente lo trataré poco, ni siquiera sé como se llama. Claro que eso tiene remedio, por la mañana se lo preguntaré a los niños; pero de todas formas “eso... ¿a mí que me importa?”, concluyó nerviosa. Entró en la cocina y las compañeras, por orden de la señora, ya habían bajado el tono. Esta se había retirado a dormir, y ellas harían lo mismo ya que, por la mañana, tenían cosas que hacer.

Laura se fue para su habitación y las demás a las suyas. “Mira que si le da por salir otra vez de su cuarto a ese señor..., y yo al mismo tiempo”, pensaba intranquila. Con estas cavilaciones y otras similares estuvo al menos una hora; hasta que al fin se quedó dormida.

Y él nervioso... se quedó dándole vueltas a semejante encontronazo, sin saber por qué. “Había espacio suficiente para los dos; y sin embargo, me la llevé por delante. Pero cómo puedo ser tan inepto, o tan ciego... En fin, tampoco la cosa ha sido para tanto”,

concluyó definitivamente; y seguidamente se olvidó del pequeño incidente y se durmió. Mientras tanto, se iba apagando poco a poco el jolgorio lejano de los recién llegados.

CAPÍTULO II

Laura, la que será una de nuestros protagonistas, era una jovencita de dieciocho años, con pelo castaño, de mediana estatura, proporcionada en sus formas y con unos preciosos ojos azules. Ella era la niñera que la señora Mercedes, hija de la condesa, tenía para el cuidado de sus tres hijos: Javier de cinco años, Lolo de tres y María de año y medio. Al ser éstos tan pequeños, dormía con ellos en la planta más noble de la casa; pero ella echaba mucho de menos poder estar con las demás criadas, ya que éstas se lo pasaban muy bien juntas; y ella, sin embargo, tenía que estar al cuidado de los más pequeños.

Al día siguiente de la llegada a la casa, su señora le dijo que después de desayunar bajara a los niños, porque su tío Álvaro quería verlos. “Vaya, por fin me entero de como se llama el misterioso señor Álvaro”,

pensó satisfecha. “¡Y qué nombre más bonito!”, murmuró casi en voz alta. “Huy, huy, huy...qué vergüenza me da”, murmuró compungida. Seguidamente, cuando bajaba las escaleras, le temblaban las piernas. Se paró un momento, respiró profundamente y procuró mantenerse firme. Llegó finalmente al jardín, donde él y toda la familia terminaban de desayunar. Él se levantó, y los niños corrieron a su encuentro; los besó uno a uno y bromeó un poco con ellos.

—¡Pero qué grandes estáis ya...! —les decía él con una amplia sonrisa y sin poder disimular su satisfacción, al contemplarlos. En un momento y ya al final de aquella tierna escena, sus miradas se cruzaron. Laura no sabía donde meterse, intuyendo, a la vez, que un intenso color rojo de su cara la estaba delatando. “¡Dios mío, que termine pronto este momento!”, clamaba en el fondo de su corazón atormentado. “Pero... ¡qué guapo es!”, parecía lamentarse enamorada. “Anoche no me fijé...”, pensaba atropelladamente. “Seguramente el nunca tendrá en cuenta a una criada como yo”, concluyó desanimada ante tan evidente posibilidad, y trató de abandonar

lo que, en principio, parecía un sueño imposible. Su señora la sacó por fin de aquella especie de encantamiento, al decirle que podía marcharse con los niños para que jugaran con sus primitos. Y finalmente cuando se marchó, iba con la sensación de que él la seguía con la mirada.

Los días transcurrían y todos se lo pasaban muy bien. De vez en cuando lo veía entrar en su habitación, pero no creía que éste le prestara mucha atención; aunque ella creía que sí la miraba. “Pero qué soñadora soy”, pensaba en un intento por complacer a su corazón enamorado.

Cierto día, cuando todos tomaban el té en el jardín, ella bajaba por las escaleras con una caja de bombones que su señora le había mandado ir a buscar a su habitación. Y cuando se dirigía a abrir la enorme puerta que daba al jardín, él salía de una de las habitaciones de la planta baja y quiso ser amable y abrirle la puerta; pero ella, precipitadamente, y en un acto reflejo, había llevado su mano a la manilla. Entonces él puso su mano en la de ella y la miró como nunca

antes lo había hecho; y sin saber que hacer y casi tartamudeando le dijo:

–Perdona, me he adelantado sin darme cuenta. La próxima vez tendré más cuidado... –concluyó nervioso ante tan inocente coincidencia.

–Laura, ¿dónde estaban los bombones? –dijo la hermana de Álvaro. “La puerta se encasquilló y no podíamos abrir”, contestó Álvaro. “¿Por qué mintió? ¿Lo hizo para que su hermana no me regañara? Y si es así, ¿por qué quería protegerme?”, pensaba Laura. Y A partir de ese día, siempre que podía se hacía el encontradizo. Cualquier excusa era buena para estar cerca de ella y así fueron pasando los días de un verano que para ella sería único.



Una noche Javier se despertó llorando porque estaba soñando; y no sólo despertó a sus hermanos, sino que también lo hizo con su tío Álvaro, dada la proximidad de sus habitaciones. Pasado algún tiempo, Javier volvió a despertarse acongojado y muy

nervioso. Por fin, Álvaro preocupado, se levantó, y golpeó suavemente la puerta de Laura.

–¿Qué ha pasado –dijo Álvaro alarmado– ¿Puedo ayudar en algo?

–No gracias, es Javier que creo que tuvo alguna pesadilla –respondió ella precipitadamente, tratando de calmar también a éste... –y tras estas palabras, comenzó a cantar algo parecido a una nana que, tal vez con una doble intención, sirviera para tranquilizar no solo al desasosegado Javier si no también relajar al desvelado Álvaro.

–Deja que pase, y yo lo calmaré –insistió Álvaro, tratando de solucionar el problema, y ya al borde de la impertinencia.

Como seguía insistiendo, no le quedó a Laura más remedio que abrir. Se puso su bata y abrió la puerta. Allí estaba él con su batín de seda azul oscuro y sus iniciales bordadas en blanco. No parecía que hubiera estado durmiendo, quizá leyendo. Estaba muy elegante, como si viniera de una fiesta. Pasó finalmente, y se sentó en su cama intentando calmar a Javier que

todavía sollozaba con un leve ahogo. Se dispuso a contarle una historia, y a los pocos minutos ya estaba dormido. Se levantó, puso la mano sobre el hombro de Laura, y con un suave susurro, le dijo: “Métete en la cama e intenta dormir algo, que yo me encargo de decirle a mi hermana lo que ha pasado esta noche para que nadie os moleste y podáis dormir hasta más tarde”. Ella le dio las gracias. Él la miró con dulzura, y salió cerrando la puerta tras de sí. A Laura el corazón parecía salirse del pecho; trató de serenarse, y pensando en él se quedó dormida.

Al día siguiente, cuando Laura y los niños se levantaron y salieron de la habitación, ella miró a la puerta de Álvaro que estaba entreabierta; pero él ya se había marchado. Y Rafaela, que estaba haciendo la limpieza del dormitorio de éste, salió para saludarlos:

–Qué... ¿Se os han pegado las sábanas esta mañana? ¡Vaya horas de levantarnos! ¡Qué barbaridad!

–Ya sé que es tarde... –respondió Laura, con un mal disimulado mal humor, pero menuda noche hemos tenido.

–Tu señora me dijo que no hiciera mucho ruido, porque esta noche habíais estado “de levante” por culpa de Javier –concluyó Rafaela con cara de cierta desconfianza... –y para rematar la faena, añadió: “Lo que yo me pregunto es que quién se lo habrá dicho a tu señora; porque durmiendo abajo no pudo oír nada.”

Laura prefirió no hacer demasiado caso al comentario de Rafaela y continuó con la tarea de preparar a los niños, ya que era un poco tarde; no habían desayunado aún y, aprovechando el buen tiempo que hacía, pensaba salir a dar un paseo.



La noche siguiente Laura recordó la conversación que tuvo con Álvaro el día anterior, y esto la llenó de alegría; ya que era evidente que él se preocupaba por ella. Pasó todo el día sin verlo por la casa. Esto la intranquilizó un poco: “¿Dónde estará, habrá ido a la ciudad?, ¿y a qué? ¿No tendrá alguna novia y habrá ido a visitarla?”, pensaba angustiada. Y como tampoco pudo preguntarle a nadie por miedo a que su inte-

rés por él resultara un tanto sospechoso, se aguantó con la duda y permaneció despierta hasta su regreso. Así lo hizo después de acostar a los niños y de que éstos se durmieran, cansados de corretear todo el día.

Laura estuvo leyendo mientras esperaba a que sus pasos sonaran en el pasillo; pero no podía concentrarse en la lectura, porque sus pensamientos estaban en otra parte. Cada vez estaba más nerviosa, ya que era bastante tarde y Álvaro no volvía. En éstas estaba, cuando de pronto sonaron unos pasos en el corredor. “¿Será él?”, pensó sobresaltada. “¡Dios mío que sea él!”, suspiró entre aliviada y nerviosa. Efectivamente era él. Éste se detuvo un momento a su puerta, como si quisiera decirle: “Ya estoy aquí”. Pero se marchó a su habitación; y ella, más tranquila, dejó su libro sobre la mesita de noche y se dispuso a dormir.

Al día siguiente él se levantó más tarde. Y apareció en la cocina, cuando Laura estaba dando el desayuno a los niños.

–¡Buenos días diablillos! ¡Buenos días señorita Laura! –proclamó éste de manera festiva... –y tras estas palabras se sentó a la mesa junto a ellos.

Laura se ruborizó ostensiblemente tras las palabras de éste y siguió atendiendo a los niños. “¡Qué contento estaba y qué bien olía!”, pensaba ella. Éste, al entrar, impregnó toda la cocina de un suave perfume muy conocido por ella y que nunca olvidaría.

–Esta noche parece que ha sido algo más tranquila para los niños –dijo ella sin levantar la cabeza, ya que intuía que él la estaba mirando; y eso la ponía muy nerviosa.

–Ayer no me echasteis de menos, por lo que veo –dijo Álvaro, tratando de llevar la conversación al lugar que a él le interesaba– Estuve muy ocupado en la ciudad todo el día y casi no tuve tiempo de comprar los regalos, pero al final los compré... –y mientras esto decía miraba a los niños, “con el rabillo del ojo”, y controlaba las reacciones de Laura.

–Espero que os hayáis portado bien, porque, si no ha sido así, no habrá regalos para nadie... –y recalcó

estas últimas palabras con cierta aureola de intencionalidad.

Los niños, con un gesto muy propio de ellos, se encogieron de hombros, y no dijeron nada. Miró a Laura, y ésta, como siempre, rehujo su mirada.

–¡Vaya..., vaya! He traído regalos de la ciudad; pero como nadie me ha echado de menos, se los daré a otros niños –concluyó Álvaro, ante tanta indiferencia.

“¡Las chucherías no...!”, exclamaron al unísono los pequeños... –y tras la multitudinaria reclamación, Álvaro soltó las golosinas y demás cosas encima de la mesa. Finalmente, ellos se encargaron de repartirlo todo de la forma más equitativa posible para evitar problemas entre ellos. Y tras finalizar la distribución, Álvaro les dijo:

–¿No le dais nada a Laura? “No...”, contestaron ellos por aclamación... Y tras semejante decisión, por aplastante mayoría (la oposición, si es que existía no dijo “ni mu”) cada uno se ocupó de guardar a buen recaudo la parte que le correspondía.

–Pues yo le daré a Laura su regalo, ya que vosotros sois muy egoístas, y no le habéis querido dar nada a ella –replicó él gozoso–, tras conseguir lo que pretendía, que era entretenerlos; y mientras tanto, sacaba de su bolsillo un pequeño paquete y se lo entregaba a ella.

–Esto para que se te olvide la mala noche que te dio Javier, es de su parte y de la mía. Creo que te gustará –añadió–, pues me ha dicho un pajarito que es uno de tus regalos preferidos.

Laura fue desenvolviendo con cuidado el papel, y apareció una pequeña caja decorada con flores, y en su interior estaban esos caramelos en forma de hojas con sabor a lilas y que a ella tanto le gustaban. Ni qué decir tiene que para ella aquel regalo fue como un tesoro. “¿Cómo sabía él que eran sus caramelos favoritos?” Por un instante pensó en su hermana, pero eso no tenía sentido, aunque ella supiera que le gustaban mucho, ya que algunas veces se los había regalado; aunque, finalmente, desechó esa posibilidad.

–Gracias, pero no tenía por qué haberse molestado –acertó a decir ella, bastante nerviosa y cabizbaja, como si, en vez de hacerle un regalo, la hubieran ofendido por alguna razón desconocida.

–De nada mujer –respondió él bastante contrariado– Bueno me marcho, –añadió– Hoy tengo bastante trabajo, ya os veré por la tarde. Y no le deis mucha guerra a Laura –concluyó éste, cuando ya salía por la puerta... “Que usted tenga un buen día”, murmuró ella finalmente, en forma de despedida.

Ella se quedó un poco confusa: “¿Por qué le había traído un regalo? ¿Quería eso decir que cuando estuve en la ciudad se acordó de ella?” Y siguió divagando, absorta en sus pensamientos, sin encontrar una respuesta clara a las preguntas que su corazón enamorado le hacía en aquellos momentos.

CAPÍTULO III

Pasó todo el día dándole vueltas a la cabeza mientras los niños jugaban con sus primos. Éstos eran hijos de Andrés, el hermano mayor de su señora; el mayor de los niños, llamado Alberto, era de la misma edad que Javier y el pequeño Luis de la edad de María. Éstos tenían de niñera a una señora mayor llamada Juana (Juanita); y como dato curioso añadiré que ella había sido la niñera de la señora Elena, madre de Alberto y Luis; y por eso, más que criada parecía uno de ellos. Por lo que ella acostumbraba a decir que éstos habían sido su única familia.

Entró de niñera muy joven, cuando nació la señora Elena, y siguió siempre con ella hasta que ésta se casó. Posteriormente se la llevó con ella para que, más tarde, cuidara de sus hijos.

Juana era una mujer muy peculiar y de costumbres muy arraigadas: a sus años llevaba el mismo modelo de uniforme de color rosa con rayas blancas que estrenó el primer día, cuando comenzó a trabajar para aquella familia. También sobre sus cabellos, ahora plateados, mantuvo siempre el mismo modelo de cofia que estrenó el primer día en aquella casa. Y, ¿cómo no?, el mismo peinado de siempre recogido en un moño bajo su blanca cofia de encaje, bien almidonada. Todo ello le daba un envidiable aire de pulcritud, elegancia y saber estar.

El uniforme de Laura se componía de un vestido azul claro, rematado por un ribete blanco en el cuello y en las mangas. Decía que su uniforme era tan sencillo como ella. Todos esos adornos de cofia y delantal no le gustaban; y como su señora no era muy exigente con el modelo de ropa que había de llevar el servicio, tampoco acostumbraba a ponerse la cofia, porque, si la veía Álvaro, se sentiría ridícula.

∞

–¿Qué te pasa Laura? Llevas todo el día como ausente –le preguntó Juana preocupada.

–Nada, absolutamente nada –respondió ésta un poco fastidiada por la pregunta.

–Mujer, si no me lo quieres contar, allá tú –añadió Juana–. Pero tú a mi no me engañas, y hoy no estás bien... –concluyó ésta, con cierta preocupación en su mirada.

–Es que echo de menos a mis padres –mintió Laura, cuando realmente lo que ocurría era que no era capaz de quitarse a Álvaro de la cabeza.

–Claro, no me extraña. Eres todavía muy joven y los echarás de menos todos los días –respondió Juana conciliadora–, y además tienes la oportunidad de verlos pronto. Peor estoy yo que no tengo a nadie que me espere... –y tras estas palabras, de sus ojos cansados brotó una gruesa lágrima preñada de tristeza.

El domingo se levantaron muy temprano, ya que tocaba ir a misa a la capilla que había cerca de la casa. Laura ese día quería estar guapa, pues sabía que Álvaro estaría con toda su familia. “Hoy voy a estrenar mis primeros zapatos de tacón. También me daré un poco de maquillaje y, cómo no, también iré perfumada”, pensó muy animada. Se miró en el espejo y exclamó: “¡Caramba que guapa estoy! Espero que a Álvaro le guste; seguro que él si está guapo, de eso no tengo la menor duda.”

Cuando Laura salió de la habitación él ya se había marchado a la capilla con su madre. “Nosotros, como siempre, llegamos los últimos: en primer lugar, porque yo ando como un pato, ya que es mi primer día con tacones; y en segundo lugar porque con los niños siempre se llega tarde a todos los sitios”, pensaba angustiada. La misa ya estaba empezada, y cuando entraron la señora la miró con cara de pocos amigos; y para colmo de males, los “los niñitos” no paraban quietos un momento. La señora condesa mandó a su hijo para que salieran a la calle, porque no había manera de celebrar la misa con los dichosos

niños que no hacían más que dar guerra. Y dicho y hecho, salieron a la calle. Pero cuál fue su sorpresa, al comprobar que Álvaro también salió con ellos.

–Usted puede entrar y seguir con la misa –dijo Laura, intentando arreglar un poco el desaguisado– Nosotros nos vamos para casa, porque la misa está a punto de terminar –añadió disgustada, tras el mal comportamiento de éstos... –y dicho esto, los cogió de la mano y, con cara de muy pocos amigos, tomó el camino de vuelta.

Él la acompañó a casa preocupado por la evidente desazón de ésta; y dado el disgusto que ella llevaba por lo ocurrido con los niños, trató de desviar su atención de lo sucedido:

–¿Sabes...? estoy muy a gusto contigo. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta hasta el río con los niños? –susurró Álvaro, temeroso del resultado de su pregunta– No obstante, si no te encuentras bien, no vamos, que por eso no pasa nada –añadió éste finalmente, con cara de circunstancias.

A Laura la idea le pareció estupenda, aunque estaba nerviosa por lo que acababa de proponerle Álvaro. Éste, al parecer, estaba a gusto con ella. “Pues si él supiera como estoy yo, cuando lo tengo cerca...” pensó ella un poco angustiada.

–De acuerdo, iremos un rato con los niños, –dijo ella bastante nerviosa No me encuentro muy bien, pero lo haré por los niños –mintió, a sabiendas de que esa no era la razón más importante; pero tampoco era el momento para espontaneidades... –y seguidamente se pasaron por casa para ponerse algo cómodo.

Ella no tenía traje de baño; pero Álvaro no lo sabía, y cuando llegaron al río este le dijo a Laura:

–¿Qué te parece si nos damos un chapuzón con los niños? –preguntó este con cierta cara de pardillo.

–¿Qué...? –respondió ella sorprendida– No ni hablar yo no he traído traje de baño –concluyó como si aquella pregunta inesperada hubiera surgido del mismísimo infierno.

Nunca se había sentido más ridícula. “¡Qué situación más comprometida! Y... ¿por qué no me avisó mi compañera Tere (la cocinera) de que las criadas también se bañaban? ¡Qué graciosa! Cuando llegemos ya le contaré yo cuatro verdades a ésa.”

–Perdón, puede usted bañarse con los niños y yo me quedaré al cuidado de Curro –dijo ella finalmente tratando de quitarle importancia al asunto.

–Yo, como comprenderás, tampoco me voy a bañar –dijo él comprensivo ante la negativa de ella–; porque lo que no es lógico es que yo me bañe, mientras tú te quedas al cuidado de los niños... –y tras estas últimas palabras calló malhumorado.

Ella se estaba sintiendo incomoda con la situación. Pero él, por fin, se encargó de hacer que se le olvidara el mal rato, y empujó a Curro al agua. Y los niños encantados, porque los salpicaba y jugaba con ellos; se lo pasaban a lo grande. Mientras tanto, Álvaro se sentó en su piedra favorita y llamó a Laura:

–Ven, siéntate aquí conmigo a la sombra –le dijo a Laura– y no te preocupes por ellos, que no les pasa

nada: hay muy poca profundidad y desde aquí los vemos mejor.

Laura accedió a sentarse cerca de él, pero para éste no era lo suficiente; y bajó de donde estaba para ponerse a su lado. Ya no había dudas para ella, se daba cuenta de que él también sentía algo por ella; lo notó en su mirada: era tierna, dulce y hasta protectora. Ella también se sentía muy a gusto con él.

—¡Ay Laura muchachita!, ¿sabes que creo que me estoy enamorando de ti? —susurró con cierta timidez— Desde que te vi la primera vez no sé lo que me pasa, no duermo. No tengo sosiego, si no te veo; y tenemos un gran problema: nunca estamos solos, si no son los niños..., son los mayores. No sé qué hacer. No puedo hablarte de mis sentimientos como yo desearía y tampoco quiero que me malinterpretes, ni que pienses que quiero aprovechar mi condición de señor para pasar el rato. Espero que nunca pienses que lo hago por eso. Y si en algún momento llego a sobrepasar los límites que tú creas que no debo, me lo haces saber... —y tras esta larga declaración de

intenciones suspiró profundamente, como si hubiera sido víctima de un profundo e inesperado estrés.

Laura, mientras tanto, se encontraba como en una nube. “Baja de tan alto”, se decía a sí misma. “¿No te das cuenta de que esto no puede ser? Tú, una criada, con todo un señor conde... Estás más loca de lo que pensabas; y además casi te dobla la edad”, se recriminaba a sí misma, pensando en algo que le parecía absolutamente irreal.

—Álvaro, ¿no crees que si se entera tu madre, lo primero que hará es decirle a tu hermana que me despida? —dijo Laura, acongojada por la situación— Y además, ¿tú ya sabes los problemas que todo esto te acarrearía? —concluyó preocupada y feliz a la vez.

—No me importa, yo veré el momento de decirle que te quiero y que soy mayor de edad para hacer con mi vida lo que quiera —proclamó él, como si de un transcendental juramento se tratara— Y además, no puedo estar sujeto a lo que mi madre, por mucho respeto que le tenga, quiera imponerme. Laura dime que sí, que tu también me quieres tanto como yo... —

y tras estas palabras, la miro fijamente a los ojos, esperando de ella una respuesta.

–Pues claro tonto, ¿no ves que me estoy derri-
tiendo por ti...? –acertó a decir Laura emocionada,
como si estuviera en una nube– Y el se acercó tanto a
ella que, si Lolo no hubiera comenzado a gritar, la
habría besado.

–¡Qué te pasa, Lolo! –protestó airada ella, tras los
gritos del niño.

–Es Curro, me ha tirado al suelo y me ha hecho
daño... –protestó el pequeño, en una especie de que-
ja poco creíble.

Álvaro se adelantó a recoger al niño, y se encargó
de sacar del río a los demás; les preparó y se mar-
charon.

–Espero que lo hayáis pasado bien –dijo éste–
intentando quitarle importancia a lo que había suce-
dido. “¡sí...!” , respondieron todos a la vez.

–Podemos venir muchos días más si Laura quiere...
–añadió Álvaro con una mal disimulada timidez.

Ella le brindó una pícaro sonrisa. Y él se llevó dos dedos a la boca y le envió ese beso que no pudo robarle momentos antes.

Después de la excursión al río con los niños y Álvaro, éste desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Habían pasado tres días y no lo había vuelto a ver. Laura no sabía a quien preguntar, y se hacía las preguntas de siempre en estos casos: “¿Le habrá pasado algo?, ¿dónde se habrá metido? Me dice que me quiere y ahora desaparece sin darme una explicación”, no lo entiendo. Se hacía estas preguntas una y otra vez, pero no encontraba una respuesta lógica ante el comportamiento de él. Por fin, cansada de tanto darle vueltas al asunto, de repente se le ocurrió preguntar a su señora por el paradero de Álvaro, y así lo hizo:

–Doña Mercedes, ¿su hermano Álvaro dónde está?
–preguntó ella con un cierto nerviosismo... –y tras estas palabras, agachó su cabeza como si quisiera ocultar una cierta preocupación por la falta de éste.

–¿Te pasa algo? No sé, te noto preocupada por su ausencia –dijo doña Mercedes ante la evidente inquietud de su criada– No te preocupes por eso mujer –añadió la señora –Sólo habrá ido a su refugio; y no tardará demasiado en volver –concluyó por fin doña Mercedes con un gesto de cierta desconfianza en su cara.

–No..., es que les prometió a los niños que los llevaría al río con Curro, el perro, y como no lo he visto..., por eso le preguntaba –acertó a decir Laura un tanto nerviosa y poco segura de si misma.

–Mi hermano vendrá, como mucho, dentro de dos o tres días –añadió ella– y no se preocupe, que ya es mayorcito... y sabe defenderse solo –concluyó doña Mercedes con cierto recelo.

CAPÍTULO IV

A ella eso del refugio la dejó algo descolocada. “¿Por qué él no le mencionó nada de ese refugio? Será alguna otra casa que tiene para descansar. “O... ¡tal vez tenga alguna otra mujer!”, pensó un poco intranquila. “¿Será posible?, y yo pensando en él; y más ahora que decía que estaba enamorado y quería cuidarme”. “¡No le volveré a querer!”, exclamó en silencio desde el fondo de su corazón malherido..., y pareció sosegar para siempre sus temores.

Pasaron cuatro días más, y parecía no regresar nunca. “¿Dónde estás querido? Me muero por verte, ven”. En éstas estaba en su habitación tres o cuatro días después, cuando oyó unos pasos en el pasillo. Enseguida se dio cuenta que eran los suyos, eran inconfundibles para ella. “Dios mío gracias por traer-

melo de vuelta”, pensó alborozada. Y al llegar a su puerta los pasos pararon, y ya no tuvo la menor duda, era él. Golpeó suavemente la puerta y la llamo:

–Laura abre la puerta, por favor, que tengo que hablar contigo –dijo Álvaro de forma precipitada, como si tuviera mucha prisa.

Ella abrió la puerta, y él la agarró por el brazo y la llevo a su habitación. Y cerrando tras de si su puerta, comenzó a besarla con toda la pasión que había acumulado durante los días de su ausencia. Ella no opuso resistencia y se dejó llevar por ese momento que tanto había deseado. Logró, no obstante, separarse de él. Y seguidamente, Álvaro trató de explicarle el porqué de su desaparición durante aquel corto periodo de tiempo:

–Lo hice para saber realmente hasta que punto te quería –manifestó él rápidamente, intentando dar verosimilitud al porqué de su larga ausencia... –y tras estas palabras de dudosa credibilidad, permaneció en silencio, y a la espera del resultado de su explicación sobre las razones de tan larga ausencia.

–Bueno, me parece bastante poco creíble tu explicación –añadió ella con una evidente sombra de incredulidad en su cara–; pero de todas formas te quiero –dijo finalmente, como transportada por una felicidad propia de cualquier mujer enamorada.

–Ahora sé que te quiero, como nunca antes había querido a nadie; y no me importa nada lo que mi madre pueda pensar... –y tras estas palabras, calló emocionado, temiendo haber llegado demasiado lejos.

–Tú estás por encima de todo y de todos –añadió él de nuevo– Ven que quiero comerte a besos, porque no sabes qué días de tormento y tortura he pasado sin verte. No quiero volver a tener que separarme de ti jamás –concluyó como en una especie de juramento de eterna fidelidad.

Laura pareció enmudecer. Creía estar en un sueño del que le diera miedo despertar. Él se acercó otra vez a ella, le cogió la mano, ahora con más delicadeza, y la miró con ternura a la vez que le decía:

–¿Tú sientes lo mismo que yo? Dime preciosa, dime que sí, dime que no estoy equivocado... –y tras

estas palabras, la volvió a besar en la frente; y terminó, finalmente, buscando sus labios llenos de deseo. –Quédate esta noche conmigo –le susurró finalmente al oído. Pero ella se separó y dijo: “¡Álvaro..., esto no puede ser!”

Y abriendo la puerta se marchó dejando a Álvaro lleno de emoción y deseo. Aunque pensó que era mejor que se hubiera marchado, porque, de lo contrario, no se hubiera resistido a hacerla suya, ya que la deseaba y amaba demasiado. Y Álvaro, en una especie de despedida provisional, susurró en el silencio de la noche: “¡Te quiero Laura! ¡Dios mío, cuánto te quiero!” –y tras estas palabras, se dejó caer en la cama, y así permaneció hasta que los primeros rayos de sol entraron por su ventana.

De los dos meses que ella llevaba de vacaciones en la Zarzalera, ya hacía más de mes y medio que habían iniciado sus escauceos amorosos. Se habían visto furtivamente, pero él seguía respetándola. Cada vez era más difícil disimular ante los demás que estaban enamorados; aunque algunas criadas ya se estaban preguntando el porqué de tanta confianza entre

ellos. “Ni que fueran amigos de toda la vida”, comentaban entre ellas. Por si acaso, éstas procuraron que no llegaran a oídos de la condesa estas habladurías, porque si no fuera así Laura lo tendría muy crudo: en una palabra, la despedirían sin contemplaciones, y a Álvaro le caerían juntas las siete plagas de Egipto.

Cierta noche Álvaro llamó a la puerta de Laura para charlar un rato, como lo había hecho en otras ocasiones; pero ella se hizo la dormida. Aunque, al final como siempre y ante la insistencia de éste, tuvo que abrir la puerta. Álvaro, muy cortés, la invitó a pasar a su habitación, pues le tenía reservada una sorpresa. Ella accedió a regañadientes, porque sabía lo que podía pasar. Al entrar, vio que él tenía sobre la mesa unas velas, rosas y una botella de champán con dos copas; y se quedó muy extrañada ante tanta parafernalia:

—¿A qué se debe esta celebración? —preguntó ella con un gesto de sorpresa en su cara— No tenías por qué haberte molestado con esto; porque, que yo sepa, ahora no hay nada que celebrar... —concluyó un

tanto molesta por la cara de indiferencia que ponía Álvaro ante su protesta.

–¿No sabes que mañana es tu cumpleaños, y que pasado hace un mes que nos dimos el primer beso y te dije que te quería?, pues por todo eso he querido celebrarlo –concluyó Álvaro con una sonrisa “de oreja a oreja”.

–Pero... ¿qué dirá mañana Rafaela de todo esto, cuando venga a hacer tu habitación? –Protestó ella alarmada.

–Pues nada preciosa mía, porque ella es la que me ha ayudado a prepararlo todo; además es la única que sabe lo nuestro y no dirá nada... –y consciente de lo que se la podía venir encima, se giró al otro lado para encender las velas, y evitar así ver la cara de ella tras semejante información.

–¿Me estás diciendo que Rafaela sabe lo nuestro...? ¡Qué vergüenza! ¿Cómo es posible? ¡No podré mirarla a la cara! –clamó Laura en un suspiro ahogado– ¿Y si se lo dice a las demás criadas? –insistió angustiada.

–¿Te avergüenzas de nuestro amor? –preguntó Álvaro preocupado– Tienes que aprender a aislarte de la opinión de los demás, porque si no es así, sufrirás mucho –razonó él finalmente, y mirándola a los ojos.

–Pero, de todas formas, tengo mucho miedo –agregó ella bastante nerviosa– Esto se nos está yendo de las manos...

–Ven tontita, siéntate en la cama y brindemos por todo esto que sentimos y por tu dieciocho cumpleaños –dijo él, tratando de animarla– A propósito... ¿sabes que te sako la friolera de dieciséis años? Espero que eso no te importe demasiado... –concluyó éste preocupado, ante la posible respuesta de ella.

–Eso es algo que no tuve en cuenta cuando me fijé en ti –respondió ella, orgullosa de su rotunda y rápida respuesta... –y tras estas últimas palabras, enmudeció nerviosa, deseando no haber “metido la pata” con una respuesta tan determinante .

Tras el anunciado brindis de Álvaro por las poderosas razones expuestas al principio..., éste soltó su copa, le cogió las manos y comenzó a besarlas con mucha delicadeza, como si éstas fueran de porcelana y temiera romperlas. Después la besó en la frente; y recogiendo su pelo hacia adelante, la besó suavemente en la nuca. Ella experimentó un placer hasta ahora desconocido; pero, sorpresivamente, como un resorte y al parecer sin venir a cuento, la hizo levantarse rápidamente; y de pie frente a Álvaro exclamó:

—¡No!, no quiero provocar un escándalo en tu casa, con tu familia y con el servicio de esta casa... —y tras estas palabras, en las que se adivinaba un cierto temor al incierto futuro de aquella relación, salió precipitadamente hacia su habitación.

Iba furiosa por no haberse quedado, pero no podía; porque aquella relación le podía hacer daño a los dos. “No volveré a entrar en su habitación”, pensó, aunque quizá no muy segura de ello. Al entrar en la suya Javier se despertó y le preguntó:

–¿Laura, de dónde vienes...? –Y tras tan innecesaria y absurda pregunta, según ella, éste se dio media vuelta y siguió durmiendo. Pocos minutos más tarde, volvió a decir entre sueños:

–Mañana viene mi tío Daniel, ¿lo sabías...? –Y tras estas últimas palabras pareció “caer de nuevo en los brazos de Morfeo.”

Al día siguiente llegó el Sto. Daniel, y con él la alegraba para los niños, ya que éste era muy alegre y dicharachero. Todos estaban siempre a su alrededor, bien para que jugara con ellos, o bien para que los llevara a alguna parte.

–Ya no habrá paz en esta casa –le comentó un día Álvaro a Laura– Menudo Casanova está hecho. Cambia de novia más que de camisa y se pasa la mayor parte del año entre fiestas y francachelas. Ya puedes tener cuidado con él. –Pregúntale a tus compañeras que lo conocen bien de estos últimos años –prosiguió Álvaro advirtiéndole a Laura sobre “el peligro que tenía Daniel”–. Yo te aviso para que estés al tanto. Además a ti, con lo joven y bonita que eres, no tardara mucho

en decirte algo. Espero, no obstante, que me lo hagas saber; y si eso llegara a ocurrir algún día, no sé de que sería capaz... –concluyó éste bastante preocupado.

–Calma Álvaro, todavía no me ha visto... ¿y ya estás así? –replicó Laura bastante preocupada... –y tras lo dicho, consiguió sonreír un poco, en un intento de tranquilizar a Álvaro.

–De todas formas, y por si acaso, ten mucho cuidado, porque yo lo conozco y sé como se las gasta mi hermanito –sugirió éste de nuevo un tanto preocupado y en tono de advertencia para evitar males mayores.

Daniel era el hijo pequeño de la condesa y por eso quizá el más consentido. Estudió su carrera de abogado en la Sorbona de Paris, y desde entonces se encariñó con ese país. Su madre le preguntaba a menudo que por qué no se venía a vivir con ella a su casa del norte. Pero, según él, siempre lo ataba alguna novia; solo venía a ver a la familia en verano y por las fiesta de Navidad.

CAPÍTULO V

En aquellos días también se festejaban las fiestas de la vendimia; y en todas las bodegas se celebraban cenas; y después el baile para todo el que quisiera ir. Por supuesto que las compañeras de Laura estaban como locas pensando en la noche que iban a pasar, pues ya tenían muchos amigos de otros años. A éstos los conocían, sobre todo de verse en el río durante las tardes de verano. Laura los había visto en contadas ocasiones, ya que ella no acostumbraba a ir al río con las demás, aunque sus compañeras ya la habían invitado en varias ocasiones. Aquella noche, al parecer, habría mucho baile y correrían muchos litros de “zurrapote”, bebida típica de la fiesta de la vendimia, y en la que, por supuesto, la mitad terminarían borrachos; y a veces... también la otra mitad. Aquella noche, las compañeras de Laura se apresuraron a invitarla; pero ella se negó rotundamente:

–¡No..., no puedo! –se disculpó ésta alarmada, como si “le fuera la vida en ello”– ¿Quién cuidaría entonces de los niños? –aclaró ella, por considerarse imprescindible para el cuidado de los pequeños.

–No te preocupes nosotras le pedimos permiso a la señora Mercedes, y ya verás tú como lo conseguimos –objetaron ellas, casi al unísono–. Porque sabrás que todos los años nos dejan ir a todas. Y además, por una noche puede ella cuidar de sus hijos –finalizando así su exposición de razones en defensa de lo que ellas creían más justo.

–Y si no..., está Juana cerca de vuestra habitación por si se despierta alguno –sentenciaron éstas, creyendo haber descubierto el remedio para todos sus males– Y bueno, esperemos que ahora no te eches atrás, porque iremos a comentárselo a tu señora, y luego ya te contaremos lo que ella decida –determinaron éstas finalmente, convencidas del futuro éxito de sus gestiones con la señora.

–Bueno... –dijo Laura con pocas ganas de fiesta– ya que no le apetecía nada ir, y que Álvaro se quedara;

además de que tampoco a él no le haría mucha gracia que ella se fuera.

Tere, Lupe y las demás bajaron a hablar con la señora de Laura: “Señora Mercedes, ¿podemos a hablar con usted un momento?”, dijo una de ellas, como portavoz del grupo.

–Vamos a ver que es lo que hay de nuevo ahora; porque seguro que venís a pedirme algo, claro –dijo con cara de resignación... –y tras haberse puesto claramente en guardia con estas palabras, permaneció expectante ante la más que probable petición de un permiso para asistir a alguna fiesta o algo similar.

–Queríamos pedirle permiso para que Laura venga con nosotras a la fiesta de las bodegas –manifestó Lupe que, dada su personalidad, parecía más decidida siempre a servir como portavoz de las demás.

–No sé..., es que Laura es demasiado joven para ir de fiesta –dijo doña Mercedes, con cara de cierto escepticismo ante la petición de sus criadas– Sus padres me la trajeron, y soy quien la protege ahora. Lo

siento, pero eso no puede ser –manifestó finalmente con un gesto de inflexibilidad en su cara.

–¿De qué hablabais? –preguntó Daniel que llegaba en aquellos momentos– No estaréis criticándome a mí... –añadió con cierta guasa.

–Hablamos de mi niñera –dijo doña Mercedes–. Estas señoritas quieren que la deje ir a las fiestas de la vendimia; pero me parece muy joven para ese tipo de cosas... –decidió finalmente, y con cara de que su decisión no tenía vuelta atrás.

–¡Bueno, bueno...! Tú eres como mamá, pareces “doña prohibiciones” ¡Hay que ver...! –protestó Daniel, harto de tanto rigor y severidad– ¡Por favor!, deja ir a la muchacha. Ella también tiene derecho a divertirse. Es más, yo también voy y puedo llevarlas en el coche. Y si puedo, las traigo. ¿Te parece bien...? –concluyó éste con cara de ser consciente de “haber ganado la batalla.”

–Es que... no sé si confiar en ti, porque hay que ver..., menudo juguista estás hecho –sentenció doña Mercedes moviendo su cabeza, en un gesto de

resignación— ¡Vale!, puede ir con vosotras; pero que tenga mucho cuidado con la bebida. Y cuando volváis, Laura que suba a vuestra habitación para no tener que andar despertando a los niños. Juana que se quede a su cargo. ¿Estamos de acuerdo? —concluyó finalmente, aunque con cierta preocupación y, al parecer, no muy convencida con la decisión tomada.

—¡Gracias señora Mercedes! —corearon al unísono ellas, con una sonrisa “de oreja a oreja.”

—Bueno quedamos a las nueve de esta noche. Estad preparadas, porque yo no acostumbro a esperar por nadie —añadió finalmente Daniel— Y tras esta advertencia, ellas contestaron jubilosas con una amplia sonrisa y un evidente gesto de agradecimiento en su cara.

Subieron las escaleras como locas a contárselo a Laura. Ésta se encontraba en la cocina dando la comida a los niños; y a la vez, esperando con cierta impaciencia el resultado final obtenido por sus compañeras ante doña Mercedes. Y éstas, nada más

regresar de “tan arduas negociaciones”, clamaron festivas: “¡Lo hemos conseguido, Laura!”

–¡Por fin...! ¡Increíble! Al final hemos conseguido el permiso para que vayas con nosotras a la fiesta –clamó jubilosa Lupe, al encontrarse con Laura– Ha sido de lo más fácil. Y ya te contaremos los detalles, cuando estemos solas –añadió, mientras Laura se disponía a llevar los niños a la siesta– Y cuando regresó a la cocina las compañeras le fueron contando como se desarrollaron los acontecimientos:

–Tenemos transporte y todo –dijo Tere, tomando el protagonismo de la narración– nos lleva el guapo Daniel, y nos traerá también él, si es que se tiene en pie, porque le da bien al trago. –¡Ah!, y no veas los pellizcos que nos pega...–concluyo conteniendo la risa.

–¿Qué dices?, si esos los da sin estar bebido –dijo Lupe riéndose– Y tú ándate con ojo que eres muy joven, y ése no respeta nada. Claro que... de ahí no pasa, pues solo faltaba eso –previno finalmente Laura a sus compañeras, “por si las moscas.”

–Bueno..., yo un buen achuchón seguro que sí me dejaba dar –exclamó Lupe con una fingida cara de inocencia.

–Está para hacerle un buen favor, aunque lo digamos de boquilla –agregó Tere, en una especie de éxtasis amoroso.

–Pues no veo que sea seguro el Danielito ese. A mí que no se le ocurra tocarme, porque “la tenemos...” Soy capaz de partirle la cara –terció Laura con cierta agresividad en su mirada.

–¡Anda, anda... no seas mojigata!, que ese sí pega para ser tu novio. No es un conde, pero tiene mucho dinero; y eso es muy importante –replicó Tere en desacuerdo con su amiga... –y tras las últimas palabras, Laura enrojeció de repente, como si intuyera que, tal vez, sus compañeras “hubieran oído campanas sin saber donde” sobre su relación con Álvaro.

–¡Anda ésta! Se nos ha puesto roja como un pimiento... –dijo Tere con cara de sorpresa– No creas que tendrás esa suerte de que se case contigo. Era

una broma –añadió tratando de quitarle importancia al asunto– Esta gente sólo se casa con los de su clase; a las criadas nos quedarán si acaso y como mucho... los pellizcos –concluyó, tratando de quitar importancia a tan espinoso asunto.

–Y gracias, algo es algo, porque “menos da una piedra” –tercio Lupe–; pero qué vida más perra... –y tras estas palabras, pareció enmudecer para siempre.

–Bueno me marchó, –dijo Laura inesperadamente– porque tengo algunas cosas que hacer. –¡Vale cariño! Y ponte guapa, a ver si esta noche conquistas a Danielito o algún otro chicarrón –comentaron algunas de ellas– porque no veas... ¡qué buenos mozos hay en esta tierra...! –y tras estas últimas recomendaciones de sus compañeras salió “como alma que lleva el diablo.”

Laura salió de la cocina preocupada. “¿Sabrán algo de mi relación con Álvaro?”, pensaba intranquila. Sintió un nudo en la garganta y no sabía por qué; o tal vez sí lo sabía, y por eso estaba triste. En su cabeza resonaban las palabras de de su compañera diciendo:

“Esta gente sólo se casa con los de su clase”. “¡Dios mío!, entonces Álvaro hará eso conmigo... No creo, porque él me quiere tanto como yo a él”, concluyó tratando de consolarse.



Llegó la noche, y a la hora convenida Laura salió de su habitación, y segundos después se abrió la puerta de Álvaro. Éste miro a Laura extrañado:

–¿Dónde vas tan preparada? Sales tan de prisa y silenciosa que parece como si quisieras huir de algo o de alguien –dijo éste en una actitud un tanto jocosa, y a la vez preocupada, dada la silenciosa y casi furtiva salida de Laura.

–Voy con las demás a la fiesta de las bodegas, ¿te parece mal que lo haga? –replicó Laura precipitadamente ante la imprevista salida de Álvaro.

–¿Y tú qué crees...? Claro que no me gusta. Faltaría más –protestó él con cierta cara de sorpresa y alguna dosis de mal humor.

–Lo siento, pero mis compañeras se han empeñado y no sabía que disculpa ponerles para decirles que no iba...–y tras esta pobre explicación, permaneció en silencio a la espera de la réplica de Álvaro.

–¡Ya! ¿Y cómo vais? Porque esa es otra. Andando seguro que no, ya que siendo así no llegaríais hasta mañana –dedujo él finalmente, dada la distancia que había hasta las bodegas.

La pobre Laura no sabía que decirle; si le decía que era su hermano Daniel el que las llevaba, Álvaro pondría el grito en el cielo. Por lo que su cerebro, en un alarde de velocidad endiablada, le dio la mejor y más lógica respuesta de urgencia que podía darle ante una pregunta tan directa; y mintió: “no sé creo que en un taxi, según me han dicho las compañeras.”

–¿Estás segura? ¿No será Daniel él que os lleva?, –la sorprendió Álvaro de forma inesperada–. Porque también puede ser otra de las posibilidades... ¿no te parece? –concluyó con una malintencionada sonrisa.

Ella, definitivamente acorralada; con una indignación propia de cualquier persona en su caso y casi al

borde de la histeria, contestó de manera contundente: “Vale, pues sí.”

–¿Por qué me lo querías ocultar? Debes ser más sincera conmigo, que por eso no pasa nada –resolvió él finalmente y en tono conciliador... –y tras este intento de tranquilizar a Laura, permaneció en silencio, a la espera de la reacción de ella.

–Trataba de ocultártelo porque no tenía ni idea de cual sería realmente tu reacción –respondió ella un poco más animada, y con una furtiva pero inocente lágrima asomando a uno de sus preciosos ojos azules.

–Pero a la vuelta os venís en un taxi, porque mi hermano acostumbra a beber mucho y luego coge el coche y nunca se sabe lo que puede pasar –advirtió éste a Laura para evitar cualquier tipo de problemas, cuando volvieran de la fiesta... –y tras estas últimas recomendaciones, miro al pasillo de un lado a otro por si venía alguien. Tras comprobar que no “había moros en la costa”, la sorprendió con un comprensivo y casto beso en la mejilla.

–Cuídate mucho cariño y no vengas tarde. Estaré despierto hasta que vengas –concluyó Álvaro en tono conciliador.

–¡No te preocupes... y duérmete! Yo pego con los nudillos en la puerta, cuando venga ¿de acuerdo? –dijo finalmente ella, saliendo ya en busca de sus compañeras.

Bajó las escaleras sin ganas, pero ya no podía volverse atrás. Los demás la estaban esperando bastante impacientes, debido a que Laura se había entretenido demasiado en su conversación con Álvaro.

–¡Vamos mujer! Hay que ver lo que has tardado en bajar. Llevamos esperando más de media hora –protestaron ellas, cansadas de tanto retraso.

–Es que la pequeña María estaba algo despierta y tuve que darle un poco de agua para que se volviera a dormir –mintió Laura, ya que la demora se debió a su conversación con Álvaro y otras cosillas más que surgen siempre a última hora.

CAPÍTULO VI

Buenas noches a todos –exclamó Laura exultante– Perdonad el retraso, pero ya sabéis que estas cosas son así: con los niños nunca se sabe; el tiempo vuela y se pasa enseguida. Espero que podáis perdonarme... –y tras las disculpas de costumbre en estos casos, esperó pacientemente el perdón de todas sus compañeras.

Nadie del grupo respondió a sus disculpas por la tardanza. Sólo Daniel, con su afán de protagonismo, respondió a sus excusas. Aunque no con palabras, sino con una prolongada mirada hacia ella, al quedar impresionado por la belleza de ésta.

–¡Hola!, ¿qué tal...? Tú eres la famosa Laura... ¿verdad? –acertó a decir Daniel, visiblemente nervioso–. A mí creo que ya me conoces; y, como ya sabrás también, soy hermano de Álvaro. Te habrán contado que

estudié en la Sorbona de París, y que por aquí vengo muy poco –concluyó, por fin, con cierta arrogancia.

Ella sintió que su mirada recorría en un instante todo su cuerpo, y recordó aquellas palabras de su amado Álvaro, cuando decía que Daniel era un Casanova. Y tras este recuerdo su cara se iluminó con una fugaz y casi imperceptible sonrisa.

Al llegar a las bodegas, Daniel las dejó para marcharse con unos amigos que lo estaban esperando. Pero antes de marcharse quiso marcarse un nuevo farol delante de éstos y le dijo a Laura:

–¿Quedamos luego y me concedes un baile? Ella no tuvo tiempo para contestar a semejante oferta, ya que los amigos de éste comenzaron a silbarla y a decirle tonterías. Y, finalmente, se refugió en el grupo de sus amigas.

–¡Oye Daniel!, ¿por qué no nos presentas de una vez a esa criatura tan bonita? –gritaban sus amigos como auténticos posesos– Pero... ¡qué buena está! –añadió finalmente uno de ellos, que parecía haber entrado en una especie de éxtasis amoroso.

–Tú como siempre... bien rodeado de buenas chicas –dijo otro de sus amigos, añadiendo un nuevo incordio a la ya tensa situación.

–Esa es fruta prohibida –añadió Daniel, ya bastante molesto y un poco harto del comportamiento de sus amigos. Pero algún osado más pretendió alargar tan fastidiosa conversación:

–Y...¿desde cuando para ti existe ese tipo de fruta prohibida? –tuvo la osadía de añadir uno de sus amigos o, tal vez, acompañantes.

–¡Bueno..., ya está bien! Vámonos de aquí –dijo Daniel que veía que sus amigos “se estaban metiendo en un berenjenal...” –Y dando un fuerte acelerón al coche se marchó furioso hacia a algún otro lugar desconocido, tras haber acordado con ellas la hora del regreso.

–¡Pero..., hay que ver qué loco está este muchacho!, –comentó Tere un poco indignada–. No sé como no se ha matado con el coche, porque con las borracheras que se agarra a menudo, está vivo de milagro –añadió finalmente, esperando algún comen-

tario al respecto. Pero no fue así, y la conversación derivó por otros derroteros.

–Bueno chicas nosotras a lo nuestro, –comentó Tere aburrída, tras la mala experiencia vivida con los amigos de Daniel... –y tras su “grandilocuente” intervención sobre los comportamientos de Daniel optó, seguidamente, por meterse con su amiga Laura:

–Esta noche no bebas mucho, porque, si te sienta mal, nos fastidias la fiesta –comenzó con su perorata de “consejera especializada” en comportamientos humanos de carácter general– Tú... “despacito y buena letra”, que hoy puede que te demos la alternativa, si te portas bien...–y tras estas estupideces de Tere, digamos que, oficialmente, dieron comienzo las fiestas de la vendimia.

Entraron en la bodega y el ambiente ya se iba caldeando, a pesar de que aún no era media noche todavía. Pero la gente bebía con gran desahogo sus buenos vasos de “zurracapote” que, sin tregua alguna, iban saliendo desde la barra. Pareciera que toda esta gente hubiera estado vagando por el desierto

durante mucho tiempo: todos daban la impresión de estar secos. Bebían, cantaban o reían sin orden ni concierto; a pesar de que estaban en los inicios de la juerga. Y, entre trago y trago, giraba la fiesta sin parar. Vamos..., una locura que, para nada, le gustaba a nuestra amiga Laura. Ella sólo pensaba en su amado Álvaro; y por eso no se daba cuenta de que alguien detrás de ella susurraba silenciosamente su nombre: “Laura, soy yo”. Ella, al fin, se dio la vuelta y no gritó, porque con ello hubiera alertado a sus amigas. Era incapaz de dar crédito a lo que veía: “Pero... ¿qué haces tú aquí?”, dijo ella sorprendida. “¡Dios mío, no me lo puedo creer! Vamos a la calle donde no nos vean mis compañeras.”

–¿Tú aquí? Si me dijiste que no te gustaban este tipo de fiestas –preguntó un poco aturdida por la sorpresa, y con los ojos muy abiertos hasta el punto de parecer salirse de sus órbitas ante la inesperada aparición de Álvaro.

–Claro que no me gustan, pero tampoco puedo quedarme durmiendo mientras tú estás en sabe Dios qué peligros –rezongó Álvaro malhumorado, recor-

dando y contándole a ella, a la vez, el mal rato que había pasado en casa dándole vueltas a la cabeza; y pensando en que, si iban con su hermano en el coche, podían tener algún accidente o mil cosas más que surgieran durante la fiesta.

–Pero... ¡qué exagerado eres! –sentenció ella con una sonrisa– Vete a la calle y espérame fuera, que yo les diré que he quedado con un chico, y además de paso les preguntaré también a qué hora nos recoge Daniel –finalizó un poco nerviosa.

–Tranquilízate. Yo te espero dentro del coche, pero no tardes demasiado –respondió él, tratando de calmarla para que ellas no descubrieran el engaño.

Y mientras Laura realizaba la gestión de hablar a sus amigas y quedar con ellas a la hora que habían acordado con Daniel para volver a casa, Álvaro, pacientemente, se entretenía contemplando el ir y venir de la gente, y procurando no ser visto por nadie conocido.

–¡Ya estoy aquí de vuelta! –dijo Laura inesperadamente, llegando por detrás de Álvaro, y dándole a

éste un buen susto-. ¿Y ahora qué hacemos...? Porque tú verás..., aquí no podemos quedarnos. Más temprano que tarde terminaríamos encontrándonos con algún conocido o, de nuevo, con mis compañeras –dedujo ésta, esperando alguna solución por parte de Álvaro– ¡Ah!, se me olvidaba: Mis compañeras me han dicho que con Daniel habíamos quedado de doce a doce y cuarto en la bodega donde están ellas –remató finalmente, con cara de satisfacción.

–Te propongo un plan que ninguno de los dos habíamos preparado de antemano –añadió él con un mal disimulado gesto de satisfacción en su cara–. Espero que te guste; aunque es algo que ya había pensado hace tiempo, pero no había tenido ocasión de llevarlo a cabo –concluyó mirándola fijamente... –y tras un gesto afirmativo de ella, continuó con la exposición del supuesto plan de entretenimiento que había planeado:

–¿Quieres que vayamos a mi refugio para que lo conozcas? –balbuceó tímidamente Álvaro de forma nerviosa y precipitada–. Por lo menos estaremos solos sin miedo a que nos puedan descubrir –añadió

finalmente, temeroso de que a ella no le gustara el plan propuesto por él.

–Y... ¿cómo vamos a ir a estas horas? ¿No crees que se nos hará muy tarde? –dijo ella preocupada, pensando que estaría muy lejos, y que posiblemente no les daría tiempo para volver a la hora en la que ella había quedado con sus compañeras.

–Pero..., si no está muy lejos, a mitad del camino de casa; y además hay muy buena carretera hasta allí –respondió él tratando de tranquilizarla–. Ya verás, cuando lleguemos, como yo tenía razón... –y calló preocupado pensando que a ella no terminaban de convencerle sus argumentos.

–“Vaaa...le”, está bien –comentó ella con cierto escepticismo–. Además, lo mejor que podemos hacer es ir para allá. Y como el tiempo da y quita razones..., él será el que se pondrá del lado de los dos... –y tras estas últimas palabras de Laura, él, con un gesto de sorpresa, pareció enmudecer para siempre: no entendía cómo era posible que ambos tuvieran ra-

zón, cualquiera que fuera el resultado de su tardanza en llegar al refugio.

–No sé mujer, no entiendo que tanto si se tarda más como si se tarda menos, tengamos razón los dos –añadió finalmente Álvaro–. Y casi sin terminar de explicar éste su estupor, ella le dio un beso y le dijo: “Pero qué tonto eres, eso quiere decir que lo más importante es nuestro amor. Da lo mismo que tarde-
mos más o menos.”

–¡Perfecto!, –exclamó Álvaro ilusionado–. Vámonos entonces lo antes posible y dejémonos de charlas innecesarias –concluyó el ilusionado y con cara de dar por terminada aquella discusión sin importancia.

CAPÍTULO VII

Salieron del pueblo, y unos veinte minutos más tarde vieron unas luces a lo lejos. “Ahí está, Laura”, pensó Álvaro en voz alta, y ella se quedó algo más tranquila. Aunque casi inmediatamente, volvió a darle vueltas en la cabeza al dichoso viaje de vuelta. “Como llegue Daniel y no me encuentre, bueno se va a poner”, pensaba, sin quitarse de la cabeza el problema del regreso a casa; y sin saber que hacer para olvidarse de semejante pesadilla. Y más, sabiendo lo que a Álvaro le molestaba cualquier cosa que tuviera que ver con su hermano, sobre todo si ella estaba por medio.

Dé todas formas, a él no le había hecho tampoco mucha gracia que Daniel la hubiera llevado en su coche a la fiesta. Todo esto le ponía tremendamente furioso. Finalmente, harto de darle vueltas al asunto y

buscando en ella alguna explicación lógica que pudiera tranquilizarlo, dijo repentinamente y con cierta timidez:

–Bueno..., ¿y de quién fue la “bonita” idea de que Daniel os trajera a la fiesta de las bodegas? Porque a mí no termina de convencerme semejante ocurrencia, ya que vosotras podíais haber venido perfectamente en un taxi; ¡vamos, al menos eso es lo que me parece a mí! –concluyó, ya visiblemente nervioso.

–No te pongas así... –replicó ella, un poco sorprendida por la pregunta, en un momento en el que no venía a cuento meterse en semejante berenjenal– Lo ha hecho, porque le prometió a tu hermana que cuidaría de nosotras –finalizó ella, tras encontrar una respuesta de urgencia y medianamente aceptable.

–¡Vaya...! Terminas de arreglarlo. Precisamente ése cuidando de ti... No me hagas reír, pero si él no sabe cuidarse a sí mismo... ¡Por favor! , no quiero que, a partir de esta noche, se acerque más a ti –Y tras esta sugerencia, producto tal vez de su visible malestar por lo que él consideraba una ocurrencia de mal

gusto por parte de su hermana, enmudeció repentinamente, como un juguete roto al que se le hubiera terminado la cuerda.

–¿Estás celoso?, ¿es que no confías en mí? Pero qué tontito eres... ¿Tú crees que yo te cambiaría por él? Esto será porque no me conoces –replicó ella con cara de cierto desencanto– Para mí ya no existe ni existirá otro que no seas tú; y lo sabes. Lo que pasa es que te gusta oírme decir, ¿me equivoco?, ¿o no? –finalizó Laura decepcionada.

–Ya hemos llegado... Perdóname cariño, pero es que mi hermano me saca de quicio; y tratándose de estas cuestiones a mi no me hacen gracia ninguna sus comportamientos. Perdóname, ¡por favor!, pero es que no puedo con este tipo de cosas, y menos tratándose “del Danielito de marras”.



El lugar parecía un tanto solitario; aunque claro era de noche, y a Laura eso le daba un poco de miedo. Ella le preguntó a Álvaro que si no tenía vecinos; y éste le contestó que cerca de allí había unas casas de

los pastores. También le comentó que había un pequeño lago detrás de la casa donde él se bañaba en verano cuando venía a dar una vuelta por allí. Y seguidamente, le fue describiendo como era la zona. El refugio, según él, se encontraba en un extremo de la finca de la Zarzalera; y en su punto más alejado. Todo estaba cerca del pueblo; y muy cerca de la zona descrita pasaba una carretera general.

Todas estas explicaciones de la casa, por parte de Álvaro la dejaron más tranquila. Y tras aquella rápida y resumida explicación, pasaron dentro para que ella comenzara a conocer el refugio por dentro. Y una vez dentro, dijo Álvaro:

–Ahora yo hago de lobo feroz y me como a Caperucita con ropa y todo, antes de que ella se dé cuenta de que me la he comido... –y tras aquella especie de fanfarronada se quedó expectante ante la posible respuesta de ella.

–Ya veremos, a lo mejor es Caperucita la que se come al lobo, –replicó ella con cierto aire de suficiencia–. Ten cuidado, con estas cosas, porque nunca se

sabe...; hay mucha gente a la que se le va la fuerza por la boca –concluyó al final con bastante dosis de ironía.

Entraron pero todo estaba a oscuras. Álvaro dio la luz. Por fin estaba en su refugio, y ahora sobre todo se sentía inmensamente feliz. Había dado, en su relación con Laura, un paso muy importante en su vida. Y ella parecía, según él, cada día más enamorada. La veía muy natural en sus comportamientos, cuando estaba con él; y a la vez muy madura para su edad. Era bastante parca en palabras, pero muy expresiva y certera en su lenguaje. Cada día estaba más encantado con ella y por nada del mundo quisiera perderla. Y es más, tenía la sensación de haber estado con ella desde siempre.

Álvaro fue enseñándole cada una de las dependencias propias de una casa, que únicamente era visitada de forma esporádica, hasta ahora, por sus amigos de siempre. Y a ella se la veía encantada con todo lo que él, con tanto cariño, le enseñaba y todas las explicaciones sobre su refugio de soltero.

Cuando llegaron al dormitorio, ya no pudo más y desató la pasión que sentía por ella. La atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos como si tuviera miedo de perderla. Buscó sus labios y la besó con ternura una y otra vez. Ella no opuso resistencia; ya sabía a lo que se comprometía viniendo hasta su casa. Por lo tanto, habiendo llegado hasta aquí y siendo mucho lo que se había resistido hasta entonces..., ahora no lo haría, ya que ella lo deseaba tanto como él. Terminó, por lo tanto, abandonándose en sus brazos y dejándose caer en la cama, en un abrazo del que no quisiera regresar jamás.

El la besaba y ella lo acariciaba apasionadamente. Ahora si dieron rienda suelta a una pasión que les consumía. Él le quitó la blusa y besó apasionadamente su cuello y sus hombros, ahora desnudos. “Te quiero Laura, mi amor”, decía apasionadamente, y seguían besándose y acariciándose ya de forma casi descontrolada. Al final, esa noche ocurrió lo que tanto habían deseado; y eran tan felices que hasta el tiempo les parecía haberse detenido. Laura lloraba de emoción y él besaba sus lágrimas.

–¡Soy tan feliz! –pensaba él en voz alta–, que no cambiaría este momento por nada de este mundo. “Te quiero Álvaro. No me dejes nunca” –No mi niña yo te cuidare siempre– Y de repente, Laura saltó como un resorte: “¡Álvaro!, ¿tú sabes qué hora es...?”

–Sí, pero no te preocupes –contestó Álvaro–. No es demasiado tarde, porque de aquí nos vamos directos a la Zarzalera.

“Y mis compañeras... ¿qué dirán?”, añadió ella preocupada por su desconsideración con ellas. ¿Tú crees que me volverán a mirar a la cara?, finalizó con cierta inquietud.

–Después de nuestra noche de amor... ¿tú crees que a mí me importa lo que piensen tus amigas? –dijo él con un cierto tono de reproche–. O es que acaso tú tienes que compartir con ellas tu vida sentimental... No seas tontita y espabila, que seguro que ellas a ti no te cuentan nada de sus escauceos amorosos –razonó Álvaro con cara de experto en estas cuestiones de tipo sentimental.

Salieron del refugio, felices y abrazados, camino del coche para regresar de nuevo a la Zarzalera, donde habrían de llegar, cual si de ladrones se tratara.

Aquella noche de mediados de septiembre, y próxima a la celebración de las fiestas de inauguración del comienzo de la vendimia (21 de septiembre, día de San Mateo), era una de esas noches en las que, ante la cercanía del otoño, apetecía salir de fiesta por las bodegas de la zona; donde, además del “zurracopote” y otros caldos de la zona, también podía encontrarse cualquier visitante con el amor de su vida. Eran, por lo tanto, aquellas noches tras el agobiante calor del verano, como una especie de bálsamo para el cuerpo y de una total relajación para cualquier espíritu proclive a enamorarse sin esfuerzo alguno, y sobre todo, si éste se veía animado por unos buenos tragos.

–Álvaro date prisa, por favor, que ya es muy tarde... –dijo Laura de manera apremiante y un poco nerviosa–. Mira la hora que es. Cuando lleguemos a la Zarzalera, y a estas horas, no sé que van a pensar de nosotros –concluyó ella bastante preocupada y

muy nerviosa por “el qué dirán” los demás sobre su llegada con Álvaro a unas horas de la noche un tanto sospechosas, y ya entrada la madrugada.

–Tranquila, mi amor –trató de animarla de nuevo–. Mira, cuando llegemos tú te quedas en el coche y yo subo a ver como está todo, “por si hay moros en la costa”; y luego bajo a buscarte, –finalizó mirándola a los ojos y tratando de atisbar a través de ellos algún signo de tranquilidad en su alma.

–Sí pero, por favor, no tardes; porque a mí me da mucho miedo quedarme sola en el coche a estas horas –contestó ella con cara de evidente preocupación–. ¡Ah!, se me olvidaba –añadió–, procura asegurarte de que no hay nadie levantado que pueda descubrir mi hora de llegada para luego crearme problemas con tu madre o con tu hermana. Esto último es lo más importante –insistió una vez más, a riesgo de resultar pesada.

Laura permaneció esperando en el coche durante varios minutos; el tiempo suficiente para que Álvaro inspeccionara el lugar por el que ella tenía que pasar.

Por supuesto, y como siempre en estos casos, a ella aquel corto espacio de tiempo le pareció un mundo. Y menos mal que, al volver, éste trajo buenas noticias: “Todo estaba tranquilo, y todos parecían “dormir a pierna suelta.”

–Venga, dame la mano y vamos para adentro – susurró éste, nervioso debido a lo avanzado de la hora, y al espeso silencio que envolvía aquel paraje de las proximidades de la casa.

Ella se agarró fuertemente a su mano, como si nunca quisiera separarse de él. Era su hombre, su vida y el único y verdadero amor que había conocido jamás. Y deseó que él pensara lo mismo con relación a ella. Eran unos momentos en los que aquella hermosa noche parecía estar allí para ser disfrutada por una pareja de enamorados como ellos. Contemplando, a la vez, aquella lejana y hermosísima luna llena que, en su descenso hacia el horizonte, parecía querer iluminarlos con su luz blanquecina, y estampar a la vez un beso de amor sobre aquella felicidad compartida.

–Quiero hacerte una pregunta... –susurró Laura inquieta por no romper demasiado la hermosa quietud de aquella mágica noche–, ¿tú has estado con alguna otra mujer como has estado conmigo esta noche?... –y tras estas palabras pareció enmudecer para siempre, a la espera de una respuesta capaz de satisfacer su anhelante desasosiego.

–No, y por eso estoy tan feliz esperando que lo sucedido sea para mí el principio de una nueva vida... –contestó él con una espontaneidad digna de la mayor confianza– Y deseando que éste sea para los dos nuestro primer y único amor –concluyó emocionado y feliz, como alguien que hubiera pronunciado uno de los mejores discursos de su vida.

–No me digas que tú, a tu edad, no has tenido novias. Porque alguna habrás tenido, digo yo... –replicó ella con un cierto y malévolo interés.

–No, ninguna. Tal vez será, porque te esperaba a ti –respondió Álvaro con cierto regodeo–. No sé, tengo la impresión de que, en estos momentos, me estás llamando viejo –concluyó finalmente con una cara

entre la sonrisa y la sorpresa, al intuir una cierta osadía en el comentario de ella.

–Eres mayor que yo, pero te quiero mi querido viejecito. Te adoro y te prohíbo que mires a nadie. Sólo a mí... –y tras estas tiernas palabras de ella rieron los dos de forma estrepitosa y sin darse cuenta que les podían oír.

–¡Chsss! ¡Calla! –dijo Álvaro llevando su dedo índice a la boca– ¡Calla!, que ponemos nuestras vidas en peligro... –repitió éste de nuevo, mientras volvían a reír de forma escandalosa.

–Bueno cariño hasta mañana..., y sueña conmigo –dijo ella finalmente, y ya a la puerta de la casa.

–Lo haré princesa; y piensa en la noche tan mágica que hemos vivido –finalizó él, alejándose lentamente de ella en un adiós que se parecía más a un cercano hasta pronto.

Cuando entraron en casa, todo se hallaba en silencio. Eran más de las cuatro de la mañana; y Laura subió a su habitación cansada y deseando acostarse

lo antes posible. Serían pocas horas de descanso, pero tendría que aprovecharlas al máximo, si es que los niños se lo permitían.

CAPÍTULO VIII

Después de su primera noche de amor en la casita del lago, se les veía más enamorados que nunca. Y el esfuerzo que hacían para que los demás no se dieran cuenta resultaba insoportable.

De todas formas las vacaciones estaban llegando a su fin. Y Álvaro no dejaba de pensar en algún plan para despedirse a solas de su amada Laura, ya que todos, menos él, tras las vacaciones de verano tendrían que regresar de nuevo a sus domicilios en la ciudad; pero eran muchos los obstáculos que tenía que sortear, y todo esto le tenía furioso. Estaba atado de pies y manos, pero no encontraba la forma de solucionarlo, ya que Laura debía tener un día libre para que ambos pudieran despedirse, y el día de su marcha estaba cada vez más cerca. Este pensamiento lo llevó a acercarse hasta las caballerizas y salir con

Lobo y con Curro, sus dos buenos amigos, a dar un paseo y aclarar así sus ideas.

Tan inmerso estaba en sus pensamientos, cuando regresaba de las caballerizas, que no oyó a Manuel, cuando éste le saludaba:

–¿Quería usted algo? –dijo el bueno de Manuel, al ver a Álvaro preocupado y “camino de no saber donde”–. Dígame lo que necesita y yo le ayudaré en lo que sea –añadió solícito ante el evidente nerviosismo de su amo.

–¡Ah..., hola Manuel!, vengo... –dudó– a buscar a Lobo y a Curro para dar una vuelta –contestó al final precipitadamente, intentando poner cara de tranquilidad ante su criado–. Hace una bonita mañana de otoño y me apetece dar un paseo. De todas formas, muchas gracias Manuel por su interés... –y tras esta incompleta explicación sobre el porqué de su taciturna apariencia, inició pausadamente su marcha sin saber exactamente donde.

–¡Hola, señorito! –dijo Antonio, el hijo de Manuel que, en ese momento, llegaba detrás de su padre–.

¿Va usted para el río? –preguntó afectuoso, mientras esperaba atento la respuesta de Álvaro.

–La verdad es que no sé todavía donde iré, aunque no me importaría llegarme hasta el río –respondió Álvaro– ¿Te quieres venir conmigo? –preguntó finalmente al muchacho.

–¿De veras señorito? Yo me voy con “usté”, aunque sea más allá del fin del mundo –respondió Antonio alborozado, y faltándole muy poco para ponerse a dar saltos de alegría.

–Pues no se hable más. Vete al establo a buscar otro caballo y nos vamos –le dijo Álvaro de forma apremiante... –Y tras estas palabras, Antonio salió corriendo “como alma que lleva el diablo”; y ya a lo lejos, gritó: “¡Enseguida vuelvo señorito!”

Y mientras Antonio fue a por el otro caballo, Álvaro reconfortaba su espíritu contemplando aquella hermosa mañana de mediados de septiembre, en la que un sol perezoso comenzaba a iluminar lentamente aquella bendita tierra, madre de uno de los mejores vinos conocidos en el mundo.

La melancolía inundaba su corazón, al pensar de nuevo que, durante algún tiempo, tendría que prescindir de la compañía de su amada; y esto le llenaba de felices y cercanos recuerdos de amor compartidos con su querida Laura. Momentos después y casi al final de estas reflexiones, despertó de su encantamiento tras las palabras de Manuel, que aún permanecía a su lado:

–Le noto algo raro; ¿le pasa algo? –dijo Manuel, un tanto preocupado por la evidente imagen de melancolía de su amo.

–No, es que tengo un problema y no doy con la solución –contestó Álvaro, visiblemente preocupado–. Espero solucionarlo lo antes posible; y voy a necesitar también que alguien me eche pronto una mano.

–Si yo le puedo ayudar en algo, no dude en pedírmelo –respondió solícito Manuel, tras haber comprobado que Álvaro estaba realmente necesitado de ayuda.

–Ahora que lo pienso, quizá Rafaela pueda ayudarme –añadió más tranquilo–. Luego, cuando vol-

vamos del río, entro a hablar con tu mujer sobre el tema –manifestó finalmente, y un poco más sosegado... –y tras esta decisión de última hora, Manuel, con un rítmico asentimiento de cabeza, confirmó estar de acuerdo con las palabras de Álvaro.

Antonio venía con el caballo de las riendas. El chaval estaba acostumbrado a estos paseos con Álvaro, y éste ya lo consideraba como un amigo más.

Cuando llevaban un largo trecho cabalgando y faltaba aún algo menos de la mitad del camino para llegar al río; y tal vez por salir un poco también de la monotonía del camino, tomaron unánimemente una decisión: cubrir la distancia que les quedaba corriendo con los caballos por ver quién llegaba antes:

–¿Por qué no echamos una carrera con los caballos? –dijo Álvaro, dispuesto a salir un poco de la rutina del recorrido.

–Vale, vale. ¡Estupendo! –dijo el muchacho que estaba de acuerdo con la idea de Álvaro, ya que le encantaba correr con alguno de los caballos que había en la finca. Aunque pocas veces tenía la ocasión

de hacerlo, debido a que su padre se lo tenía, terminantemente, prohibido: “No se te ocurra correr con ningún caballo de don Álvaro; no vayamos a tener un día algún disgusto”, le repetía de forma machacona su padre. Pero esta vez no era cuestión de desaprovechar la invitación de su amo... –y sin pensárselo dos veces, preparó su caballo para iniciar la carrera.

–El que llegue el último que vuelva a casa andando con el caballo de las riendas –dijo Álvaro de forma rotunda y mirando fijamente a Antonio, mientras esperaba su decisión.

–¡Huy, señorito! ¿Y si el que pierda..., le cuenta un secreto al otro? –replicó Antonio con cierto aire de misterio en su cara. Porque a mí eso me parece más interesante –y concluyó su intervención con un evidente aire de suficiencia.

–Buena idea Antonio; eso puede ser muy atrayente –dijo Álvaro, interesado por la feliz idea de su asistente...–y tras unos segundos de silencioso análisis de la cuestión, añadió finalmente: “Estoy de acuerdo. Vamos allá.”

Se pusieron uno al lado del otro, y a la voz de “¡ya!”, iniciaron una loca carrera por aquel camino reseco y polvoriento, con sus caballos al galope y curro tras ellos, como si trataran de huir del pasado hacia un incierto futuro.

Álvaro llegó el último. Antonio era joven, y un gran jinete de poco peso; por lo que, al ser tan ligero, su caballo volaba. Álvaro corría bien pero estaba en desventaja: su envergadura era muy superior, debido a su estatura; y esto, claro está, suponía más peso para el caballo que montaba él.

–Nos damos un baño y luego te cuento el secreto –dijo Álvaro consciente de su derrota en la carrera–, pero éste es grande y no se lo podrás contar a nadie, ¿de acuerdo? –concluyó, a la espera de que Antonio estuviera de acuerdo... –y tras la citada petición, Antonio, con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa pareció estar conforme con lo dicho por Álvaro.

Se metieron en el agua y los dos jugaron con Curro, que les salpicaba y quería ahora ser el protagonista,

ya que en la carrera lo fue su amigo lobo. Parecían niños, hasta Álvaro se olvidó por un momento del gran dilema que tenía. Salieron del agua y Álvaro se dispuso a contarle el secreto a Antonio, que intentaba escucharle con mucho interés.

Álvaro le iba a contar al muchacho algo que no se atrevía a contar a nadie. Solamente se lo contaría a éste, porque únicamente confiaba en él, ya que, en otras ocasiones y en cosas de menor importancia, nunca le había fallado. Digamos que éste era su mejor confidente. Y además de los supuestos porqués, responsables de su derrota en la carrera, también pudiera haber un componente de intencionalidad; como seguramente así fue por parte de Álvaro para confiarle su secreto.

–Bueno... amigo Antonio, confío plenamente en ti para que, sobre todo en esta ocasión, seas absolutamente discreto –previno Álvaro a su criado–, debido a que lo que voy a contarte es algo muy importante: “Me he enamorado de una de las criadas; pero sólo te diré quien es, si me prometes que no se lo dirás a nadie.”... –Y tras estas palabras suspiró aliviado, tras

haber conseguido contar a alguien, probadamente discreto, algo que todo ser humano, tanto en la alegría como en la tristeza, se siente obligado a compartir.

–Está bien señorito... –se apresuró a contestar Antonio, llevándose su mano a la boca como si quisiera que ésta permaneciera cerrada “por los siglos de los siglos”–. Jamás le contaré nada a nadie, mientras usted no me dé permiso para hacerlo... –y tras esta especie de juramento de fidelidad a su amo, pareció enmudecer para siempre, como si quisiera dar fe de la palabra dada.

–Es Laura, la niñera de mi hermana Mercedes –susurró Álvaro, como si tratara de que ni el caballo ni el perro, que estaban cerca, pudieran oírlo.

–!Pero, señorito...!, si esa parece muy pequeña para usted –replicó súbitamente Antonio, como si se tratara de una emergencia–. Perdone, pero no quiero que piense, en ningún momento, que a usted le estoy llamando viejo... –Concluyó finalmente, tratando de

suavizar en lo posible su opinión sobre la diferencia de edad de la pareja en cuestión.

–Entonces..., ¿tú crees que yo soy viejo para la señorita Laura? –replicó Álvaro, dándole un pescozón cariñoso al muchacho por su atrevimiento–. ¿No será que ella es demasiado Joven? –añadió finalmente con cierto regodeo. “No perdone, pero eso tampoco es verdad”, interrumpió Antonio intentando defenderse del acoso de su amo.

–Bueno, lo dejamos en eso. Pero... ¿no te parece guapa? –Continuó Álvaro incisivo con su exceso de preguntas... “Ah, pues eso sí, es muy guapa”, respondió Antonio aturdido con tanta pregunta. “¿Y su madre le deja que usted tenga novia?, porque doña Elvira es algo... rara, perdóneme”, añadió finalmente éste con cara de cierta preocupación; y sin darse cuenta de que precisamente se trataba de que, al menos de momento, ella no lo supiera... –y tras estos inocentes presentimientos del muchacho, determinaron regresar de nuevo a la finca.

Subieron en silencio a sus caballos, y Antonio, que había permanecido en silencio durante buena parte del camino, y de manera casi inaudible se dirigió a su amo en los siguientes terminos:

–¿Se casará usted con ella? –murmuró tímidamente, y casi a la vez mendigando algún tipo de perdón por su osadía...

Mientras tanto, Álvaro, que también durante buena parte del camino había permanecido en silencio, se quedó estupefacto; y tras unos segundos de cierta inseguridad en su respuesta, proclamó casi solemnemente:

–¿Te gustaría tenerla algún día como la condesa de la casa?...–y tras esta comprometedor pregunta dirigida a un acorralado Antonio, permaneció de nuevo en silencio, a la espera de cualquier imprevisible respuesta de su criado.

–Por supuesto, y luego tendrían hijos, la casa tendría más gente y no como ahora que, cuando se vayan todos, esto se quedará muy triste... –concluyó

Antonio emocionado tras su tierna y prolongada perorata.

Esta conversación con Antonio le pareció tan gratificante que casi se olvida del problema que le había llevado a hacer ese paseo. Entraron en el patio, y Álvaro le dijo a Antonio que llevara los caballos, les diera de comer y los refrescara. Mientras tanto se dirigió a casa de Manuel para hablar con Rafaela. Cuando llegó, ésta andaba en la cocina con su tarea de siempre.

–Rafaela, ¿puedo hablar un momento contigo? –dijo Álvaro atentamente–. Mientras que ésta, de espaldas a él, se ocupaba de su ingente trabajo en la cocina y parecía no hacer demasiado caso a sus palabras; aunque de manera distante, dijo: “Dígame señor..., no se preocupe. Estoy trabajando, pero le escucho lo mismo” –No sé si te habrá dicho tu marido que quería pedirte un favor –añadió él de forma casi inaudible y en actitud de súplica– “¿Y en qué le puedo ayudar?”, respondió ella de manera algo lejana y casi inaudible; mientras trataba de introducir en el

horno una enorme bandeja de carne, parte de la siguiente comida.

–Pues no sé como empezar... ¿Tú sabes lo de Laura? –consiguió decir, al final, casi en un susurro–, pues resulta que tengo un problema... –Y tras esta especie de petición de socorro por adelantado; y sin tan siquiera haber recibido la respuesta de ella, daba la impresión, por su aspecto, de que no le hubiera importado salir corriendo. “Sí señor, conozco su relación con Laura”, respondió ella lacónicamente, intentando calmar a éste y continuando con su faena en la cocina.

–Pues resulta que yo no puedo despedirme de ella como quisiera, porque siempre estamos rodeados de gente –dijo quejoso–. Y me gustaría que tú, como mujer, pudieras sugerirme alguna solución de urgencia para este problema de la despedida, cuando dentro de muy poco tiempo tenga ella que regresar de nuevo a la ciudad con mi familia, ya que el veraneo está tocando a su fin... –concluyó Álvaro con un gesto de preocupación en su rostro.

“Si yo puedo ayudarle, no dude que lo haré”, contestó ella de forma contundente, y casi sin dejar terminar de exponer a Álvaro su problema. “Déjeme pensar y seguro que pronto le doy una solución. Y vaya tranquilo, que yo le aviso con Antonio”, concluyó finalmente, y reflejándose en su rostro una fuerte determinación. –Pero que no sea tarde, porque se van dentro de tres o cuatro días –interrumpió él, casi sin dejarla terminar... “Ya, ya... quédese tranquilo, que yo haré todo lo que pueda”, concluyó ella finalmente, tratando de calmarlo... –y tras estas últimas palabras de Rafaela, Álvaro se subió a la casa grande para darse una buena ducha, pues la necesitaba con urgencia tras los sudores que había pasado para pedirle a Rafaela el favor. “¿Dónde estará mi Laura, qué estará haciendo...? No quisiera que me viera con semejante pinta”, pensaba preocupado. “Luego, cuando me prepare la buscaré, aunque solo sea para verla”, concluyó un poco más animado.

CAPÍTULO IX

Pasaron las horas y Álvaro no había visto a Laura por ninguna parte. Entonces fue hacia el patio para ver si ésta había ido por allí. Y... efectivamente, vio salir a Laura de casa de Rafaela. Ésta, al parecer, ya había encontrado la solución a su problema. Álvaro se escondió para que Laura no lo viera y poder así hablar a solas con su encubridora.

–¡Hola! –dijo brevemente Álvaro esperanzado, tras haber visto a su amada salir de la vivienda de Rafaela y adivinar un cierto aire de satisfacción en la cara de ella.

“¡Buenas!”, contestó Rafaela. Ya lo tengo todo, pase y le cuento como lo he conseguido. “Es de lo más simple”, añadió gozosa. Y le fue relatando todos los pormenores del plan, mientras Álvaro asentía a todo cuanto ésta le estaba aconsejando, hasta el final.

“¡Perfecto!”, exclamó éste para sus adentros. –Desde luego las mujeres sois muy buenas estrategas –añadió en tono de alabanza hacia el sexo opuesto–, y termino diciendo: “¡Ay...! ¡Qué sería de nosotros sin ellas! “Pues a usted ya le iba haciendo falta una hace tiempo”, sentenció Rafaela con cierta ironía.

“Perdóneme pero tanto Manuel como yo nos alegramos mucho de que por fin deje de ser un solterón”, manifestó Rafaela con una evidente cara de sinceridad. “Todo saldrá bien”, añadió finalmente.

–Gracias, mil gracias a ti y a Manuel; sois como hermanos para mi, –contestó Álvaro emocionado–. Aunque lo peor está por llegar –añadió preocupado. “¿¡Cómo!?””, exclamaron sorprendidos Manuel y Rafaela... –Y tras la evidente sorpresa de ambos, añadió finalmente: –Cuando se lo comunique a mi madre, que Dios nos coja confesados a todos.

“Sí claro, porque si se entera que yo le he estado ayudando nos echa de casa a mí, a mi marido, a mi hijo Antonio y a mi hija Luisa”, manifestó Rafaela, preocupada ante tal posibilidad. –Bueno..., no ade-

lantemos acontecimientos todavía; de momento vivamos el presente, y ya veremos luego que nos depara el futuro –resolvió Álvaro saludando a sus criados con una agradecida sonrisa de esperanza... –y tras estas palabras, salió rápidamente hacia su casa.

“Se lo tengo que contar a Laura para que se ponga tan contenta como yo”, pensaba jubiloso mientras recorría rápidamente el corto camino que le separaba de la residencia de él y su familia. Fue hasta la cocina por si ella estaba dando la cena a los niños; pero, al entrar y no encontrarse con ella, se quedó un poco desilusionado ya que, únicamente, se encontró con Tere, y ésta le pregunto:

“¿Quería usted algo señorito Álvaro” –No, venía a ver si veía a los niños para darle, como siempre, las buenas noches –respondió él para salir del paso. “Pues no, ya los han llevado a todos a la cama...” Y tras la escueta información de ésta, Álvaro, disgustado, se fue hacia el comedor, ya que era la hora de reunirse con la familia para cenar. Y al entrar, doña Elvira le reprochó que no estuviera más tiempo en casa, porque según ella apenas si lo veía, casi tan

poco como cuando estaba ella en su casa del Norte. Y él como estaba contento le dio dos besos y le hizo unas carantoñas para calmarla y ganársela, al menos de momento.

–Cuéntame algo sobre la cosecha, querido Álvaro, porque es que nadie me cuenta nada... –dijo doña Elvira conciliadora– ¿Qué tal este año la uva?, ¿ha sido buena? –añadió ella interesada, queriendo enterarse de algo tan importante para el buen funcionamiento de la economía de la casa, como lo era una buena cosecha de la uva.

–Mamá no te preocupes, porque todo está perfecto, –respondió él para tranquilizar a su madre–. Y yo también estoy muy contento, porque sé que también vosotros lo habéis pasado bien este verano –añadió, mostrando una sonrisa “de oreja a oreja” –De todas formas, ¿cuándo tenéis previsto marcharos? –preguntó éste satisfecho. “Dentro de cuatro o cinco días, aproximadamente”, respondió doña Elvira... –y tras las últimas palabras de su madre, pareció concluir satisfactoriamente la conversación de Álvaro con ella. Pero el pelma de Daniel

se encontraba allí en aquellos momentos; y, ¿cómo no?, no le quedó más remedio que exhibir su acostumbrada impertinencia.

“Pero... Álvaro ¿Ya nos estás echando?, dijo Daniel con una más de sus estúpidas intervenciones de siempre. “Y... si me quiero quedar, ¿puedo hacerlo?”, añadió con todo el descaro, y toda la inoportunidad de siempre. –No estaría mal, así me echabas una mano con todo esto –dijo Álvaro, aunque éste no esperaba ningún tipo de ayuda en la casa por parte de su “hermanito” Pero bueno, puestos a decir tonterías..., que nadie se quede atrás. Y efectivamente: “Lo siento hermanito, pero yo no he nacido para esto; a mí me esperan en Paris”, dijo Daniel rematando la faena.

–Eres patético, de una altanería insufrible, y además, totalmente incapaz de hacer nunca algo de provecho –contestó Álvaro indignado. “¡Bueno, vale ya... A ver si pudiéramos cenar tranquilos!”, protestó finalmente doña Elvira... –Y con estas últimas y casi únicas palabras de doña Elvira, regreso la paz al seno de la familia.

Al día siguiente, y mientras la señora condesa y los demás hijos tomaban el desayuno en el jardín, iba a ponerse en marcha el plan que Rafaela había preparado para que Álvaro y Laura pudieran estar juntos antes de que terminaran las vacaciones. Los actores ya sabían bien su papel. La primera en llegar fue Laura con los niños, y Rafaela lo hizo diez minutos más tarde.

“Buenas..., y que aproveche”, dijo ésta un poco nerviosa. “Pero en qué problemas me meto”, pensaba nuestra Rafaela, mientras buscaba algún lugar donde sentarse. “Señora, ¿puedo ir mañana a la ciudad?, dijo al fin dirigiéndose a la condesa... “Es que tengo que hacer unas compras, y voy también a que me gradúen la vista” “¿Puede usted darme el día libre?”, añadió finalmente, agobiada por la incertidumbre de la respuesta de doña Elvira... –Y tras estas palabras de Rafaela, rodeadas de cierto misterio..., parecía que la respuesta de la señora no llegaría nunca.

–Habla con las de la cocina y les das instrucciones sobre lo que tienen que hacer; y ya puede usted

marcharse –dijo finalmente– Y tras haber conseguido al final sus deseos, Rafaela desapareció de la escena como por arte de magia. Y mientras doña Mercedes tomaba su desayuno con su madre en el jardín, Laura esperaba pacientemente su turno.

–¡Ay, señora Mercedes! –dijo Laura al entrar en escena–, si me dejara ir con Rafaela, podía comprar algunos regalos para mis hermanos, ya que es mi día libre –concluyó Laura con una sombra de inquietud en su mirada. “Está bien, vete con Rafaela y no te pierdas en la ciudad...”, decidió doña Mercedes con cierto sarcasmo.

–¿Quién va a la ciudad? –dijo Álvaro que, con la precisión de un reloj suizo, apareció en ese preciso momento en escena, como caído del cielo– Porque yo también tengo que hacer algunas cosas –concluyó con una euforia un tanto sospechosa. “Señorito Álvaro, también va conmigo Laura”, dijo Rafaela, dándole a entender a éste que la más importante del grupo no se quedaba atrás... –y tras estas últimas palabras de Rafaela, doña Mercedes remató la faena con un mal disimulado sarcasmo: “¡Mira qué bien!”

Creo que en este momento debería caer el telón y que comenzaran los aplausos. La representación había sido todo un éxito y nuestros actores estaban exultantes de felicidad. Rafaela desapareció enseguida, y Álvaro detrás. La que tuvo que quedarse fue nuestra amiga Laura, ya que, en esos momentos estaba jugando con los niños.

–¡Gracias! ¡Eres única! –dijo Álvaro, cuando alcanzó a Rafaela antes que ésta entrara en la cocina– Nos vemos temprano, sobre las diez, ¿te parece bien? –concluyó festivo y con una amplia sonrisa... –y tras este derroche de felicidad y agradecimiento, Rafaela le hizo ver que Laura seguramente tendría que levantar a los niños para darles su desayuno; y que cuando estuviera lista bajarían. “¿De cuerdo?”, dijo finalmente ésta; aunque Álvaro, que ya casi corría hacia su habitación feliz y mucho más animado, probablemente no oyera estas últimas palabras de Rafaela, pensando ya en la despedida de Laura. “Tengo que preparar todo para ofrecerle a Laura el día más feliz de su vida”, pensaba jubiloso. “Iré a la casa del lago y la acondicionaré todo lo mejor posible

para que todo salga perfecto”. Y envuelto en estos y otros pensamientos, asemejábase a un niño que soñara conseguir el mejor regalo que pudiera haber imaginado.

Al día siguiente Álvaro se levantó muy temprano y Laura le oyó canturrear desde su habitación. Se notaba que estaba contento. Ella, sin embargo, estaba más nerviosa. Seguidamente, se puso a levantar a los niños. Aquel día madrugaban más, porque, como sabemos, era debido a que ella tenía que ir a la ciudad. En estas estaba, cuando pegaron en la puerta; Laura fue a abrir y era Álvaro. “Está como un pincel y... ¡qué bien huele!”, pensó eufórica.

–¡Buenos días chicos! ¿Qué tal habéis dormido?
–dijo Álvaro de manera festiva– Y usted señorita Laura ¿está preparada para...? –y tras esta pregunta inacabada calló repentinamente para evitar que los niños supieran nada referente al viaje, y no “metieran la pata” ante doña Mercedes. –Me marcho. Voy sacando el coche y espero hasta que los niños terminen de desayunar y salgáis todos –añadió finalmente. “No te preocupes, que yo termino enseguida”, dijo

Laura mientras trataba de acelerar el desayuno de los niños.

Cuando bajó Laura, Rafaela ya estaba sentada en la parte delantera del fabuloso Mercedes de Álvaro; y éste, con sus guantes de cuero marrón agarrando el volante, estaba impresionante. Ella entró en la parte trasera para no levantar sospechas entre las criadas que eran las únicas que estaban levantadas a aquella hora tan temprana. Por supuesto que la cotilla de Tere ya estaba en una de las ventanas. “Para mí que ésta sospechaba algo; pero aunque no sepa nada, creo que está con la mosca detrás de la oreja”, pensó Laura.

El coche se alejó lentamente dejando atrás la Zarzalera. Laura permanecía en silencio, mientras Álvaro y Rafaela hablaban de cosas intrascendentes como el tiempo y la cosecha; en fin... más que nada por “romper el hielo”. Álvaro miraba a Laura a través del espejo retrovisor y le mandó un beso, y a ella se le subieron los colores. Estaba nerviosa y le daba vergüenza que Rafaela supiera lo que se proponían Ál-

varo y ella. Pasada una hora, más o menos, llegaron a la ciudad:

“Bueno... ¿A qué hora quedamos?”, preguntó Rafaela al bajar del coche, mientras recogía unas bolsas que llevaba para, aprovechando el viaje, hacer algunas compras en la ciudad... –y tras salir del coche se dispuso a marcharse hacia el centro de la ciudad, ya que ellos se marchaban hacia el refugio. “¡Bueno hasta la tarde...! ¡Ah!, ¿y a qué hora quedamos?”, insistió de nuevo Rafaela. –De siete a siete y cuarto de la tarde aquí mismo ¿qué te parece? –propuso finalmente Álvaro. “¡Bueno..., pues a ver si tienen ustedes un bonito día” –Igualmente –contestaron ellos jubilosos mientras Rafaela se alejaba camino del centro para hacer sus compras, y les comentaba que, a la hora convenida los esperaba en el mismo lugar donde estaban.

–Pasa aquí delante, cariño... –dijo Álvaro, tras despedir a Rafaela–, o es que quieres que parezca tu chofer... Laura se sentó adelante, y él aprovechó para darle un beso y preguntarle si estaba bien. Estaba

nerviosa todavía, y él le hizo algunos arrumacos para que se animara un poco pero no lo conseguía:

–¿Qué te pasa? ¿Es que te arrepientes de haber venido? –preguntó Álvaro ante la extraña actitud de ella– Si quieres nos marchamos para casa, pero por la tarde hay que volver a buscar a Rafaela –añadió finalmente éste, un poco contrariado. “No..., es que con Rafaela aquí me sentía muy mal”, dijo ella tratando de justificar su malestar. –Pero sin ella no podríamos estar aquí, mi amor; y tampoco estaríamos camino de nuestra casita –replicó Álvaro– Y ella lo miró con ternura y hasta con una chispa de picardía. “Nuestra casa será mucho decir..., será tuya”, dijo ella con una sombra de inquietud en su cara. –Tú sabes que todo lo mío es ahora tuyo; y que ahora tú eres lo que más valoro en mi vida –dijo él finalmente, y casi al mismo tiempo que Laura exclamaba: “Te amo Álvaro. No lo olvides nunca.”

Era una mañana preciosa o eso le parecía a nuestro amigo Álvaro. El viento que penetraba por las ventanillas era ya más fresco, dada la proximidad del otoño, y debido también a que los días ahora eran

más cortos; aunque al mediodía todavía el calor se hacía notar. La carretera parecía ser más larga que nunca, o por lo menos eso le parecía a Álvaro, que atento a su trabajo de conductor, no se daba cuenta con la cara de admiración que Laura lo miraba.

–¡Ya estamos llegando! –exclamó él, cuando empezó a divisar la arboleda que rodeaba la casa–. ¿Ves esa casita entre los árboles...? Pues esa es nuestra casita. Y ahí quiero que tengas un maravilloso día. Pero conmigo –concluyó él orgulloso–. “Y yo no encontraría compañero mejor”, añadió ella; superando con creces las últimas palabras de él.

Bajaron del coche, y él se apresuró a abrirle la puerta. Le tendió su mano y... –Señorita, cuando usted quiera –dijo él, en un alarde de galantería– Ella estaba radiante de felicidad y le regaló un beso en la mejilla, acompañado con un “te quiero Álvaro”. Y finalmente él, emocionado, abrió la puerta del refugio.

–Por favor, pase señorita. Está usted en nuestra casa –dijo ceremonioso, cual si se tratara de una invitación dirigida a una gran dama de la alta sociedad.

Ella se ruborizó ante tanto protocolo; y además también era la segunda vez que él decía “...nuestra casa”. El trato recibido desde que él pronunció de nuevo estas palabras la emocionó profundamente: jamás nadie la había tratado así, con tanta amabilidad y respeto.

CAPÍTULO X

Al entrar, él había colocado un gran ramo de rosas con los colores que a ella le gustaban: rosa y rojo. Se emocionó tanto que tuvo que tranquilizarla: acariciaba sus mejillas y la besaba tiernamente a la vez que le decía: “Tu te mereces esto y más”. Álvaro se reía al ver la cara de sorpresa que ella ponía a medida que él le enseñaba la casa: había flores por todos los lados. Pero cuando más se emocionó fue, al ver en el dormitorio un lujoso jarrón lleno de orquídeas blancas; y a su lado, un pequeño envoltorio con un sobre en el que se podía leer: PARA LAURA. Y ella, con los nervios de una colegiala, se acercó, tomó el sobre y sacó una tarjeta que ponía: “Quiero que hoy seas muy feliz”. Para ella eran demasiadas emociones en tan poco tiempo; y todavía tenía que abrir el pequeño paquete que estaba junto al sobre. Las manos le temblaban; y cuando le quitó el fino papel

de regalo, apareció una cajita que contenía una maravillosa sortija. Y ahora sí, esta creía que se moriría de emoción.

“¡Álvaro!”, exclamó emocionada. “No puedo creerlo ¡estás loco! Esto es más de lo que yo merezco”, concluyó impresionada. –Nada es suficiente para ti, mi reina –dijo él enamorado– Ven que sea yo quien te ponga la sortija, y así de paso me entreno para cuando tenga que ponerte la alianza de casados – concluyó emocionado.

Laura se acercó a él y tendió su mano para que le pusiera la sortija. Así lo hizo, y bromeo como si de una boda se tratara. –Doña Laura Montesinos, ¿quiere usted por esposo a don Álvaro de la Vega, conde de Dorsia? –dijo él ceremonioso– Y tras un gran silencio, contestó ella lacónicamente: “Si quiero”. El la abrazó fuertemente, como si quisiera fundirse con ella. La besaba con dulzura, pero también con una pasión que ahora ya no controlaba. Ella también lo deseaba tanto como él; y los dos, mezclados en un torbellino de pasión y deseo, se amaron como nunca lo habían hecho.

La mañana tocaba a su fin; pero antes de la comida Álvaro invitó a Laura a darse un baño en el lago. Ella todavía llevaba la camisa que él le había dejado para que se sintiera más cómoda; y su cara desprendía aún esa aureola de felicidad y emoción por todo lo vivido hacía unos minutos.

“Sabrás que hoy tampoco tengo traje de baño”, manifestó Laura preocupada; o sea que de bañarme nada de nada. “Podías haberme comentado que utilizaríamos el lago y yo lo hubiera traído”, precisó ella censurando el olvido de Álvaro. –No te preocupes, aquí estamos solos –añadió éste, tratando de quitar importancia al asunto.

“¿Quieres decir que me tengo que bañar desnuda?”, respondió ella alarmada. “No pretenderás que aquí, en plena naturaleza, me ponga desnuda... ¡Por Dios! Mira que si pasa alguien y me ve así...” –Pues qué bien; si es un hombre se quedará maravillado ante tanta belleza –respondió Álvaro intentando hacerla rabiar.

“Eso ni lo sueñes. Yo en esas condiciones no me baño...”, protestó ella, perpleja ante la situación creada. “A mí me da mucha vergüenza. ¿Es que tú piensas bañarte desnudo? Seguro que sí”, concluyó un poco molesta ante el atrevimiento de éste. –Claro, faltaría más –dijo él para hacerla rabiar más– Allá tú yo me voy al lago –añadió finalmente. “Pues no veo que vayas desnudo”, protestó ella provocándole.

–Ahora verás... –y quitándose la bata se quedó con el bañador que ya llevaba puesto con antelación, con la malsana intención de gastarle una broma. “Eres un mal bicho, mira que decirme que yo me bañara desnuda”, dijo Laura, contrariada con la bromita de él. “Ja, ja,... ja”, rió Álvaro, a la vez que la cogía por la cintura y la besaba... –No seas tontita, báñate así como estás, luego te doy otra camisa –concluyó él finalmente partiéndose de la risa. Laura lo acariciaba, mientras le decía: “Eres malo; querías verme enfadada y lo has conseguido, pero te perdono”. Y echándole los brazos al cuello, lo beso. –Vamos, que se nos hace tarde, –dijo él finalmente; y agarrados de

la mano fueron hacia el lago que estaba en la parte de atrás de la casa.

Se bañaron y jugaron como dos niños. La felicidad era completa, estaban solos y disfrutaban de su gran día libre, lejos de cualquier mirada que pudiera perturbar tanta dicha.

Después de la comida se sentaron en el sofá para relajarse y charlar un rato antes de marcharse. Álvaro le fue enseñando algunas de las muchas aficiones que tenía. Laura observó también que en una estantería había una caja con una pipa y le preguntó: “¿Tú fumas en pipa?”

–Sí claro, –respondió él– Mi afición viene de cuando estuve viviendo en Londres en casa de mi buen amigo Sir Arthur de Bedford –Comentó él, interesado en contar a Laura la pequeña historia relacionada con su afición a fumar en pipa... –Y tras esta pequeña presentación del tema, continuó hablando sobre su peculiar forma de fumar:

–Sir Arthur me la regaló después de enseñarme todo lo que hay que saber sobre las pipas. Ésta es

una pieza muy codiciada y no todos los que fuman en pipa tienen el placer de tener una Alfred Dunhill. Este señor las fabrica en Londres, y además también hace maravillosas mezclas con el tabaco de todo el mundo. “¿Y ese punto blanco en la pipa qué significa?”, preguntó ella curiosa. –Mira, este punto blanco sólo lo tienen las pipas que han pasado un control muy exigente; y esto es lo que las hace tan especiales. –Y... ¿qué más quieres saber? –añadió Álvaro, dando por concluida la historia de su pipa. “Pues me gustaría que fumaras una para ver qué tal lo haces”, dijo Laura, interesada por conocer un poco más a fondo aquella forma de fumar.

–Está bien, prepararé dos cafés y pondré algo de música, y después fumaré una pipa para mi amada; será todo un placer –dijo Álvaro, dispuesto a agradar a Laura.... –y mientras él volvía con los cafés, ella fue mirando los discos que tenía, pero no se decidía por ninguno. Pensaba que a él no le gustaría la música de la gente más joven, porque allí no había nada que ella conociera. “¿Cuál es tu favorita Álvaro?”, preguntó finalmente para salir de dudas. –De las que tengo...

cualquiera. Coge la que más te guste; da exactamente lo mismo –dijo, mientras llenaba su pipa– Ella miraba pero no entendía esas músicas. “Cogeré ésta que dice 'Ave María'; por lo menos no creo que sea mala”, dedujo finalmente. “Ya tengo una, no sé si te gustará. En la carátula pone: AVE MARÍA”, comentó ella esperando haber acertado. –¡Qué buen ojo tienes..., es una de mis favoritas! –exclamó Álvaro, gratamente sorprendido.

Él se acercó y puso el disco. De éste inmediatamente comenzó a surgir una suave voz de mujer, limpia y dulce, desgranando unas notas musicales que, cual si de un ángel se tratara, se elevaban hacia el cielo en una plegaria de amor; y envolviendo finalmente a nuestros amigos en un remanso de paz. Álvaro fumando su pipa parecía ausente; y ella, extasiada con aquella música, no podía contener sus lágrimas. – Ven, siéntate aquí a mi lado –dijo él con ternura. Y se acurrucó junto a él, mientras éste acariciaba su cabello. Terminada la música, Laura le preguntó que de quién era la música. –De Schubert –dijo él, en un tono de cierta veneración hacia el genial compositor–

¿Te ha gustado? –añadió Álvaro finalmente. “Mucho” contestó ella. “De ahora en adelante esa será nuestra música, ¿qué te parece?” –Buena idea...–respondió el ilusionado. Así cada vez que la oiga te tendré aquí a mi lado.

“Nos tenemos que ir”, añadió Laura, preocupada por la hora. “Nos queda poco para recoger a Rafaela; pero antes tengo que darte las gracias por este día tan maravilloso que me has dado y que será para siempre uno de los días más felices de mi vida...” “¡Gracias mi amor por todo! Y espero que también tú hayas sido muy feliz”, finalizó emocionada... –y tras estas palabras de agradecimiento, unas lágrimas ratificaron su felicidad y su amor a Álvaro.

–Gracias a ti por toda esta felicidad que me das –respondió él emocionado–. Espero que cuando estés lejos no olvides lo mucho que te quiero; y recuerda que tendremos muchos más momentos como éste para nosotros, cuando, por fin, podamos vivir juntos. Escríbeme mucho. Estaré esperando tu carta nada más despedirte... –Y ahora vámonos, porque nuestra hada madrina nos estará esperando. Y ella,

sin duda, también se merece un buen regalo por lo mucho que nos ha ayudado.

La tarde parecía tocar a su fin; y los rayos del sol, cada vez más débiles, en su camino hacia el horizonte presagiaban que el día estaba a punto de terminar. Y nuestros amigos, abrumados por la idea de una pronta separación, parecían ensimismados en sus pensamientos, recordando aquel día tan feliz en el refugio. Separarse después de aquellos hermosos momentos en los que habían sido tan dichosos resultaba muy duro.

—¿Te casarás conmigo? —dijo Álvaro, rompiendo aquel embarazoso silencio. Ella se volvió hacia él mirándolo con toda la dulzura de una mujer enamorada; y en una especie de lejano susurro murmuró: “Sí” El estrechó su mano, y siguió conduciendo hasta casi haber llegado al lugar donde habían quedado con Rafaela. —Será en la Zarzalera —concluyó Álvaro al llegar, sin ya casi venir a cuento y tras un largo trecho en silencio... —y tras estas últimas palabras, enmudeció de nuevo.

–¡Hola Rafaela! –dijo Álvaro exultante, al encontrarse de nuevo con ella, tras la larga jornada en la ciudad– ¿Qué tal has pasado el día? Supongo que, aunque traías muchos recados que hacer, al final te habrás aburrido un poco... –dedujo finalmente, y en un evidente tono de disculpa.

“No se preocupe señorito, no me he aburrido absolutamente nada, ya que cada vez que vengo tengo muchas cosas que hacer, y se me va el tiempo muy rápido.... Y a ustedes no les pregunto; porque se les nota en la cara...”, concluyó Rafaela con cierta complacencia. –Todo perfecto entonces –afirmó Álvaro satisfecho– Y por todo ello las voy a llevar al sitio más elegante de la ciudad a tomar un buen helado, ya que las dos me habéis regalado uno de mis días más felices –concluyó entusiasmado. Y seguidamente, las llevó a la mejor cafetería de la ciudad, sin importarle que lo pudiera ver con ella cualquier amigo. Nada le importaba ya, sólo el amor de su querida Laura.

De vuelta a casa, a la primera que vieron fue a Tere. Y al verla de nuevo, se podía afirmar, sin ningún tipo de dudas, que ésta había permanecido durante

todo el día en el mismo lugar de observación utilizado por la mañana, a la salida de éstos. Pero Álvaro, más listo, y para evitar una nueva situación de “bienvenida” salió del coche y le dijo a Laura: “¿Me puede acompañar a darles los regalos a los niños?”, evitando así que Tere montara la ceremonia de bienvenida; cosa que Laura agradeció. Quedando Tere como lo que era: “una gran cotilla”. Aunque, al menos por esta vez, no pudo saciar su innata tendencia al chismorreo.

CAPÍTULO XI

Por fin llegó el día de la partida de todos los que habían venido de vacaciones. Aquella mañana, todo era correr de un lado para otro recogiendo maletas y todo tipo de enseres que habían de volver a su lugar de origen tras las vacaciones. La casa era como un torbellino: todos buscaban algo, unos lo encontraban pronto y otros, sin embargo, parecían volverse locos tratando de encontrar aquello que formaba parte de la lista de cosas que habían de volver a su lugar de origen en la ciudad. La casa estaba del revés, 'todo manga por hombro'. "¿Estamos todos preparados...?, pues a los coches que se hace tarde?", dijo, por fin, doña Elvira.

Los niños bajaron en tropel por las escaleras, seguidos por sus cuidadoras y los padres de éstos; y en último lugar, la señora condesa dando órdenes a su

hijo Álvaro para que le mantuviera al corriente de todo lo que aconteciera en la finca. –Mamá no te preocupes –le decía éste mientras miraba como Laura colocaba a los niños en el coche. La tristeza parecía ahogarlo, no tendría fuerzas para decirle adiós. Su amada se marchaba y él se quedaría solo. “¿Cuándo podría tenerla de nuevo entre sus brazos?”, pensaba angustiado; y finalmente se acercó al coche para despedir a su hermana Mercedes y a los niños. “Qué pena dejarlo tan solo”, pensó Laura con sus lagrimas a punto de delatarla. No quería mirarlo, pero no le quedo más remedio que darle la mano cuando éste le tendió la suya. –Bueno señorita Laura, ha sido todo un placer –Nos veremos pronto. Y cuide a estos diablillos –sugirió él finalmente en un simulado acto de cortesía. Se miraron, y en sus ojos se reflejó la tristeza que ambos sentían, al despedirse. “Gracias”, dijo ella con un débil hilo de voz, temiendo que esta vez no pudiera contener sus lágrimas. Temblando se metió en el coche y ya no pudo mirar a su amado, que había dado media vuelta y se alejaba cabizbajo. Ella sabía que, si se hubiera quedado, lo habría mandado todo al diablo y le habría gritado a los

cuatro vientos que la amaba más que a su vida... Y entonces ella no lo habría soportado.

El coche arrancó y el paisaje se fue perdiendo en la distancia, pero su amor crecía más y más. Ya lo estaba echando de menos, y no sabía cuando lo volvería a ver. “¿No habrá sido todo un sueño del que me voy a despertar en cualquier momento?”. Con este pensamiento y otros parecidos pasó la mayor parte del viaje, además de entretener y cuidar a los niños que no paraban ni un momento. Ya nada era igual, no tenía a su querido Álvaro para que la cuidara y protegiera. Sentía un gran vacío en su corazón y se preguntaba: “¿Qué estará haciendo ahora? ¿Pensará en mí como yo pienso en él?” “Qué maravilloso ha sido conocerle y qué suerte tengo de tener a un hombre como él: guapo, elegante, tierno y sobre todo protector. Qué bien me encuentro a su lado y qué dulces y cálidos son sus besos. ¡Ay Dios mío...! ¿Cuándo podré tenerte otra vez?”

Ya habían pasado cinco días desde que Laura había regresado de las vacaciones en la Zarzalera, cuando descubrió en el buzón una carta para ella, sin remi-

tente. Esa era de su amor, porque esa era la contraseña: no poner el remite para evitar sospechas, sobre todo por parte de Tere. El corazón parecía salirse del pecho, mientras subía corriendo la escalera de casa para encerrarse en su habitación. No estaban los niños; y Tere estaba ocupada con la comida.

–Voy a mi habitación –dijo a Tere, mientras disimulaba su emoción lo mejor que podía–. Tengo carta de una buena amiga y quiero leerla antes de que vengan los niños... –Y tras esta falsa versión sobre los orígenes de la carta, se dispuso a leerla lo más relajada posible, aunque las manos le temblaban aún y no conseguía controlar su emoción... “¿Me seguirá queriendo todavía?”, se preguntaba en un evidente estado de nervios que aún no había logrado controlar totalmente. “Y si me dice que lo ha pensado mejor y que ya no seguiremos más... ¡No eso no puede ser!” Y mortificada por estos inútiles devaneos, se sentó por fin en la cama y empezó a leer.

“Querida mía –suspiró aliviada–: No sabes lo que te echo de menos... Tanto es así que no sé si podré aguantar el mes que te dije que tardaría en ir a verte.

Todo esto ya no es lo mismo sin ti. Al día siguiente de tu partida, como estaba muy triste, me fui a nuestra casita, y allí estuve recordando nuestros maravillosos encuentros. Lloré de alegría y a la vez de tristeza: de alegría por haberte conocido y de tristeza por no tenerte a mi lado. Pero no quiero preocuparte, ya se ira pasando poco a poco y cuando nos demos cuenta ya estaremos otra vez juntos.

Perdona mi amor, porque me pongo hablar de mí, y lo que más me interesa realmente es saber de ti. Dime si te sientes bien, si me echas de menos... Cuéntame todo lo que te pase, no me ocultes nada; y piensa que de ahora en adelante soy yo quien te protegerá de todo lo que pueda sucederte. Quiero que me cuentes también lo que haces cada día y, sobre todo, si eres feliz. Finalmente, no quiero que sufras, porque eso no podría soportarlo. Bueno... escíbeme pronto.”

“¡Ah!, se me olvidaba: Rafaela y Manuel te mandan recuerdos y dicen que no te preocupes por mí, que ellos me cuidaran en tu ausencia. ¡Bueno mi amor!

Besos de los que más te gustan... Te quiero muchísimo. Escíbeme pronto.” –Álvaro–

Al día siguiente, Laura ya tenía lista la carta para su querido Álvaro. La guardó en el bolso para echarla al correo, cuando saliera a la calle el día siguiente y así llegaría lo antes posible; y también antes, ella recibiría la de su amor. Se había pasado la noche escribiendo la suya, y leyendo una y otra vez la que él le había escrito, mientras jugaba con la sortija que él le regaló el último día que estuvieron en la casita del lago y recordando cada momento vivido con él. “¡Dios mío, quiero tenerlo ya aquí conmigo!”, exclamó acongojada. “No se lo que me pasa, pero estoy muy rara y me siento muy extraña; será porque lo echo de menos”, pensaba preocupada.

Laura no sabía lo que le estaba pasando; pero lo que sí sabía era que algo en ella había cambiado: no dormía bien, tampoco tenía apetito y todo parecía sentarle mal. Además no le bajaba su periodo, aunque lo tenía con regularidad todos los meses. Y no contaba con nadie de confianza para contarle sus problemas. “Esperare que venga Álvaro y a él sí se lo

podré contar todo”, pensaba tratando de aliviar su soledad y su tristeza ante la ausencia de él, y al que tanto echaba de menos.

Tere ya estaba “algo mosqueada” porque Laura comía menos y porque siempre tenía mal el estomago. Le preguntaba por qué le pasaba eso, y ella se limitaba a decir que estaba haciendo dieta, ya que con el verano había cogido unos kilos y ahora quería quitárselos.

Ya casi hacía un mes que volvieron de vacaciones de la Zarzalera. Un mes sin ver a su gran amor, y aunque las cartas llegaban todas las semanas, los dos estaban deseando verse de nuevo.



Álvaro llegó a casa de su madre. Ella lo recibió con gran alegría, y a él le faltó tiempo para preguntar por su hermana y los niños; claro que el interés era otro: éste en quien pensaba era en Laura, y pecó un poco de inocente al mostrar de repente tanto interés por los niños.

“¡Jesús, hijo! Terminas de llegar y ya quieres irte donde tu hermana”, dijo su madre un tanto perpleja. “Ten un poco más de paciencia hombre. Mañana por la mañana los verás...”, añadió finalmente, y casi pidiéndoselo por favor –Mamá, vale, estoy contigo en la comida y luego meriendo con los niños ¿te parece? “Está bien”, dijo doña Elvira, que no entendía para nada las prisas de su hijo. –Voy a llamarla para que no salga y pueda ver a los niños; quiero darles los regalos que les he traído –dijo finalmente, y llamó a su hermana pensando que, con algo de suerte, cogiera el teléfono su amada Laura. Pero fue su hermana la que contestó al otro lado.

–¡Hola hermanita! ¿Qué tal estás? –dijo Álvaro un poco decepcionado, al no oír la voz de Laura al otro lado. –¿Están mis sobrinos favoritos? –preguntó, más que nada por intentar adivinar el paradero de Laura. “No”, contestó Mercedes; “Están en la calle, pero pronto estarán en casa”, concluyó ésta de forma rutinaria, y sin mencionar a Laura. “¿Cuándo has llegado?” –Hace una hora. Comeré con mamá y en la merienda estoy con vosotros si no tenéis otro plan

para esta tarde. “Vale, de acuerdo, te esperamos y... ¡bien venido hermanito!”, concluyó Mercedes despidiéndose.

Cuando llegó Laura con los niños, se enteró enseguida de que su querido Álvaro ya estaba en la capital, cosa que le alegró intensamente; y a la vez la puso más nerviosa. No sabía como iban a hacer para estar en algún momento a solas; y conociendo, como conocía a Álvaro, pensaba que él lo intentaría. “Solo espero que no provoque un escándalo. Dios mío haz que todo salga bien”, pensaba Laura preocupada. Ya no estaba tranquila, y el tiempo que el tardara en venir se le iba a hacer eterno.

A media tarde Laura terminó de dar la merienda a los niños, y cuando se dirigía a la cocina, sonó el timbre de la puerta. Ella, que era la que más cerca estaba, fue a abrir. Y cuál no sería su sorpresa, al ver a Álvaro frente a ella. A esta no le dio tiempo a decir nada, porque le estampó un beso en la boca; y a punto estuvo su hermana Mercedes de descubrirlos. Ésta ya venía preguntando quién era la del timbrazo; y aunque Laura aún no se había repuesto de la emo-

ción, y con cierto tartamudeo, acertó a decir: “El señorito Álvaro”. Mercedes llegó a la altura de Laura y se adelantó para abrazar a su hermano: “¿Qué tal estás hermanito?, y... ¡qué pronto has venido!”, dijo Mercedes con cierto “tufillo” a fingida bienvenida. – Tenía ganas de venir, y claro está no lo pensé dos veces; ¿y los niños? –preguntó un poco nervioso aún, tras haber podido ser descubierto besándose con Laura. “Pasa están jugando en su cuarto, ve y les das una sorpresa”, concluyó ella.

Mercedes se adelantó y detrás quedaron Álvaro y Laura. Éste la miraba con gran dulzura; pero no podía tocarla, porque su hermana se habría dado cuenta, y esto estaba provocando en él cierto desasosiego. Cuando entró en la habitación de los niños, éstos corrieron a abrazarlo. –Hola, queridos diablillos, ¿qué tal estáis? ¡Qué ganas tenía de veros! –gritó Álvaro mirando a Laura que le había acompañado a la habitación de éstos. “¿Nos has traído regalos, verdad tío Álvaro”?, preguntaron todos a la vez y atropelladamente. –¡Claro, faltaría más!, aquí tenéis uno para cada uno. A ver si os gustan y no hay problemas

como siempre –concluyó, esperando que éstos se entretuvieran un rato. Y mientras los niños abrían sus regalos, Mercedes salió de la habitación para dar ordenes a Tere sobre la merienda. Y mientras tanto, Álvaro aprovechó la ocasión para acercarse a Laura, y cogerle la mano, mientras le decía al oído: “¿Qué te pasa cariño?, te encuentro muy delgada”. Pero ella no pudo contestarle, porque Mercedes llegaba en ese momento para decirle que fuera a ayudar a Tere con la merienda. Álvaro sintió una punzada en el estómago: no podía ver que a su amada le dieran un trato de criada. “¿Cuándo podré cambiar esta situación? No soporto ver así a mi querida Laura, y además creo que no está bien. ¿Le pasará algo? La encuentro muy demacrada y muy delgada”, cavilaba preocupado. No paraba de pensar en ella; tanto es así que más de una vez su hermana lo pillaba despistado, cuando le hablaba.

“¿Te pasa algo Álvaro?”; te encuentro muy distraído. –No, estaba viendo a los niños con qué vehemencia abren los regalos; y me acordaba de cuando éramos pequeños, y llegaba papá cargado de regalos

para nosotros –respondió él tratando de quitar importancia al asunto. Mintió, claro: él pensaba en ella, en su amada. Y Laura, rompiendo aquella especie de interrogatorio de Mercedes a Álvaro, llegó –quizá premeditadamente– diciendo: “Señora la merienda está ya en la mesa”. “Muy bien, entonces vámonos Álvaro; y usted quédese con los niños mientras merendamos nosotros”. “De acuerdo señora”, dijo Laura con un cierto tono de desprecio hacia Mercedes; y desapareció, seguramente indignada, hacia la habitación de los niños. Finalmente, Álvaro se marchó también con su hermana, pero de muy mala gana, porque para él la merienda era lo que menos le importaba; pero no le quedó más remedio que acompañar a Mercedes.

CAPÍTULO XII

Laura jugaba con los niños, cuando se sintió mal; y aunque se apoyó en la pared, cayó al suelo desmayada. “Mamá, mamá..., Laura está en el suelo. Se ha caído cuando jugaba con nosotros”, gritaron los niños asustados. Álvaro salió corriendo hacia la habitación de los niños, y allí tendida en el suelo estaba la mujer que él más amaba: –¡Dios mío!, ¿qué ha pasado? –exclamó éste con tal sentimiento de congoja, que hasta a su hermana le extrañó tanta preocupación por lo sucedido. Y apoyando la cabeza de esta en su brazo izquierdo, le decía suavemente:

–¡Laura, Laura... contesta! No te preocupes, que ahora te llevaremos al hospital –suplicaba Álvaro con cara de evidente preocupación. “Será un simple mareo”, dijo Mercedes. “Tere trae las sales y un vaso con agua y ya verás que pronto se le pasa. La lle-

varemos a su cuarto y estará bien enseguida”, dijo Mercedes apresuradamente. Álvaro no lo pensó dos veces, la cogió en sus brazos y la llevó hasta su cama. Allí seguía llamándola, pero ésta no contestaba. Y él cada vez más preocupado y nervioso no sabía que hacer. Su hermana le puso las sales y Tere le dio un poco de agua y parece que hizo efecto, porque abrió los ojos; y dentro de la confusión decía: “¿Donde estoy, qué me ha pasado?” –No es nada contestó Álvaro, adelantándose a su hermana y a Tere. –¿Te encuentras bien? –le preguntaba. Y mientras tanto, seguramente su hermana y Tere estarían pensando: “¿Por qué éste se interesará tanto por ella?”; una pregunta que habría de tener respuesta muy pronto.

Laura un poco más repuesta se avergonzaba de haber protagonizado semejante revuelo. “¿Qué pensará mi señora?”, pensó preocupada, mientras intentaba levantarse; pero hubiera caído de nuevo, si no es por Álvaro que la sujetó. –Voy a llamar a mi amigo Roberto. No debemos dejarla así, porque no sabemos lo que puede tener –concluyó Álvaro preocupado. “Eso será de no comer”, sentenció Tere. Y añadió: “Ya se

lo decía yo, te vas a enfermar por no comer y ella me decía que estaba haciendo dieta. Y además yo la he oído vomitando muchos días después del desayuno”. Álvaro miró a su hermana y ésta a Tere. “Y usted... ¿por qué no me dijo nada?”, protestó Mercedes. “Yo es que no pensé que pudiera ocurrir esto”, concluyó Tere poniendo cara de tonta.

Álvaro fue a llamar por teléfono a su amigo Roberto; y rápidamente regresó diciendo que a Laura había que llevarla al hospital, en el que éste trabajaba como médico. Su hermana se ofreció para acompañarlo, pero él le dijo que no, que ella se quedara con los niños y que, si podía, le acompañara Tere. Ésta aceptó gustosa, ya que este tipo de cosas relacionadas con hospitales y enfermos le encantaban.

Laura parecía algo más recuperada, cuando se levantó de la cama; pero cuando bajaba las escaleras le volvió el dichoso mareo y tuvo que agarrarse a la barandilla para no caerse. Álvaro le dijo que se agarrara a él, pero ella no se atrevía a hacer eso delante de su compañera.

Ya en la clínica, Álvaro se adelantó y saludó a su amigo Roberto, al que puso en antecedentes de quien era esa chica que traía, y le rogó que el diagnóstico se lo diera a él en privado; porque temía que Tere se adelantara a pensar “sabe Dios qué cosas...” Quiso, por lo tanto y en todo momento, preservar a Laura de la lengua viperina de ésta. Por todo ello, cuando Laura fue a hacerse las pruebas y a que la revisaran, Tere quiso pasar, pero el doctor, ya prevenido por Álvaro, no la dejó.

En la sala de espera permanecieron largo rato Tere y Álvaro, o eso debió parecerle a éste que no había parado de pasear de arriba abajo. Estaba nervioso, sobre todo, porque no sabía lo que le ocurría a su pequeña Laura. En éstas estaba, cuando apareció su amigo Roberto; venía contento y les dijo que no era nada y que hoy mismo se iría para casa. “Puede usted pasar, pero está dormida por los efectos de la medicina que le hemos dado, mientras llegan los análisis de sangre que le hemos hecho”, dijo el médico a Tere; intentando entretener a ésta, mientras él hablaba con Álvaro en privado.

“Bueno Álvaro pasa a mi despacho”, dijo conciliador su amigo el médico. “Cuéntame algo de tu vida campestre, ya que no te dejas ver mucho por aquí... –y tras estas palabras, Álvaro se sentó frente a su amigo con cierto temor a lo que éste pudiera decirle. No sabía que pensar, y por primera vez tuvo más miedo por Laura que por él.

“Querido amigo... ¿qué significa esa chica para ti; y hasta qué punto estás comprometido con ella?, dijo el médico yendo directamente al meollo de la cuestión. –La quiero, y estoy enamorado de ella como un colegial –respondió Álvaro, completamente convencido de sus palabras– “¿Estás seguro?”, preguntó Roberto de nuevo. –Más que seguro –respondió Álvaro con la misma contundencia. “¿Y tu madre...? ¿Te has parado a pensar que dirá? –Ya todo me da igual. Sólo quiero estar con ella y saber qué es lo que tiene. ¡Por favor! no más rodeos ya, porque estoy que me muerdo por saberlo... –y tras esta urgente petición de Álvaro, se produjo un largo silencio, hasta que, por fin, Roberto proclamó solemnemente:

“Tu querida Laura está embarazada” –¿Qué...? ¡Dios mío! –exclamó Álvaro levantándose de la silla como un resorte, y con su rostro iluminado por una inmensa felicidad. ¿Puede ser verdad lo que acabas de decirme? –añadió sorprendido. “No estoy seguro al cien por cien, pero enseguida vendrá la analítica y no habrá dudas”, respondió Roberto, bastante seguro de su pronóstico inicial. –¡Dios mío! –volvió a exclamar Álvaro, como dando las gracias por semejante regalo y por ser en ese momento el hombre más feliz del mundo. “¡Despierta hombre...! ¿Tú sabes lo que esto significa y lo que se te viene encima?” –No me importa– repetía Álvaro una y otra vez. La bomba había estallado, y era mejor así, porque ya cada cosa estaría en el sitio que le correspondía.

–¿Desde cuándo está embarazada? –preguntó Álvaro, interesado en conocer este dato– ¿se puede precisar la fecha más o menos? –añadió ilusionado... “Pues sí amigo, de poco más de un mes”, respondió Roberto convencido de lo que decía, aunque aún no hubiera recibido el resultado de la analítica. Álvaro

pensó rápidamente en el día que estuvieron en la casita del lago, y esbozó una leve sonrisa.

–Roberto dile a la otra chica de mi hermana que salga de la habitación –pidió Álvaro a su amigo tras haberse enterado del feliz acontecimiento relacionado con el embarazo de Laura–, porque quiero estar a solas con ella. Y necesito darle la gran noticia –dijo emocionado. “Ella ya lo sabe” –¿De verdad? Y... ¿cómo reaccionó? “Pues se puso a llorar”, dijo Roberto un poco conmovido. –¡Mi pequeña...! ¡Qué mal lo estará pasando! Y yo sin estar a su lado –agregó preocupado. “Espérate un momento. Ya te mandaré llamar para que estés a solas con ella”, dijo su amigo, también un poco emocionado, al contemplar la felicidad de Álvaro. –¡Gracias amigo! –añadió él ilusionado. “¡Ah!, y enhorabuena papá”, respondió en tono festivo su amigo. –¡Gracias de nuevo por todo! –insistió Álvaro una vez más– Te debo una... –dijo finalmente. “Ya me la pagarás, cuando vaya a la Zarzalera” –Y sin avisar..., como siempre –finalizó Álvaro con una sonrisa.

Cuando Álvaro entró en la habitación, Laura aún dormitaba. Se acercó y la acarició suavemente, como si de una delicada porcelana se tratara. La besaba, y ella seguía dormida. El se sentía como si no existiera nadie nada más que ellos en el mundo. Estaba como en una nube con la noticia que su amigo acababa de darle. “Papá” ¡Qué bien sonaba esa palabra..., iban a ser padres los dos! ¡Cuánta felicidad inundaba su corazón enamorado!

Cuando Laura despertó, lo primero que vio fue a Álvaro que la acariciaba: “Álvaro, cariño, no sabes la noticia que tu amigo acaba de darme...”, dijo ella, todavía medio dormida. “Cree que estoy...” No la dejó terminar, sus labios buscaron los suyos y se fundieron en el más apasionado de los besos.

–¡Gracias, amor mío! –exclamó él entusiasmado–, mientras no paraba de besarla, y de hacerle carantoñas. Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, y estoy tan contento que me dan ganas de ponerme a bailar –concluyó emocionado... –y tras un espeso silencio de ambos, presagio de una temible segunda parte..., Laura comenzó a llorar, consciente

del problema al que tendrían que enfrentarse, cuando tuvieran que informar de lo sucedido a la madre de Álvaro.

“¿Y qué vamos a hacer ahora?, comenzó a llorar Laura de nuevo, en una extraña mezcla de felicidad por su feliz embarazo, unida al tremendo problema que suponía tener que contárselo a la familia de él. “No sé como afrontaremos esto con tu madre y tu familia, incluida tu hermana que se pondrá conmigo hecha una furia”, concluyó, tremendamente afectada ante semejante mezcla de emociones absolutamente contradictorias entre sí. –No te preocupes mi amor, yo me encargo de todo. Esto se sabrá a su debido tiempo. Y de momento a Tere... ni una sola palabra. ¿Vale...? –la aconsejó él tratando de consolarla.

Cuando salieron de la clínica, ya no había dudas: Laura estaba embarazada. Álvaro la llevó a casa de su hermana a Laura. Y por supuesto, Tere los acompañaba también en el camino de vuelta; por lo que tuvieron que controlar sus sentimientos ante ella. El estaba emocionado, porque tenía cerca a su amada; pero no podía casi hablar con ella para que Tere no

sospechara. Ésta se dedicó todo el camino a recriminar a Laura por hacer tanta dieta; y ella, pacientemente, contestaba a todo que sí. Cuando llegaron, Álvaro sintió no poder despedir a Laura como el quisiera, por estar su compañera delante, y optó por decirle:

–Cuídese mucho Laura, y que se mejore... –¡Ah! Tere, dígale a mi hermana que el médico ha dicho que guarde reposo, por lo menos hoy, y que tome lo que le recetó él, ¿de acuerdo? –concluyó Álvaro, con un gran esfuerzo por contener sus emociones... Y mientras Tere se dirigía al portal, éste tuvo tiempo para, con una mirada, mandarle todo el amor que llevaba dentro a su querida Laura. Qué frágil y vulnerable la veía y qué sensación tan dolorosa le producía el saber que, por causa de su familia ella tendría que sufrir tanto. Hubiera dado todo por no ver en sus ojos otras lágrimas que no fueran las de su completa felicidad. Y era consciente también de que le esperaban días muy duros; pero de lo que no cabía duda era que estaba dispuesto a pelear por su felicidad.

Subió a casa de su madre, y ésta ya lo esperaba para el almuerzo. “Hola hijo. “¿Qué tal esa chica...? Ya me contó tu hermana algo de lo sucedido”. –Bien, está bien –respondió él brevemente.

–Mamá tenemos que hablar... Llama a Mercedes y que venga esta noche, porque necesito hablar con las dos –añadió–. “¿Pasa algo hijo?”, interrumpió ella intranquila. “Me estás asustando”, concluyó con un claro gesto de preocupación –No es malo, sobre todo para mí, y para ti tampoco debería serlo; pero ya hablaremos, cuando mi hermana llegue a casa. “¿Ha ocurrido algo? Me estás poniendo nerviosa”, protestó la señora condesa, que paseaba de arriba abajo sorprendida con tanto misterio de su hijo. –Me voy a dar una ducha y enseguida vuelvo. Espero que para entonces ya hayas llamado a Mercedes –concluyó finalmente, camino del baño.

Doña Elvira llamó a su hija toda preocupada: “Ven enseguida, porque tu hermano debe tener algún problema y no me quiere decir nada hasta que tú vengas” –Tranquila mamá, enseguida voy. Pero no te preocupes, no será de mucha importancia, si no yo le

habría notado algo cuando estuvo aquí –contestó ella, tratando de tranquilizar a su madre. No obstante, tampoco Mercedes estaba muy tranquila, ya que, de un tiempo a esta parte, lo veía un poco raro, como si tuviera algún problema. Que no era otro que el de estar tremendamente enamorado de Laura.

CAPÍTULO XIII

Por fin llegó Mercedes. “Ya estoy aquí”, dijo preocupada, tras no haber pasado ni media hora desde que la llamó su madre. “¿Me queréis explicar a qué se debe tanto alboroto y que es lo que pasa?, añadió alarmada, dada la supuesta urgencia con la que la habían mandado llamar. –Siéntate Mercedes –dijo Álvaro, que no sabía por donde empezar. Miraba a su madre y a su hermana y las veía como a jueces que lo iban a juzgar por un delito tan grave como era el de haberse enamorado perdidamente de una mujer.

–Madre, –continuó Álvaro en un tono trascendental, como le gustaba a su madre–, muchas veces me dijiste que te gustaría verme casado –añadió con cara de circunstancias... “Claro”, dijo doña Elvira con cierta inquietud –Pues bien, me he enamorado de una

mujer a la que quiero hacer mi esposa –prosiguió él con su intrigante relato... “¿Y eso era tan malo como para no decírselo a mamá?” “¡Pues fenomenal!”, interrumpió ella sorprendida...

–Espera, ella también está esperando un hijo mío –continuó, añadiendo un poco más de emoción al asunto... “Pues que callado lo tenías y qué rápido vas”, dijo su hermana. “Demasiado”, terció doña Elvira que no salía de su asombro: a este hijo no lo había visto nunca con novia y el siempre dijo que nunca se casaría. “Y... ¿por qué llevaba esta relación con tanto secreto?”, pensaba con cierto desasosiego en aquellos momentos. Muchos eran los porqués de la señora condesa. “¿No habría algo raro y por eso su hijo se mostraba tan inquieto?”, dedujo finalmente tratando de adelantarse con sus pensamientos al desenlace final de la cuestión que se debatía en aquellos instantes. “Bueno... ¿Es de nuestras amistades o es otra persona; la conozco?”, añadió Mercedes, tratando de dar algo más de agilidad al asunto.

–Sí ya la conocéis, aunque seguramente no pertenezca a vuestro “selecto” grupo de amistades –dijo

Álvaro un tanto nervioso y con cierto sarcasmo; porque sabía que la bomba ya consumía sus últimos centímetros de mecha. Todo saltaría por los aires y ya nadie podría pararla. Respiró profundamente y dijo con toda la solemnidad de que fue capaz:

–Esa chica no es otra que la que cuida de tus hijos, Mercedes –proclamó éste categóricamente, como si quisiera dejar sentado para siempre que era una decisión definitiva y sin marcha atrás... –y tras estas palabras parecía haber terminado para siempre con la cuestión.

Ninguna de las dos pudo articular palabra. Y no salían de su asombro; llegando entonces Álvaro a la conclusión de que no se había equivocado: no aceptaban a Laura; lo intuía en sus ojos llenos de ira y de reproche. No obstante, doña Elvira se levanto y dijo: “¡Estás loco, o qué te pasa...! ¿Quieres que yo me muera con semejante broma de mal gusto?” “¡Déjate de bromas!”, concluyó descompuesta.

–¡No son bromas! –protestó Álvaro a caballo entre su felicidad y el desprecio que sentía por la forma de

tratar el tema por parte de su madre-. Es una realidad tan grande y tan hermosa que ni yo mismo podría creérmelo –replicó, harto de la indiferencia de su madre ante una cuestión tan patente y dichosa para él.

“¡Si sigues diciendo tonterías, y hablando de “ésa”, te vas fuera de mi vista!”, dijo su madre con un infinito desprecio. “¿Cómo puedes hacer esto a tu familia, manchando nuestro honor de esa manera...?”, añadió doña Elvira fuera de sí, e incapaz de aceptar que su hijo la pusiera en boca de todo el mundo “¡Eso... no lo permitiré nunca! ¡Y si no cambias de opinión, vete fuera de mi casa!”, continuó ella con sus lamentos. “Yo que te he dado una buena educación en los mejores colegios, incluso en el extranjero, para que luego termines casándote con una cualquiera...”, concluyó su madre, totalmente alterada.

–Mamá no te permito que hables así de mí o de mi novia. “¿Tu novia...? ¡Qué patético! No quiero ni que la menciones”, protestó su madre, mostrando un desprecio infinito en sus palabras. Y mientras tanto,

Mercedes preocupada, pero algo más serena dijo: “No..., no podemos dar ese escándalo. ¿Qué dirían nuestras amistades?” “Madre no te preocupes, ya lo hablaremos con más calma, todo tiene arreglo”, concluyó conciliadora.

–Sólo hay un arreglo..., me casaré con ella con o sin vuestro consentimiento –manifestó Álvaro tajantemente– A mí lo que digan nuestras amistades no me importa, sólo quería que vosotras lo supierais. De todas formas, sabiendo como pensáis, ya me imaginaba vuestra reacción. ¡Qué pena me dais! Por “el qué dirán” sois capaces de hacer de mi un hombre infeliz, con tal de quedar bien ante una sociedad hipócrita que esconde siempre sus miserias debajo de la alfombra –protestó indignado– Otros se permiten el lujo de tener amantes y hasta hijos fuera del hogar, pero no les importa. Con dinero lo compran todo, y luego aparecen como venerables padres ante sus hijos y sus amistades. Pero... ¡cuánta hipocresía! –finalizó indignado.

–Mamá, tú que te dices cristiana, ¿dónde queda tu bondad hacia los demás? –añadió en tono de repro-

che— Eso no será lo que oyes, cuando vas a misa; o es que eres de las que se dan golpes de pecho y luego de caridad nada... —Qué triste es este día para mí. Pensar que tenía una madre abnegada, y lo que descubro es que estoy solo —concluyó finalmente, con un gesto de tristeza en su mirada.

Doña Elvira no contestó, pero tampoco la ablandó lo que le dijo Álvaro. Y se quedó “como quien oye llover”; ya que parece ser que realmente le importaba más la opinión pública que la felicidad de su hijo.

—¡Ah!, Mercedes —manifestó Álvaro de nuevo—, y no se te ocurra decirle nada a Laura si no estoy yo delante. No quiero malos tratos..., piensa que, a parte de embarazada, está delicada. Y si por tu culpa, tuviera algún problema o le pasara algo a mi hijo, lo pagarías muy caro —añadió éste resolutivo—. “Tampoco me amenaces ni pretendas que, cuando llegue le diga: “¡Qué bien, vamos a ser cuñadas! ¡Qué lista ha resultado ser!, a la primera le echó la vista a todo un conde... No, si es bien espabilada”, concluyó ésta indignada.

–¡Ya vale Mercedes! –protestó Álvaro– Tú no la conoces, así es que deja de juzgarla. Eso de prejuizar a los demás siempre se te dio bien; por eso tu marido se cansó de ti y te dejó. –¡Estás amargada y no puedes ver que yo sea feliz! –añadió, ya totalmente encolerizado– Yo que siempre desee lo mejor para ti..., y sin embargo, estos son al final los resultados que he cosechado. En fin..., que no todos somos iguales: yo analizo a las personas según su calidad humana; y tú, sin embargo, las clasificas según el dinero que tienen y el poder que representan. Por eso estás sola, y siempre vivirás fuera de la realidad y lejos del cariño de los demás..., incluso, sentimentalmente, lejos de tu propia familia... –y tras semejante reprimenda, Álvaro se levantó de su asiento, dio media vuelta y desapareció camino de algún lugar de la casa donde encontrar, si es que fuera posible, algún ser humano capaz de comportarse como tal. –¡Esta vida es un asco! –murmuró entre dientes, camino de su habitación.

Álvaro se encerró en su habitación y no pudo reprimir sus lágrimas: su madre y su hermana habían

estropeado el que debía ser el día más feliz de su vida. Iban a ser padres y no podían estar juntos. “¿Por qué todo era tan complicado...? ¿Qué tal estará mi querida Laura?”, se preguntaba angustiado. “seguramente no te encontrarás bien, y sin nadie que pueda ayudarte”. Y mientras lloraba amargamente, se torturaba pensando en lo mal que Laura había estado por la mañana; y que ahora estaba sola, sin nadie que la cuidara. Lloró de rabia y de impotencia; y se sintió como un cobarde, por no hacer lo que estaba pensando: ir a casa de su hermana y coger a Laura y desaparecer los dos donde pudieran ser felices sin que nadie les dijera lo que tenían que hacer; pero sabía que ella no lo permitiría. Por lo que decidió esperar al día siguiente, cuando fuera a verla.

Mientras tanto, en el salón, doña Elvira y Mercedes no sabían qué hacer ante esta situación; y tampoco lo que pretendían era bueno para Laura y, por consiguiente, tampoco para Álvaro.

—¿Qué te parece si hablamos con ella y le ofrecemos una buena cantidad de dinero para que desaparezca de nuestras vidas y, sobretodo, de la de tu

hermano? “¿Mamá, estás loca? ¿Tú crees que Álvaro se quedará tan tranquilo, cuando sepa que ella se ha marchado? ¿No crees que nos culpará a nosotras e irá a buscarla hasta el fin del mundo? ¿Es que no te has dado cuenta de que mi hermano está loco por ella?”. –¡Cállate!, la interrumpió doña Elvira “montando en cólera”. –Este idiota no sabe de lo que yo soy capaz –concluyó fuera de sí. “Tranquilízate mamá. Estás muy exaltada” “¿Has tomado las pastillas de los nervios?” –¡Qué pastillas... “ni que ocho cuartos”! –Éste se va a acordar de mí... –añadió, totalmente enfurecida. –Ha querido retarme, pero no sabe que yo tendré la última baza. Esta vez no se saldrá con la suya..., o dejo de llamarme Elvira. Maldita la hora en la que entró en nuestras vidas esa pordiosera. Se va acordar toda su vida de lo que está haciendo ahora con la mía –Sentenció finalmente.

–Qué distinto sería si hubiera sido Daniel. ¡Tarde se casaba por hacerle una barriga a una criada...! –persistió con su perorata, cuando supuestamente ya parecía haber terminado. “¡Pero qué pesada!”, diría finalmente cualquiera que durante tanto tiempo tu-

viera la osadía de escucharla. “Bueno entonces... ¿qué hacemos?”, dijo Mercedes. “Yo me marcho mañana. ¿Vengo temprano, y mientras tanto, las dos pensamos algún otro plan?”, concluyó ésta un tanto nerviosa, dado que ya era bastante tarde. –Vete a la cama y no te quedes sin dormir; porque esa intrusa no nos puede quitar el sueño... –añadió finalmente doña Elvira con su cara descompuesta por el odio.

Mientras tanto, en casa de Mercedes, las cosas estaban tranquilas: los niños ya se habían dormido, y Tere esperaba que llegara su señora para hacer lo mismo, pues ya casi era media noche.

–¿Qué pasó con Laura? ¿Está algo mejor? –preguntó Mercedes, al entrar en casa. “Sí, yo creo que está más tranquila, pero la veo muy triste y no ha querido cenar nada”, dijo Tere. “Me encargó que le pidiera perdón por no haber trabajado hoy; y que mañana ya estará bien para cuidar a los niños”, puntualizó finalmente. –¡Tonterías! –murmuró Mercedes con cierto menosprecio– Ahora me voy a la cama, porque mañana tengo mucho que hacer –rezongó finalmente entre dientes. “Perdone por en-

trometerme, pero si lo hice fue por los niños y porque Laura no está bien, yo puedo cuidarlos”, se ofreció atenta Tere.

–No... no es por los niños. Tengo que estar a primera hora en casa de mi madre, –dijo Mercedes, harta de aguantar, según ella, las tonterías de su criada– “¿Está enferma?”, volvió a interesarse Tere. –No. ¡Hay chica...! ¡Anda...vete ya a la cama, que de todo te quieres enterar...! “Buenas noches”, dijo Tere, harta también de su señora, que ni siquiera se molestó en contestarle.

Al día siguiente Laura ya estaba mejor y se puso a lavar la ropa de los niños, mientras éstos dormían aún. Su compañera andaba por la cocina y su señora estaba preparándose; pero todavía nadie le había preguntado qué tal se encontraba aquella mañana. Laura no se imaginaba que su señora estaba enterada de todo y que no la mandaba de su casa, porque tendría que dar muchas explicaciones, a Tere la primera. Y con lo cotilla que era ésta, pronto lo sabrían todas las chicas: las amigas de Mercedes y todas las que quisieran escucharla. Y por otra parte, estaba

Álvaro que ya le había advertido que no dijera nada, si él no estaba delante.

Mercedes se hallaba en una encrucijada que no sabía como resolver. Su madre esperaba que ella llegara con algún plan para que Laura desapareciera de sus vidas, y que fuera lo suficiente creíble para que su hermano no las culpara a ellas; pero no fue así, aunque su madre, más experta en este tipo de intrigas familiares, ya lo tenía preparado:

Cuando llegó a casa de doña Elvira, ésta muy satisfecha le dijo: “Creo que ya lo tengo” –¿De verdad? –contestó Mercedes sorprendida por tanta rapidez. “En cuanto se marche tu hermano va a ver esa... Ya te contaré”, añadió doña Elvira con evidente desprecio hacia Laura. “Mientras tanto, no le pongas a él mala cara para que se confíe y piense que va ganando. Y déjalo que vaya a verla, si quiere” –Mamá... ¡Qué cambiada estás! “Ya, ya... enseguida lo sabrás. Si esa piensa que va a poder con la condesa de Dorsia, es que no me conoce. Hacen falta muchas como ella para destruir en un momento lo que a mí me ha costado toda una vida”, concluyó envalentonada.

–Vale no te preocupes mamá, ya verás como todo se soluciona favorablemente –dijo Mercedes tratando de quitar importancia al asunto. “No lo sé. Este muchacho es tan terco como su difunto padre; y como se encapriche con algo, resulta casi imposible conseguir que rectifique”, dijo la condesa convencida de que estaba en lo cierto.

CAPÍTULO XIV

PAsó un buen rato hasta que, por fin, Álvaro dio señales de vida; cansado del ajeteo del día anterior. Y aunque un poco tarde, hizo acto de presencia en casa de su madre.

–¡Buenos días! –dijo Álvaro un poco serio. “¡Buenos días”, contestaron las dos. Y éste, algo triste y parco en palabras, preguntó a su hermana por Laura. “La he visto y estaba bien”, respondió ella con escaso interés hacia la pregunta de su hermano.

–Voy a tu casa... y espero que no le hayas dicho nada ni a ella ni a la cotilla de Tere –continuó éste con una velada amenaza, ante la posibilidad de que su hermana hubiera hablado más de la cuenta. “Puedes ir allí tranquilo, porque nadie sabe nada de lo que sucedió ayer aquí”, afirmó Mercedes con cierta contundencia, intentando dejar bien sentado lo que

termiba de asegurarle a su hermano. –Me marchó –manifestó él seguidamente. Pero antes de salir, lo retuvo su madre y le dijo: “Tenemos que hablar..., si sigues con los mismos pensamientos de ayer será mejor que lo dejemos como está.” “Bueno, de todas formas, ya veremos”, añadió finalmente. Y tras estas palabras de su madre, Álvaro noto un cierto cambio de aptitud con relación al problema de su relación con Laura. “¿Qué estará tramando mi madre”?, pensó desconfiado, pero a pesar de todo trató de animarse un poco.

La convivencia en casa de su madre lo ahogaba, no podía respirar en aquel ambiente de tensión, donde parecía estar huyendo en cada momento de la presencia de ella; o de la de su hermana, cuando ésta, de forma cada vez más esporádica aparecía por allí. “¡Ay!, cuánto echaba de menos su casita del lago; a sus amigos Manuel y Antonio, a Lobo y a Curro; y... ¿cómo no? a ir por las tardes al río de paseo”. Le invadía la nostalgia y le parecía que llevaba un siglo fuera de aquella sencilla, auténtica y entrañable amistad con aquellos amigos y sus animales prefe-

ridos. Y sólo había transcurrido de esto un corto espacio de tiempo. “¡Dios mío, cuántas cosas me han sucedido en pocos días!” Espero que todo se solucione y pueda marcharme pronto con mi querida Laura a nuestra casita. Allí todo es mucho menos complicado!”, pensaba ilusionado tratando de ahuyentar su tristeza. En definitiva, ese mundo es el que él quería para Laura y para su hijo, libre de ataduras sociales y lejos de tanta hipocresía.

Llegó a casa de su hermana, y fue Laura la que abrió la puerta. Ésta se quedó sorprendida, ya que no pensaba que pudiera ser él y además a una hora tan temprana. –¿Qué tal estás cariño? –dijo Álvaro besándola en la mejilla. Y ella, sorprendida, se hizo a un lado para dejarle pasar, y le hizo un gesto de desacuerdo, ya que él no había pensado que alguien pudiera verlos; aunque a él eso era lo que menos le preocupaba. –¿Qué tal has pasado la noche? ¿Te dio guerra nuestro hijito? –preguntó Álvaro. “¡Pero qué loco estás!” –¡Claro que estoy loco! –contestó categórico– “Sobre todo con el problema que he tenido con mi madre..., no sé cómo tengo ganas de broma.

Aunque, claro, Laura no puede saberlo”, pensaba tratando, a la vez, de esconder su tristeza...

–¿Quién me invita a desayunar? –dijo Álvaro por fin, intentando mostrar su mejor cara– Porque aquí todos estáis desayunando y a mí no me invita nadie... –y tras estas palabras se quedó esperando la reacción de los niños. “Yo, y yo”, dijeron Lolo y Javier, mientras la pequeña María le regalaba una sonrisa que, en aquel momento, a él le pareció como un oasis en medio de la tempestad en la que estaba inmerso. Se sentó junto a ellos a desayunar y les propuso ir de merienda por la tarde. Los mayores contestaron al unísono que sí, y... encantados de la vida.

–Pues bien, señorita Laura, –continuó Álvaro, tratando de hacer un poco más feliz a ésta y a los niños que tenía a su cargo– A las cinco paso a buscaros; procura que todo el mundo esté listo. Y ahora me marcho, pues tengo algunas cosas que hacer –determinó finalmente– Pero, tras unos segundos de duda..., y como sabía que, en aquellos momentos, Tere no estaba y su hermana tampoco, añadió:

–Laura, ¿por qué no me regalas un café de ese tan rico que tienes en la cocina? Laura captó rápidamente la indirecta y fue hacia allí para saber que quería él realmente. La tomó por la cintura, la atrajo hacia él y la besó como si hubieran transcurrido años desde la última vez que lo hiciera. Ella forcejeaba por separarse de él: “Suéltame, ¿no ves que puede venir algún niño...? Y si nos ve, ¿qué pensara?” –Pues nada, dirá: ‘Mi tío Álvaro se está comiendo a Laura’. Y será verdad. “¡Estás loco!” –Sí, por ti. Tú tienes la culpa de que yo haya perdido la razón. –Y nuestro hijito ¿qué tal está hoy? –manifestó ilusionado, mientras pasaba la mano por la tripa de Laura. “Él y yo estábamos bien, y ahora después de verte estamos mucho mejor. Te quiero..., pero ahora vete” –Nos vemos esta tarde a las cinco. Y no te olvides nunca de lo mucho que te quiero –concluyó éste más animado.

Antes de que diera la hora acordada, Álvaro ya estaba llamando al timbre para que Laura y los niños bajaran. Estaba feliz, porque tenían toda la tarde para pasarla juntos. Cada día que pasaba la quería más. Pero no estarían solos: los niños estarían con

ellos; aunque esto no importaba demasiado, si ella estaba a su lado. –Luego llamaré a mi hermana para decirle que te dé mañana el día libre –dijo Álvaro nada más llegar–, porque quiero que podamos hablar de nuestras cosas tranquilos, sin niños y sin nadie que pueda molestarnos –concluyó, harto de estar siempre acompañado. “¿Te has vuelto loco?”, dijo ella asustada. –No te preocupes ella ya lo sabe todo y tendrá que aceptarlo. “¡Dios mío!, y ¿cómo se lo tomó?” –Eso es lo de menos ahora –dijo él, tratando de tranquilizarla. “¿Y tu madre también lo sabe?” –Sí también ella lo sabe –respondió, simulando cierta tranquilidad.

–De todas formas todo está patas arriba: mi madre no acepta nuestra relación, y a mí no me ha sorprendido en absoluto. Y mi hermana... pues lo mismo que mi madre, ¡faltaría más! Sobre todo, si tenemos en cuenta que las dos tienen la misma forma de ver la vida, a la hora de valorar a las personas: para ellas la calidad humana de la gente es directamente proporcional al dinero que poseen y a su posición social. –Y como tú muy bien sabes –continuó– esa es su forma

de entender la vida con relación a este tipo de cuestiones. Yo, por supuesto, no estoy de acuerdo en absoluto con su forma de pensar. Así es que te puedes hacer una idea de la bronca que nos traemos entre manos –concluyo finalmente con una expresión de contrariedad en su cara.

“Entonces... habrán puesto el grito en el cielo”, dijo ella alarmada. “¿Cómo las voy mirar ahora a la cara? ¡Qué vergüenza! ¿Y en qué situación me encuentro yo ahora...?” Y tras estas atribuladas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas, y no pudo seguir, ahogada por el llanto.

–¡Por favor...! No llores; porque no puedo soportar verte sufrir tanto por mi culpa –suplicó él, casi tan afligido como ella– Sé valiente; ya sabíamos a lo que nos enfrentábamos. Sécate las lágrimas, que los niños no te vean llorar –prosiguió él, tratando de consolarla– Mañana tendremos el día entero para nosotros, y ya hablaremos; te lo prometo cariño. Pero procura no tomarte estas cosas así, porque, en tu estado, puede perjudicarte. Piensa en nuestro hijo y él te dará fuerzas –concluyó, reconociendo que él

también sentía un gran dolor, tras la discusión de la pasada noche con su madre.

Al día siguiente, como ya hemos comentado, Álvaro y Laura tenían su día libre; y éste la recogió en el lugar acordado para no ser vistos por la cotilla de Tere, o por cualquier otra persona de las que los conocían.



Laura llegó momentos después que él. Se había esmerado en ponerse lo más preparada posible, porque quería causarle buena impresión. Y vaya si lo consiguió: cuando se acercó al coche, Álvaro le silbó en tono festivo:

–Pero...¡hay que ver qué cosa tan bonita! exclamó, gratamente sorprendido– ¿Quiere usted hacerme el honor de subir conmigo al coche? Le prometo que seré bueno, sobre todo si me regala un maravilloso beso –concluyó éste educadamente. “¡Calla loco!, ¿cómo quieres que te de un beso a estas horas, y delante de todo el mundo?”

–Sube rápido, que el día se quedará corto –dijo Álvaro emocionado. Te voy a llevar a un pueblecito costero que te va a encantar –continuó eufórico– Iremos de paseo; comeremos en un restaurante en el puerto, y te llevaré de compras; pero antes quiero que estemos juntos; es tanto lo que te deseo y tan pocos los momentos que tenemos... ¿Qué te parece, mi amor?... –Y tras esta larga lista de propuestas, permaneció por fin en silencio, esperando la respuesta de su amada “Está bien, yo lo deseo tanto como tú”, respondió ella con una sonrisa; y el agradecido le dió un sonoro beso en la mejilla.

–¿Qué tal si desayunamos en el primer hotel que encontremos, y si nos gusta nos quedamos en el? –sugirió Álvaro de nuevo, esperando de Laura otra respuesta positiva. “De acuerdo”, dijo ella. –Luego vamos de compras –prosiguió él con su oferta– y después te voy a llevar a un restaurante típico de esta zona, donde ponen los mejores mariscos. “¿Mariscos?, yo jamás los he comido” –Pues hoy los vas a probar –la retó él cariñosamente. “¿Crees que me gustarán?”, preguntó ella recelosa. –Claro, a la gente,

en general, le gustan mucho. Tú, como no has vivido en un sitio de costa, es fácil que no los hayas probado. Pero seguramente que también a ti te gustarán, ya verás –afirmo él, convencido de que sería así. ,

–¿Estás contenta? –dijo Álvaro preocupado– porque... no sé, parece que te has quedado muy callada. “No es nada. Pensaba que mañana ya no estarás y me sentiré muy sola”. –Lo sé, mi amor. Pero esta vez no voy a tardar más de diez o quince días, y si puedo vendré cada semana, ¿de acuerdo? –Tu sabes que por mí no quedará –dijo preocupado– Pero es que ahora tengo mucho trabajo en la finca y no lo puedo abandonar. Es nuestro futuro y el de nuestro hijo – finalizó, visiblemente afectado. “Lo siento cariño, no me hagas caso. No sé si será el embarazo, pero es que ocurre que últimamente estoy muy sensible”.

–Mira voy a parar en ese hotel y entro a preguntar. Espérame en el coche, vuelvo enseguida –dijo Álvaro apresuradamente. Y mientras tanto, Laura no paraba de pensar en lo que pasaría cuando su dulce Álvaro se marchara. La condesa no querría ni verla, y su señora Mercedes menos. “¿Qué hacer?, tendré que

sobrellevar la situación, aunque sea por él, y conformarme con aguantar el chaparrón; ya que no me queda otra salida, al menos hasta que nos casemos algún día”. Y Laura, inmersa en estos pensamientos, no se daba cuenta de que Álvaro, desde la puerta del hotel, le hacía señas para que bajara del coche.

–Laura, ¿te pasaba algo?, –le dijo Álvaro, cuando ésta llegó a su altura “¡Uf!, no me di cuenta de que me estabas llamando”. –Vámonos, ya tengo la habitación y nos servirán el desayuno en ella, ¿qué te parece? “Perfecto. ¡Eres un amor! Todo lo que haces es genial..., y por eso te quiero tanto”, exclamó ella jubilosa. –Pues vamos y me lo demuestras –respondió él desafiante. “Y yo encantada mi señor”, respondió ella retadora. Entraron en la habitación y Álvaro le dijo:

–Ven, demuéstrame cuanto me quieres... –y tras estas últimas palabras, ella se acercó a él y lo abrazó fuertemente; cerró los ojos, aspiró su fragancia, y ese aroma que desprendía todo su cuerpo la hizo subir a los cielos. “¡Qué rico!”, pensó; mientras él la besaba cada vez con más pasión. Esa pasión que llevaba

acumulada tantos días. Estaban solos y volvieron a amarse como lo hicieron en la casita del lago.

Llamaron a la puerta y Laura se sobresaltó, todavía remoloneaba en la cama. –No te preocupes –dijo Álvaro– Es el camarero que nos trae el desayuno. Tranquila que yo le abro, mientras tú te vas duchando –concluyó él, mientras ella se tiraba rápidamente de la cama y se echaba a reír. “Un poco inoportuno el camarero, ¿no...?”, dijo ella desde el baño, cuando ya se había marchado.

–Lo que pasa es que yo, como tú sabes, dije en recepción que nos subieran el desayuno a las diez –tratando él de aclarar lo sucedido–; pero tú no querías salir de la cama, a pesar de que te avisé varias veces de que el desayuno estaba a punto de llegar, y tú... ni caso, “como quien oye llover” –¡Vamos perezosa!, ve terminando pronto, que yo ya me he duchado hace rato y tengo mucha hambre –dijo él, cansado de esperar.

“¡Ya estoy!”, contestó ella desde el cuarto de baño. “¿Y esas rosas?”, dijo sorprendida al salir. –Las

trae el camarero como cortesía del hotel o es lo que yo me imagino, ¿te gustan? “Son preciosas, pero es una pena... no las podré llevar”, dijo ella contrariada. –No importa, ya hicieron su trabajo; porque yo lo único que pretendía es que te acompañaran en el desayuno; dando a entender, finalmente, que había sido él el autor del detalle de las flores “Gracias por todo, mi amor; estás en todo”, finalizó ella encantada –Anda... date prisa, que tenemos mucho que hacer y quiero que aprovechemos el día –advirtió él con cierta urgencia.

CAPÍTULO XV

Cerca del medio día, salieron del hotel dichosos y felices. Él le puso el brazo por el hombro, y se sintió el hombre más afortunado del mundo. Subieron al coche y dijo:

–Vamos de tiendas, porque quiero que te compres esos vestidos que llevan las mamás, cuando están esperando sus bebés. “Todavía no”, puntualizó ella. “Es pronto. No seas impaciente, por favor” –Déjame que te mime y que ejerza de marido, aunque solo sea por hoy... –imploró Álvaro ilusionado–. “Está bien”, dijo ella, al ver la carita que éste ponía. “También yo quiero comprar algo para nuestro hijito o hijita, aunque todavía no sabemos si es niño o niña”, dijo Laura. “Y hay algo más en lo que tampoco hemos pensado... –¿Si?, y... ¿qué puede ser lo siguiente en lo que aún no hemos pensado? –preguntó Álvaro sorprendido.

“Pues en el nombre del niño o de la niña. Si es niño quiero que se llame Álvaro”, se adelantó ella rápidamente en la elección –¡No... no! –protestó él. A mí siempre me gustó el nombre de Eduardo –¿Te gusta? –preguntó finalmente. “Sí, no está mal...” ¿Y si es niña? –Sin lugar a dudas Laura, y seguramente que será tan guapa como su madre –añadió él orgulloso. “¿Eres feliz Álvaro?” –Más de lo que yo podía imaginar, y creo que tengo motivos para que sea así... –y le tendió la mano. Al apretar la de ella, quiso transmitirle todo lo que sentía en ese momento.

Recorrieron la calle principal, y estuvieron mirando tiendas. Álvaro tenía muchas ganas de comprar algo para su criatura. Y de repente, tiro del brazo de Laura, porque en un escaparate de una tienda de bebés había una cesta llena de patucos, y él quería llevarse la cesta entera. Menos mal que ella estaba allí para impedir tal disparate. Al final cogieron unos rosa y otros azules, y así tendrían de los dos. Álvaro siguió comprando ropitas para sus pequeños. –Mientras que no sepamos si es niño o niña, serán mis niños –añadió él con toda la lógica del mundo. “Ya va-

le. ¿No te das cuenta que aún falta mucho tiempo?, y además... ¿quién guardará todo esto?” –Yo lo llevaré, si quieres a la Zarzalera para cuando des a luz –se ofreció él ilusionado.

Salieron de la tienda; y Álvaro iba con su bolsa de patucos “como niño con zapatos nuevos” –Y ahora te toca comprar tus vestidos –volvió él a insistir sobre el ajuar para la futura mamá y su bebé– Y quiero ser yo quien te ayude a elegirlos –¡Por favor!, que me hace mucha ilusión hacer de marido –dijo con cara de padrazo. “Está bien, me compraré uno para que te quedes calladito, ¿de acuerdo?”. Laura se fue probando un montón de vestidos, uno tras otro; y Álvaro daba su parecer hasta que Laura, por fin, manifestó: “Ya no me pruebo ni uno más. Estoy cansada” –Está bien mi amor, ya tengo los que mejor te sientan; nos los llevaremos todos..., y ya está –decidió él, satisfecho. “¿Pretendes que me lleve todos éstos?” –Es que son muy bonitos. ¡Por favor...! sólo éstos –suplicó él de nuevo. Eran nada más y nada menos que cinco vestidos; y por mucho que ella protestó se los llevó. “¡Álvaro!”, protestó ella de nuevo, antes de

salir de la tienda. “Te estás pasando con las compras, ahora no me hacen falta tantos vestidos...”, concluyó ella, llevándose sólo dos al final.

Estuvieron paseando por el puerto y admirando el paisaje, con sus barquitos veleros pintados de multitud de colores; y como unos llegaban al puerto después de faenar y otros salían simplemente para dar una vuelta por la bahía. Laura estaba encantada, y los dos lo pasaban como niños a los que les han dado un juguete nuevo. Cuando paseaban, vieron a un fotógrafo, y Álvaro le pidió que les hiciera dos fotos, una para cada uno. Le gustaron mucho, y cada uno escribió algo para recordar ese día. Finalmente, se las intercambiaron.

Después de su paseo por el puerto, Álvaro llevó a Laura a uno de los mejores restaurantes del puerto. Allí fue donde Laura pudo probar por primera vez los mariscos de los que Álvaro tanto le había hablado. Todo resultó muy simpático; y gracias a la paciencia de nuestro amigo Álvaro, ella pudo comerlos. Aunque ésta le prometió no volver a probarlos nunca,

por la dificultad que para ella entrañaba el pelarlos, dada su falta de costumbre en estos quehaceres.

En el camino de regreso a casa fueron comentando los mejores momentos vividos durante el día; aunque eran conscientes de que su separación estaba cerca, y eso les causaba cierta tristeza.

Álvaro paró el coche delante de la casa de su hermana Mercedes y se dispuso a despedirse de Laura.

–Dime cariño, ¿qué tal lo has pasado? –dijo él con cierto aire de tristeza– Espero que hayas sido muy feliz conmigo –añadió emocionado ante una nueva separación. “Sí..., claro que sí he sido muy feliz. Y espero que tú también lo hayas sido conmigo”, dijo ella deseando lo mismo para él. “La felicidad me sale por cada poro de mi piel. ¿No te he dicho que eres lo mejor que me ha pasado en mi vida?”, añadió ella enamorada.

–No, nunca te había oído decirme algo tan bonito... –contestó él, con cierta cara de guasa y con ganas de que Laura se lo repitiera de nuevo; aunque no parecía querer darle la oportunidad de que eso ocu-

rriera otra vez, ya que, mientras seguía besándola, ella, lógicamente no tenía oportunidad de articular nada inteligible; y solo, mediante algún ridículo sonido gutural, trataba de comunicárselo con ímprobos esfuerzos.

Por fin, pudo soltarse y le dijo: “Vete ya que es muy tarde y... sueña conmigo” –Eso no hace falta que lo digas –simuló decir él con cierta rotundidad–, aunque esta noche seguramente sueñe con otra, más que nada por cambiar, –concluyó con cierta guasa. “Vete, no seas gamberro. Y además eso no me lo creo” – Tampoco estés tan segura –dijo él con cierta guasa. “Vale, pues sueña con otra, pero vete. Tu hermana me va a poner menuda cara...” “¡Hasta mañana mi amor!”, se despidió ella feliz, a pesar de tener que separarse de nuevo. Y él esperó hasta que ella entrara en el portal y se diera la vuelta para decirle de nuevo adiós y mandarle un beso, que él le devolvió con cariño.

Álvaro se marchó inmensamente feliz. Habían tenido un maravilloso día y todo había salido perfecto. Esto era lo que él quería para su amada; “¿cómo iba a

soñar con otra, si ella le había dado tanta felicidad?” Camino de casa de su madre recordó la discusión el día anterior, y rápidamente le cambió el semblante. Su madre le había dicho que quería volver a hablar con él, y se temía lo peor: sabía que su madre si cedía le pediría algo a cambio, y eso estaba seguro que no sería bueno.

Y efectivamente, al día siguiente doña Elvira esperó a que su hijo desayunara con ella, ya que planeaba poner en marcha su plan. Ya estaba decidida y nadie la haría cambiar de opinión.

–Buenos días... –dijo Álvaro un poco serio. “Hola hijo. Vamos a desayunar, y aprovecharemos para solucionar, de una vez por todas, el tema de esa chica”, dijo su madre con cierto desprecio. –Que hablaremos de mi novia querrá usted decir, digo yo –protestó él bastante molesto por el tono que utilizaba su madre, al referirse a Laura. “Mercedes y yo hemos pensado que Laura siga cuidando a los niños hasta que se le empiece a notar el embarazo y después...”

–¡Y después qué!! –protestó Álvaro levantándose furioso, y sin dejar terminar de exponer la que seguramente sería la inviable solución de su madre– ¿Te has parado a pensar por un momento qué es lo que Laura o yo queremos realmente? –añadió con firmeza y casi en tono amenazante un Álvaro que no estaba dispuesto a dejarse manipular por su madre... –y tras estas palabras de profundo reproche hacia su madre, se levantó indignado camino de la calle.

“¡Perdona hijo..., y espera un poco! Tampoco es para tomárselo tan a pecho”, manifestó su madre con urgencia, aunque con una mal disimulada mala gana “Aunque tampoco pienses que he de ceder en todo; porque tú sabes que yo pertenezco a un determinado tipo de sociedad. Y a pesar de que a ti no te guste, habrá que dar el menor escándalo posible. ¡No me gusta ser la comidilla de nadie...! ¡Y tú... también podías facilitarme un poco las cosas...! ¿No crees?”, concluyó totalmente descompuesta.

–¡Vale!, pero cuando pase ese tiempo hasta que se le note el embarazo... –añadió Álvaro algo más relajado– ella, de nuevo, se vendrá conmigo a la finca y

allí dará a luz a nuestro hijo..., digo yo –decidió éste, convencido con lo que para él pudiera ser la solución más correcta. Doña Elvira estaba furiosa con la supuesta solución de su hijo; pero tenía que aparentar que estaba de acuerdo con él, si no todo se iría al traste.

–¡Ah!, y después me casaré con ella –aseguró Álvaro– Te lo digo para que lo vayas pensando; aunque..., si por mi fuera lo haría esta misma tarde, concluyó ilusionado. “Pero qué iluso eres. Esa no va a dar a luz a su hijo en mi casa ni en sueños; y menos se va hacer la dueña y señora de la Zarzalera. ¡Eso... nunca! ¡Ni por encima de mi cadáver!”, pensaba doña Elvira apretando los dientes. “Entonces estamos todos de acuerdo”, añadió la condesa. “Y que ella se quede en casa de tu hermana cuidando de los niños”, determinó finalmente doña Elvira después de darle tantas vueltas a la cuestión.

–Está bien; pero que Mercedes tenga en cuenta su estado y no la haga trabajar, si no puede –dijo Álvaro en una especie de ruego, teniendo en cuenta que, prácticamente, no se fiaba de ninguna de las dos. “No

te preocupes, que las mujeres no son tan débiles como tú”, contestó doña Elvira. –No sabía que era tan frágil. Creo que ya te demostré que se estar sólo, incluso estando enfermo... –y con estas palabras, Álvaro quiso hacerle recordar a su madre aquellos días en los que estuvo enfermo en la finca y ésta no se digno ir a visitarlo.

“¿Hasta cuándo, estarás echándomelo en cara?”, respondió ella indignada. –La verdad madre, si no es por Manuel y Rafaela me hubiera tenido que ir a un hospital –contestó él volviendo a recriminarle su actitud– Y tú mientras tanto de fiesta con tus amistades –concluyó recordándole “una de tantas” por parte de su madre. “¡Vaa..le ya!”, exclamó irritada doña Elvira, intentando escurrir el bulto. Su hijo tenía razón pero ella estaba muy molesta con él para aceptarlo. “Tendrás que volver pronto a la finca, no se puede tener tanto tiempo abandonado el trabajo”, dijo doña Elvira, que no veía el momento de acabar con este problema.

–¿Me estás echando mamá? –añadió éste, ya bastante enfadado. “Trae mañana a Laura y yo hablaré

con ella para que te quedes tranquilo”. –Está bien, mañana me marcho por la tarde, y por la mañana venimos y hablas con Laura. –respondió él algo más relajado.

CPÍTULO XVI

Llegó el día en que Álvaro debía marcharse, pero antes tenía que llevar a Laura a casa de su madre, que finalmente había accedido a recibirla. Toda esta escenificación formaba parte del plan de doña Elvira; y nuestros amigos no se daban cuenta de la gran tela de araña que esta mujer tejía a su alrededor, y en la que, no tardando mucho, caerían sin remedio. Antes de entrar a ver a la señora condesa, Laura le pidió a Álvaro que no la dejara sola delante de su madre en ningún momento. Él la miró, y en su cara se reflejaba el terror que ella sentía. —Esto tenemos que afrontar-lo, querámoslo, o no —Ten confianza en mi— le susurró él al oído, en un último intento de tranquilizarla y de transmitirle todo su apoyo y la certeza de que, para bien o para mal, siempre estaría a su lado.

Cuando llegaron, la señora condesa estaba sentada en su sillón, cual si de una reina recién coronada se tratara. Lucía sus mejores galas para ese momento.

Se había esmerado cuidadosamente con el fin de empequeñecer más aún, si cabe, a Laura y hacerle ver que, aunque lo intentara, nunca estaría a la altura para casarse con su hijo. A Laura le temblaba todo el cuerpo y empezó a sudar, dada la presión que allí se respiraba; pero quería tanto a Álvaro, que por él estaba dispuesta a hacer lo que la condesa quisiera. Álvaro saludó a su madre y Laura, casi tartamudeando, dijo: “¿Qué tal señora condesa?” Y mientras tanto la condesa se jactaba de tenerlos contra las cuerdas; sobre todo a Laura que no osaba levantar su mirada. “Podéis sentaros”, dijo con autoridad casi militar doña Elvira, a la vez que se levantaba de su sillón y dándose aires de grandeza añadió: “Después del problema en el que os habéis metido me toca a mi arreglarlo. Sois unos inconscientes, pero... ¿cómo podéis embarazaros sin estar casados?”

—Mamá, ¡por favor! Ya está bien... —protestó Álvaro, al ver como se ruborizaba Laura. “Ya te habrá contado mi hijo el plan que hay: te quedas con Mercedes hasta que se empiece a notar tu embarazo y luego irás a la Zarzalera a dar a luz, ¿te parece bien?”

dijo la condesa. “Sí señora, como usted diga”. “Entonces Álvaro puede irse tranquilo, ¿no te parece?”, y ella así lo confirmó con un gesto afirmativo de su cabeza. La condesa estaba exultante, todo marchaba sobre ruedas. “Laura, si necesitas algo me lo haces saber; porque tú estarás ahora bajo mi protección, ¿de acuerdo? Pues eso es todo...” –Gracias mamá –dijo Álvaro con cierta ambigüedad. Aunque nunca sabremos si utilizó esta expresión como tratamiento de simple cortesía, o realmente porque no creía en las, ya de por sí, dudosas palabras de su madre. “Nada, nada..., ¿ves como tú madre no es tan mala?”, y tras estas palabras, salió del salón. Laura sintió que nunca se llevaría bien con ella. Y Álvaro, sin embargo, parecía más satisfecho, porque, de momento, su madre se encargaba de proteger a Laura. “De todas formas..., ya veremos qué pasa”, pensó desconfiado.

Cuando se quedaron solos, Laura le pidió a Álvaro que la sacara de allí lo antes posible, porque ya no podía más: estaba intranquila y muy nerviosa. Ella intuía que esa mujer jamás dejaría que ella formara

parte de su familia; lo había visto en su cara, porque sus ojos se habían clavado en los de ella nada más entrar: eran fríos y llenos de odio. Pero Laura se calló, para que él no se marchara preocupado. Y a pesar de que ella intuía que le habían de quedar encuentros mucho peores con la señora condesa, también comprendía que el sufrimiento cuanto más tarde mejor; y, si es posible evitarlo, mejor que no llegue nunca.

Ya en el coche, Álvaro fue diciéndole a Laura que le escribiera todos los días. Y que, si tenía algún problema con su madre, se lo contara; dado que tampoco él confiaba en ella demasiado. Laura, después de la visita a la condesa, empezó a tener dudas: por un momento, se le pasó por la cabeza si no sería esa la última vez que viera a su dulce Álvaro... Un fuerte nudo se le puso en la garganta, pero enseguida desechó esa idea, porque quería que él la viera feliz, y para que se fuera contento. Se despidieron en el coche, porque luego no era posible en casa de su hermana. Se besaron con una pasión compartida, a pesar de que el presentimiento que tenía seguía en su cabeza y no la dejaba ser completamente feliz en

aquellos momentos. “¡Dios mío!”, pensaba, “no permitas que esto pase, porque no podría estar sin él. ¿Y qué sería de mi querido Álvaro? No quiero ni pensarlo.”

—Laura..., pareces distraída —dijo Álvaro preocupado— Estoy a punto de marcharme y... ¿tú en qué piensas? —concluyó pensativo—. “Que te quiero mucho; y pase lo que pase, siempre te querré. No lo olvides nunca”. Y sin dejar de mirarle a los ojos, añadió: “Creo que Dios nos puso en este mundo para que nos encontráramos y nos amemos”, y tras estas palabras, lo besaba como si quisiera quedarse con el sabor de unos labios que quizá perdiera para siempre. “Cariño, te adoro y pensaré solo en ti”, añadió de nuevo, acongojada por el presentimiento de una larga separación. —Yo también pensaré siempre solo en ti, mi querida Laura; y cuida bien de Eduardo o Laurita —dijo sonriendo— Y besó la tripa de ésta como si se despidiera también de sus niños.

Cuando Álvaro salía del portal de su hermana, ya no pudo contenerse, y durante largo rato lloró amargamente. Qué triste se sentía, por tener que dejar a

su amada Laura sola y tan vulnerable. El corazón se le encogía tanto... que parecía oír también el silencioso y resignado sollozo de su alma. Se marchaba dejando atrás la otra mitad de su corazón enamorado; y lo que es peor... a merced de su madre.

Hacía una semana que Álvaro se había marchado para la Zarzalera, y la señora condesa mandó llamar a Laura. Ésta, cuando recibió la invitación, supuso enseguida cual habría de ser el tema de conversación. No conocía el plan de doña Elvira; pero esa llamada la hizo sospecharlo. Cuando llegó, la recibieron las dos, madre e hija. ¡Faltaría más! Y Laura, ahora sin Álvaro delante, venía dispuesta a dar la batalla por él y por su hijo; por eso debía dar la imagen de una mujer fuerte ante semejantes arpiás.

—¡Buenos días! —dijo Laura—. ¿Para qué quería verme señora condesa? —añadió con desgana. “¿No te lo imaginas, descarada?” Laura apretó los dientes. Ahora ya no tenía dudas: la pensaban despellejar entre las dos; y por eso contesto con altanería:

–No sé..., sospecho que ustedes me lo van a decir enseguida –dijo Laura con evidente sarcasmo... –y tras estas palabras, permaneció en guardia a la espera del más que probable “chaparrón” por parte de la condesa. “Muy bien, veo que eres menos bruta de lo que imaginaba”, dijo doña Elvira. “Te darás cuenta de que tú no puedes casarte con mi hijo, y mucho menos vivir con él. Por lo tanto, tienes que desaparecer de su vida”, sentenció la condesa. Y a Laura, definitivamente, le pareció que el suelo se hundía bajo sus pies; pero aún había más: “Si lo has entendido bien, no volverás a ver a mi hijo”, finalizó rematando la faena.

–Usted no puede hacer eso a Álvaro –protestó Laura furiosa. “Eso es lo que tú crees, ya verás como lo hago. Dime, cuánto dinero quieres y te marchas mañana mismo”, añadió la condesa, intentando comprar la voluntad de Laura. –Se equivoca –dijo Laura–, si cree que me va a comprar con dinero. “Vaya, la muchacha nos ha salido decente”, protestó Mercedes intentando desempeñar, lo mejor posible, el papel de perro faldero de su madre. “Decente...”, añadió la

condesa en tono despectivo. Y se fue hacia la mesa para escribir una cifra en el talonario; después se lo puso casi en la cara a Laura y le dijo: “¿Esta cifra te parece poco?” –la cifra era de muchos ceros–.

–¿No se da cuenta que no quiero dinero? Yo solo quiero el amor de Álvaro –protestó indignada– Yo no estoy en venta; no quiero ni necesito su dinero, sólo quiero a Álvaro... –¡Entérense de una vez por todas! ¡Por favor! –precisó rotundamente, tratando de dejar bien sentado cuales eran sus intenciones. “Ja, ja...”, rió socarrona la condesa. “Y qué más... ¿mis tierras, mi casa y mi título? Ya te veo venir... Eres más ambiciosa de lo que yo pensaba. ¿Tú te has mirado bien? Y... ¿cómo quieres emparentar con nosotros con esa pinta...?”, finalizó la condesa tratando de humillarla una y otra vez. Pero Laura aún no renunciaba e intentaba, por todos los medios, resistir a los ataques de ella. Y mientras tanto, Mercedes desempeñaba, casi únicamente, el papel de figura decorativa.

“Hay otra solución, te pago una clínica para que vayas y abortes, y así mi hijo ya no tendrá contigo

ninguna obligación”, añadió de nuevo la condesa; empeñada en dar una solución al asunto, y siempre a favor de sus intereses, claro. —¡No, eso no lo voy a permitir! Yo me haré cargo del niño sola... —respondió Laura indignada. “Pues algo hay que hacer”, dijo doña Elvira regodeándose en su interior, ya que ahora tenía a Laura donde ella quería. “Dices que quieres mucho a Álvaro, pues demuéstalo y desaparece para siempre de su vida” —Sí, lo quiero más que a mi vida; y él me quiere de la misma manera —respondió orgullosa Laura, y mirando a los ojos a la condesa. “¿Tú crees?”, dijo la condesa “¿Y a ti quién te asegura que él siente lo mismo?, porque otras veces ha tonteado con otras criadas, y por eso no pasó nada, ¡doña... importante! Además... ¿tú crees sinceramente que eres la mujer que él necesita?”

“Él será conde y sus amistades serán gente muy importante. ¿Podrás tú estar a su altura? ¿Y sabes cómo se sentirá cuando lo acompañes y sienta que estás haciendo el ridículo? Porque tú, por ejemplo no sabes ni comer, y pretendes sentarte entre condes, marqueses y grandes de España... ¿Cómo crees que

se sentirá mi hijo? Dices que lo quieres... Yo lo único que creo es que tú no eres más que una egoísta y una ambiciosa. Tú misma debiste darte cuenta que no eres el tipo de persona que mi hijo necesita; porque no eres más que una criada, y las criadas están para servir a los señores y nada más.”, concluyó así su larguísima cantinela de improperios hacia una Laura totalmente indefensa ante semejantes arpías.

Parecía que ya iba a terminar aquella retahíla de improperios, pero no: aquella despreciable mujer parecía no sólo “tener cuerda para rato”, sino también ser una experta en el desprecio a los demás, y sobre todo, cuando se trataba de ejercer esa infame actividad sobre una mujer indefensa, como en el caso que nos ocupa. Aquellos momentos de temor, por parte de su víctima, eran ideales para su ensañamiento con ella; y si añadimos a esto la personalidad de la condesa, entonces... “miel sobre hojuelas”. Y claro..., visto lo visto, la condesa continuó machacando más y más a su víctima: “Cuando te presente a sus amistades...”, prosiguió en su ataque, tendrá que decir: ‘Esta es mi esposa, y además es la niñera de mi

hermana' –Y su familia... ¿es noble? –preguntarán sus amigos. “No su familia no tiene educación y es más pobre que las ratas ja, ja, ja...”, rieron burlonas la condesa y su hija. “Y a pesar de todo..., ¿quieres seguir con él para hacerle un desgraciado al que todas sus amistades den de lado por tu culpa...? Las de tu clase es que no tenéis sentido de la moral ni de la decencia.”

–¡Basta ya! –dijo Laura con los ojos arrasados en lágrimas– ¿Cómo puede usted tener ese corazón tan duro? Sabe también como yo que su hijo va a sufrir mucho –protestó Laura, tratando de ablandar el corazón de la condesa... “No lo creo, le buscaré otra criada para que le acompañe en su soledad y en dos días ya serás pasado en su vida”, añadió la condesa, en un intento más de hacerla sufrir. Laura ya no podía más y quiso marcharse... “De aquí no sales hasta que no me digas qué vas a hacer”, amenazó implacable la condesa. –De momento, comenzaré marchándome de casa de su hija –amenazó también Laura, harta de soportar a la condesa. “Y luego llamar

llorando a mi hijo y ponernos a nosotras en su contra, ¿verdad?”, protestó furiosa doña Elvira.

Esta muchacha era más terca que lo que ella esperaba; por eso empleó un tono más autoritario, cuando arremetió de nuevo con las siguientes palabras: “¡De aquí no te mueves! Mañana preparas tus cosas y te llevo a un convento, y allí permanecerás hasta que des a luz. Yo me haré cargo de la criatura para que se críe con su padre, pero tiene que ser con las condiciones que yo te diga”. Laura no paraba de llorar, su corazón parecía que le iba a estallar, y tan grande era su dolor que apenas acertaba a hablar. —Está bien, haré lo que usted dice, pero siempre que el niño crezca cerca de su padre —añadió ella—, y tratando de aparentar cierta firmeza en sus palabras. Y yo le prometo que no volveré a ver a ninguno de los dos.

Pensar que no volvería a ver a Álvaro le produjo tal dolor que a punto estuvo de caer al suelo; se sujetó en la puerta e intentó ponerse en pie, pero todo le daba vueltas. Cogió aire, y volvió a la cruda realidad. Delante de ella la condesa se mofaba y le decía: “A mí

con teatros no me vengas. O es que me ves cara de idiota... No volverás a levantar cabeza en tu mísera vida”, le dijo finalmente aquella desalmada mujer, satisfecha con su triunfo.

Terminaba la primera parte de su plan, y eso la tenía muy satisfecha. Pero había una segunda que no debía conocer ni su hija; así nadie “se iría de la lengua”. Sólo ella conocería el futuro de Laura. Con dinero compraría voluntades, ya que ella tenía dinero de sobra. “Ésta va a pagar por haber puesto sus ojos donde no debía”, pensaba, mientras se regodeaba con su momentánea victoria. Ya la tenía donde ella quería; había caído en su trampa.

–Escribirás una carta a mi hijo –añadió– donde le dirás que lo has pensado bien y que no crees que vuestra relación funcione, debido a las diferencias que os separan. Y que estás dispuesta a renunciar al niño para que él lo críe, porque tiene más posibilidades económicas. Por eso te ruego que me perdones; y cuida mucho a nuestro hijo. Tu madre quiso convencerme para que no lo hiciera, pero ya tomé esta decisión. No intentes buscarme, ya no estaré en

la ciudad. Y cuando llegue el momento, te mandaré al niño.

Éstas, finalmente y de forma resumida, fueron las ideas que la condesa le ordenaba escribir a Laura para que se las enviara a Álvaro; y que serían el principio de un nuevo e importante giro en las vidas de los protagonistas principales de esta historia de amor.

—Se siente usted muy segura, porque tiene dinero— dijo Laura, dirigiéndose a la condesa, tras escuchar las últimas palabras dictadas por ésta—, pero no olvide nunca que el amor ganará esta batalla. Y espero que viva para verlo—sentenció finalmente con toda la fuerza de su corazón.

Doña Elvira rió a carcajadas. “Eres patética... Mañana para el convento y luego ya veremos; y pobre de ti como intentes jugármela. Y ahora empieza a escribir esa maldita carta, o no veras nacer a tu hijo”. Y con estas palabras reafirmó sus intenciones y dejó, meridianamente claro, el odio que sentía hacia Laura.

Con todo el dolor de su corazón Laura escribió la carta a Álvaro. Y tal como se habían planteado las cosas, era mejor que su hijo viviera con él, y así no pasaría por las penalidades que ella tendría que pasar de ahora en adelante. Cuando Laura terminó de escribir, temblaba de pies a cabeza. Ella sabía que con esta carta había firmado su sentencia para no volver a ver a su amado. Ahora estaba en manos de la condesa, y ésta iba a ser un enemigo implacable: podría hacer con ella lo que quisiera, porque Laura ya había perdido toda esperanza de ser feliz algún día. Lo único que le quedaba era seguir luchando por su hijo, ese hijo que tampoco vería crecer. No podía más; su alma estaba tan triste que ya había llegado a un punto en el que no sabía si lo que estaba viviendo era realidad o un mal sueño. Y en esta gran confusión que tenía en su mente lo único que veía claro era que, al día siguiente, su vida con Álvaro sería historia.

CAPÍTULO XVII

Al día siguiente por la tarde, Laura llegó a casa de la condesa ligera de equipaje; aunque su mayor carga la traía en el alma, ya que la tristeza que se reflejaba en su rostro era capaz de conmover a cualquiera, menos a aquella perversa mujer. Laura se había pasado toda la noche llorando por su dulce Álvaro. Lo sentía dentro de su alma y recordó cada momento vivido con él: sobre todo su sonrisa, su alegría y su preocupación por ella. “¿Qué estará haciendo?”, se preguntaba “¿Pensará en mí? ¡Dios mío!, daría lo que fuera porque no sufrieras cuando cojas esta carta. Será algo muy duro para ti, y no podrás creerlo. Dale fuerzas Señor y cuídalo mucho; y si puedes..., haz que nuestros caminos se crucen de nuevo, aunque sea en la eternidad.”

Cuando se hizo de noche la condesa y Laura subieron al coche. El chofer, impaciente, ya las esperaba desde hacía algunos minutos. –Podemos salir..., y ya sabes lo que tienes que hacer –dijo la condesa al chofer. Y esto asustó un poco a Laura. “¿A qué se referirá la condesa...?”, pensó. Ella solo sabía que el viaje se hacía de noche para que no viera el camino del que sería su nuevo hogar. Pasadas cuatro o cinco horas, el coche se detuvo delante del único edificio que había en medio de una inmensa oscuridad. Un silencio sepulcral invadía aquel lugar, donde una luz mortecina dejaba ver escasamente los muros de algo que pudiera ser un castillo medieval, un inmenso cementerio o, tal vez, algo similar a un convento de mujeres de los primeros que se fundaron en el siglo IV, capaces de acoger hasta doscientas religiosas.

Laura, atribulada, agarró fuertemente el asa de su maleta como si necesitara asirse a algo que le pudiera infundir valor: aquel lugar le parecía bastante tétrico. Finalmente, el coche se detuvo y el chofer salió para llamar en la puerta.

—Estarán durmiendo —murmuró éste entre dientes, mientras buscaba algún tipo de timbre, campanilla, aldaba o algo similar para que alguien de dentro pudiera percatarse de su presencia. “¡No seas estúpido!”, clamó doña Elvira de muy mal humor. “¡Nos están esperando!” añadió, finalmente, con una indignación injustificada en aquellas circunstancias. En ese momento alguien se acercaba portando un mísero farol. Se abrió la puerta y, tras ella, apareció una vieja monja, escasamente iluminada por la mortecina luz de algo parecido a un farol antiquísimo. Seguidamente alzó la luz hacia la cara de los recién llegados; y tras haber identificado únicamente a la condesa, y hacer una reverencia ante ella dijo: “Pase señora, la madre superiora viene de camino” “Por favor, pasen y disculpen la poca luz que tenemos, pero es que en este convento somos demasiado pobres, y nos arreglamos con este tipo de artilugios. Dentro sí tenemos luz eléctrica”, concluyó tratando de ofrecer a los recién llegados una cierta hospitalidad. Entraron en algo parecido a un zaguán; y ya la madre superiora llegaba abriendo los brazos para recibir como se merecía a la señora condesa.

—¡Señora condesa!, es un gran honor para todas las madres de esta comunidad tenerla aquí —exclamó la superiora del convento, como si hubiera llegado, en vez de una condesa, cualquier enviado del cielo. Y doña Elvira, rápidamente, se acercó a la monja para decirle al oído: “Nada de familiaridad delante de la muchacha; no quiero que sepa que ya estuve por aquí.”

—Pase a mi despacho señora, por favor —dijo la madre superiora que ya había entendido el mensaje. Pero, antes de entrar, doña Elvira añadió de nuevo con desprecio: “Madre esta es la muchacha que le traigo”. Cualquiera diría que era un peligroso criminal recién ingresando en una prisión. La madre superiora tampoco era un dechado de amabilidad: le echó una mirada a Laura como si de una apestada se tratara. Y ésta comprendió enseguida que más que un hogar, aquello sería para ella una cárcel. ¿Qué otra cosa se podía esperar de la condesa...?

Y mientras la madre superiora y doña Elvira ultimaban los detalles para la vida de Laura en aquel lugar, ésta era conducida hasta una humilde celda

donde habría de pasar los próximos siete meses que le restaban para su alumbramiento. La minúscula habitación disponía de un viejo camastro, una pequeña mesa y una silla. Este sería “el lujoso mobiliario” del que dispondría durante aquellos largos meses que habría de permanecer allí. Y mientras tanto, la condesa daba instrucciones sobre como debía ser la estancia de Laura: “No puede salir nunca de este recinto, ni por un descuido. A usted la hago responsable. Hable con todas las demás para que tengan el menor trato posible con ella. Tenga a su lado sólo a las monjas que crea de su máxima confianza para evitar problemas con la recién ingresada. Nada de privilegios; y cuando venga una visita escóndala aunque sea debajo de las piedras. Nos volveremos a ver cuando esté todo listo; y mientras tanto..., no me llame ni se ponga en contacto conmigo, si no es por fuerza mayor. ¿Ha entendido?” –Sí señora condesa, he entendido –añadió la madre superiora. –Y tras estas últimas palabras, dio la impresión de estar ya hasta las mismísimas narices de tanta recomendación. Pero nada, aún quedaba algo más como remate final a su anterior retahíla de reco-

mendaciones. “Nadie puede relacionarme con este lugar, ¿de acuerdo?” La condesa sacó, por fin, una nada despreciable cantidad de dinero de su bolso, y se lo entregó a la madre diciéndole: “Con esto su convento tardara en pasar necesidades. ¡Hasta pronto madre!” La madre superiora, perpleja ante tanto dinero, pareció enmudecer para siempre. Tanto es así, que no tuvo tiempo para despedir a su benefactora.

Doña Elvira subió al coche y se marchó para su casa del norte. Cuando llevaban media hora de camino se divisaron unas luces a lo lejos en medio del campo. La condesa suspiro: en esos momentos pasaban cerca de su casa de la Zarzalera. “Si supiera la pordiosera esa lo cerca que está de mi hijo... Pero esa de ahí no sale y, cuando de a luz, la mandaré más lejos; y ya no volveremos a saber más de ella.”

Pasados unos días, y no muy lejos del convento, en la finca de la Zarzalera todo estaba tranquilo, hasta que Rafaela le subió el correo a Álvaro. “Tenga señorito, carta de Laura”, comentó ésta gozosa. “¡Estará contento!”, añadió. “Le dejo para que pueda leer

tranquilo. Ya me contará qué tal Laura con el embarazo”. –De acuerdo, muchas gracias Rafaela –dijo Álvaro que ya se disponía a abrir la carta de su amada.

“Querido Álvaro: Espero que no te enfades mucho conmigo, por lo que te voy a decir. Después de tu marcha he tomado la decisión de romper nuestra relación. Creo que los dos pecamos de ingenuos, esa relación no podía tener éxito. Y ahora, en la distancia, me doy cuenta de que nuestros mundos son muy diferentes; y lo que ahora nos parece muy romántico, luego puede que no lo sea tanto. Pensemos que todo esto fue un amor de verano.... Sinceramente, creo que es lo mejor para los dos. Por lo del niño no te preocupes, cuando llegue el momento, yo te lo haré saber; pero creo que

será mejor que se quede contigo. Yo no podré darle lo que tú sí puedes, y con el mínimo esfuerzo. Cuando recibas esta carta, yo ya estaré lejos. Por favor, no intentes buscarme. Espero que algún día puedas perdonarme, un abrazo. Laura

Álvaro no podía creer lo que estaba leyendo, y sus lágrimas caían sobre el papel haciendo casi imposible su lectura. Laura lo dejaba y se marchaba lejos de él. “¡Dios mío!, ¿qué está pasando? Esta no es mi Laura”, se preguntaba afligido. Quiso levantarse, pero no pudo; temblaba y sus piernas apenas le sostenían. “¿Por qué?”, dudaba una y otra vez; pero no encontraba respuesta a esta atrocidad. “¿Qué le había pasado a Laura para cambiar de esa manera. Qué estaba pasando...?” En un momento su mundo se había derrumbado, ya no tenía nada sin ella; y la vida ya no tendría sentido. Estuvo largo tiempo sin reaccionar y con la carta en la mano, hasta que Rafaela, un poco preocupada, subió a su habitación y allí lo encontró como ausente. Al verlo, se quedó helada, lo llamaba

pero no le contestaba. “¡Dios mío!, ¿le pasa algo?”, preguntó Rafaela alarmada. Por fin, éste reaccionó y le entregó la carta, “¿Qué pasa? No me asuste usted. “¿Le ha pasado algo a Laura o al niño?”, preguntaba muy nerviosa.

—Toma y lee —dijo Álvaro—, mientras un nudo en la garganta parecía ahogarle y casi no lo dejaba hablar. Y Rafaela, trémula alarmada, tomó la carta y comenzó a leerla. Enseguida sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo seguir. “No puede ser”, dijo acongojada. “Lo siento tanto..., señor”. Rafaela se sentía desarmada. “¿Qué pasaba con Laura? “¿Por qué le hacía esto a Álvaro?”, se preguntaba una y otra vez. No le quedaban fuerzas, pero tenía que ayudarlo. Rafaela salió de la habitación y fue a llamar a su marido, que andaba por los corrales; Este subió rápidamente, pero, cuando llegó, Álvaro ya había perdido el conocimiento; y Rafaela, asustada, lloraba desconsoladamente.

—Voy a llamar al doctor —dijo Manuel, más sereno que su mujer— para que venga rápido, porque casi no tiene pulso; mientras Rafaela abanicaba, frenética-

mente a Álvaro, Manuel, a través de la ventana que daba para los corrales, llamó a los demás criados para que le ayudaran a llevar a Álvaro a su cuarto. Y ya en su habitación, éste fue recuperando el conocimiento. Pasados unos minutos, llegó el doctor y mandó salir a todos. Sólo Rafaela se pudo quedar, por orden de éste para que le pusiera en antecedentes de todo lo ocurrido antes de que Álvaro sufriera ese desvanecimiento. Rafaela le contó, con todo lujo de detalles, lo sucedido con la carta. Y el doctor, gran amigo de la familia, y que ya estaba al tanto de la relación de Álvaro y Laura, enseguida comprendió el gran dolor que su amigo había sentido. Lo había visto últimamente muy enamorado, y ya conocía un poco los planes que tenía para su futuro. “¡Qué lástima!”, pensó el doctor, visiblemente afectado por la noticia. Poco a poco Álvaro fue recuperándose, aunque en su cara se reflejaba una profunda tristeza... Algo que a su amigo, el doctor, no le gustaba para nada: en la mirada de éste notó una peligrosa ausencia de ganas de vivir. Todo esto no pintaba nada bueno, si no todo lo contrario. El doctor sabía que su amigo tenía algo más que tristeza; y por eso, decidió decirle a Rafaela

que llamara a su madre, y la pusiera al corriente de todo lo sucedido. El médico pasó toda la noche cerca de su amigo, porque temía que sufriera un nuevo desvanecimiento o quizás algo peor, un ataque al corazón.

Una semana llevaba Álvaro sin salir de su habitación. Se negaba a comer y a asearse; solo quería que le dejaran en paz, y no quería tampoco ver a nadie, ni tan siquiera a Curro. Y cuando Rafaela se lo llevó para ver si con él se animaba algo, éste apenas si lo acarició. El animal lo agradeció, pero sabía que a su amigo le pasaba algo; y le lamía sus manos, ofreciéndole con ello un cariño especial.—Gracias querido amigo —acertó a decir solamente —, pero ahora no tengo ganas de jugar. Rafaela sacó al animal y se lo llevó. Era consciente de que Álvaro estaba sufriendo mucho y de que le iba a costar salir de esa melancolía; pero allí estaba la incansable Rafaela.

Ella, poco a poco, iba consiguiendo que Álvaro saliera de la habitación y que se acercara hasta los corrales para ver a Curro y a Lobo, sus dos buenos amigos. “No debemos dar todo por perdido”. “¿Y si

Laura, cuando nazca el niño, se arrepiente y quiere volver?; ¿usted cree que le gustará verle así tan demacrado por no comer y por no salir al sol? Piénselo y actúe en consecuencia. Ella debe encontrar a ese Álvaro del que se enamoró, ¿no cree?”, decía Rafaela tratando de animarlo –De acuerdo tú ganas, querida amiga –dijo un Álvaro ilusionado, aunque consciente de haber sido derrotado por la tenacidad de su criada. “Además, Junio está a la vuelta de la esquina”, dijo ella, viendo como cambiaba el semblante de éste con sus palabras de aliento. Álvaro fue cambiando radicalmente, aunque seguía echándola mucho de menos; pero ahora tenía un objetivo nuevo: volver a conquistar a Laura.

Álvaro, pocos días después, comenzó a salir de paseo cada día por la finca con sus amigos Lobo y Curro. Aún no había pasado por la casita del lago; y cuando creyó que ya estaba preparado, decidió por fin probarse a sí mismo. Nada más entrar, noto su ausencia: la casa parecía triste, no tenía vida y le faltaba la alegría con la que ella lo impregnaba todo. Cada cosa le recordaba a ella. Fue hasta el porche

que estaba frente al lago y se sentó. Todo estaba sumido en un gran silencio, y esto lo abrumaba terriblemente. Por fin, pensando en ella se quedó dormido. En sus sueños apareció ella saliendo del agua. Llevaba la camisa que él le dejó... Y ahora, empapada y pegada a su cuerpo, le daba una carga de sensualidad que a Álvaro le hizo estremecerse de amor. “¿Dónde estás mi pequeña Laura?, te necesito tanto... ¡Laura, Laura!”, grito llamándola en sueños. Y Curro, que estaba a su lado, se asustó y comenzó a ladrar. Álvaro se despertó al oír los ladridos de Curro, y se dio cuenta de que esto había sido un sueño.

CAPÍTULO XVIII

Habían pasado ya casi siete meses en el convento de Santa Elena; y aquella noche de Junio se presentaba larga y dolorosa para Laura: el momento del alumbramiento estaba cerca. Dos hermanas y la superiora ya lo tenían todo listo para el parto. Y por orden de la señora condesa, las demás hermanas no debían saber que habría de ocurrir en las próximas horas y en esta habitación. Además esta celda era la más alejada del resto.

Cuando llegó el momento del alumbramiento, una de las hermanas le hizo entrega de un palito de madera a Laura para que mordiera cada vez que sintiera los fuertes dolores del parto. Y le ordenó que allí estaba prohibido gritar, y menos a deshoras. Doña Elvira no quería ni comadronas ni médicos, solo a la madre superiora y a las dos monjas al servicio de

ésta. Laura llevaba ya muchas horas y las fuerzas se le iban agotando. “Empuja fuerte o ahogarás a tu hijo”, vociferó nerviosa la madre superiora.

Laura sudaba y lloraba a la vez, los dolores se hacían cada vez más fuertes; pero la comprensión por parte de las hermanas era nula. Y Laura se preguntaba: “¿Cómo pueden ser monjas, si no tienen piedad ni paciencia con el que sufre?” Se acordaba de su ángel protector; él sí la cuidaría con el amor al prójimo del que carecían aquellas exóticas comadronas. “Señor, dame fuerzas para que mi hijo esté bien y pronto pueda estar con su padre. Los dolores se intensificaron y Laura, con un gran esfuerzo, empujó fuerte; y ahora sí, su hijo por fin vino al mundo. Lo oyó llorar y le dijeron que era un niño; pero debido a que el parto se había alargado, el niño respiraba mal; y que todo lo demás estaba controlado. Seguidamente la sedaron para que no viera lo que allí se estaba tramando. Esa misma noche dos personas desconocidas salían del convento; una portando un envoltorio en los brazos y la otra le acompañaba con un peque-

ño farol. Las dos desaparecieron en la oscuridad de la noche hacia algún lugar que sólo ellas conocían.

Laura no despertó de su sedación posparto hasta el día siguiente por la tarde, y enseguida preguntó por su hijo a la hermana que estaba a su lado: “¿Dónde está mi hijo?” La hermana no contestó, se limitó a salir corriendo a llamar a la madre superiora; y ésta enseguida hizo acto de presencia.

–¡Vaya, ya despertaste! ¿Qué tal estás después de dormir tantas horas, desde la pasada noche? –dijo la madre superiora con una jocosidad ciertamente sospechosa. “Madre, ¿dónde está mi hijo?”, preguntó Laura con evidente ansiedad. “¡Quiero verlo!”, repitió de nuevo –Lo siento pero eso no podrá ser –respondió ella con un aplomo y un cinismo prodigioso– se lo llevó la condesa a su panteón familiar, porque tu hijo murió a las pocas horas de nacer –concluyó con una frialdad imposible en cualquier ser humano que se precie como tal.

Un grito ahogado salió de su garganta: “¡No, mi hijo no, mi pobre niño no puede estar muerto!”

Comenzó a llorar sin consuelo; y aunque sabía que no lo tendría nunca, jamás creyó que, al final, sería de esta manera. Así, de todas formas, se cumplió el pacto con la señora condesa. Ese niño hubiera sido el mejor regalo que le hubiera dejado a su dulce Álvaro. Laura no pudo con tanto dolor y se desmayó. Momento que la madre superiora aprovechó para llamar a su amigo el médico: necesitaba un certificado de defunción para enseñárselo a Laura, y así ya no haría más preguntas. “Y..., pensándolo bien, creo que le pediré dos certificados”, decidió burlona la madre superiora.

Hacía una semana que Laura había dado a luz. Y la madre superiora, seguramente harta de la presencia de ésta en el convento y también, por qué no, de la condesa y de todo lo que rodeaba a este personaje egoísta y mal intencionado..., se dirigió a Laura en estos términos:

–Vete preparando la maleta, que mañana, al anochecer, te irás al que de ahora en adelante será tu nuevo hogar. Trabajarás en un orfanato al cuidado de un montón de niños; y ya que no pudiste cuidar al

tuyo, ahora tienes una gran ocasión para darle tu cariño a todos esos que tanto lo necesitan... –y tras estas palabras cargadas de cinismo y aversión hacia Laura, desapareció de aquella humilde estancia como “alma que lleva el diablo”. Nuestra amiga sintió un gran dolor al escuchar las palabras de “aquello” que desempeñaba el papel de madre superiora. “¿Superiora en qué?; ¿tal vez en odio a sus semejantes? ¿Por qué hurgaba en su herida con esa saña?; y... ¿por qué la odiaba tanto?” Pero calló..., sabía que allí nada más podía hacer.

Finalmente, más que despedirla, la echaron a la calle con estas palabras en boca de “su amable anfitriona” –Aquí tienes..., de ahora en adelante Laura a muerto, y tu nuevo nombre será Ana Castro, no lo olvides. –Este es tu nuevo documento y algo de dinero para el viaje –añadió finalmente, dirigiéndose a Laura, como si ésta no fuera más que un pobre perro callejero. Evidentemente, Laura aún no se encontraba físicamente bien, y ya la echaban de allí. Y también era meridianamente claro para ella que detrás de todo estaba la señora condesa. Y la tal

madre superiora sólo desempeñaba el papel de alcahueta, o de una especie de extraña correveidile.

Al día siguiente, al anochecer, un coche se detuvo delante del convento. Y Laura, que ya estaba lista, esperaba con su maleta y una enorme carga de melancolía. Su hijito había nacido allí; aunque ahora su tumba no estuviera en el cementerio que estaba junto al convento, pues también por orden de la condesa los restos del niño hubieran sido trasladados a su panteón familiar. No le quedaba ni tan siquiera la oportunidad de ir a llevarle unas flores. “Eso también me lo han quitado”, meditaba Laura en el silencio de aquella noche, mudo testigo de su partida, tal vez a ninguna parte. “¿No hubiera sido mejor que ella también hubiera muerto?”, reflexionaba abatida. Ya nada le quedaba en el mundo: había perdido a su hijito y al amor de su vida.



Era noche cerrada, cuando Laura subió al coche; abrió la ventanilla y echó una última mirada al convento. “¡Cuántas desgracias había vivido allí, y en tan

poco espacio de tiempo...!” , volvía sobre sus recuerdos, mientras una lágrima más rodaba por sus mejillas. Recordaba a su hijito muerto nada más nacer. Echaba de menos el no haber podido darle un beso; sentir el olor de su piel junto a su carita. Y, por si fuera poco, la torturaba también la posibilidad de que Dios la hubiera castigado por haber engendrado a su hijo fuera del santo matrimonio.

Cuando llegaron a la capital, ya amanecía. Laura quedó impresionada cuando entró en Madrid, al contemplar unos edificios tan altos. Para ella eran grandes rascacielos; y en esta inmensidad tendría que vivir, acostumbrada a la soledad de su celda. Todo esto la abrumaba un poco. “¿Sabría ella defenderse entre tanta gente?”, pensaba preocupada.

El chofer paró el coche delante de un gran edificio; y aunque era un convento, era mucho mayor que el de Santa Elena. Éste también era un orfanato. Por encima de la puerta podía leerse CONVENTO DEL AMOR DE DIOS, y debajo ORFANATO. El chofer llamó al timbre y apareció una hermana. Ésta los saludó con un cariño que en nada se parecía al mal trato que

había recibido en Santa Elena: –¡Buenos días; están ustedes en su casa! –dijo la hermana– Pasen, por favor –añadió. “No, yo no; lo siento”, dijo el chofer. “Ésta es la chica que les traigo de Santa Elena. Y me marcho rápido, porque me queda mucho camino por delante”, se disculpó éste impaciente. –Un buen tazón de café con leche con un par de dulces..., y el camino se le hará más agradable con el estomago lleno –aconsejó la monjita. “No lo siento...”, se disculpó el chofer de nuevo, y se marchó rápidamente. Laura estaba encantada con el trato recibido: “¡Qué bien, si todas las demás fueran como ésta!”, pensó un poco más animada.

–¿Cómo te llamas, joven? –dijo la hermana mirando a Laura. “Ana Castro, para servirla”, respondió Laura, agradecida con el exquisito trato de la monjita. –Pues yo soy la hermana Sofía y creo que nos llevaremos muy bien querida Ana –concluyó su interlocutora.

Pasadas unas semanas, y lejos de allí en la Zarzatera, Álvaro esperaba ansioso la llegada de su madre y de su hijo. “Pero ¿Dónde está Laura?”, se pregun-

taba. “Mi madre me contará algo, y me dirá donde está. La buscaré y la traeré conmigo, y ya nadie nos separara. Ella no puede haber dejado de quererme tan pronto; yo la conozco muy bien”. Álvaro se las prometía muy felices, ya había sufrido mucho en este tiempo sin su querida Laura.

Cuando la condesa llegó, el niño ya tenía casi un mes. Las monjas lo habían tenido al cuidado de una pastora que vivía cerca de Santa Elena. Ésta estaba criando a su hijo, que nació a la vez que el de Laura; y sirvió de ama de cría para el niño de Laura, durante este periodo de tiempo. Álvaro recibió a su madre muy feliz, pero esta felicidad duró poco:

—¿Qué tal está Laura? ¿La has visto? —preguntó angustiado a su madre— ¿No le dio pena deshacerse del niño? ¿Es que no lo quiere? —acosaba una y otra vez a su madre, pidiendo respuestas urgentes para estas preguntas que tanto lo atormentaban. “Tranquilo hijo esto te va doler pero tienes que saberlo”; y con una pena aparente en su enigmática mirada susurró de forma casi ritual: “Laura... ha muerto”. Álvaro se tambaleó, y pareció enloquecer: golpeaba con sus

puños en la pared como si quisiera arrojar de sí aquel terrible sufrimiento que sobrecogía su corazón a punto de estallar. Su madre asustada, llamó a Manuel y a Rafaela; pero nada pudieron hacer. Álvaro salió de casa y no paró de correr hasta el río. Se sentó en su lugar preferido desde muy niño; y con la cara entre las manos, lloró como jamás en su vida había llorado: había perdido al amor de su vida; y los sueños en un feliz futuro para su niño y su querida Laura habían sido destruidos por una traición fatal del destino. “¿Por qué no puedo morir yo también para estar al lado de mi Laura?”, se preguntaba, envuelto en una infinita tristeza.

Manuel, cerca de su amigo, vigilaba sin que éste le viera. Tenía miedo: en su estado cualquier cosa podía pasar. Y tampoco él pudo contener sus lágrimas, al contemplar, desde su escondite, como la tristeza se ensañaba de forma tan despiadada con Álvaro. “¿Por qué Dios lo hacía sufrir tanto, siendo éste un hombre tan bueno?”, se preguntaba una y otra vez con sus ojos arrasados en lágrimas. Un llanto que ya no podía contener, al contemplar desde la distancia la tremen-

da tristeza de éste, su amo y también su amigo del alma. El único pecado que Álvaro había cometido era enamorarse. No encontraba respuesta, por lo tanto, a tan inmerecida desdicha. Y ese Dios, tan silencioso a veces, y desde su terrible lejanía en el universo, tampoco parecía apiadarse de la tremenda pena de su amigo.

Cuando Álvaro regresó a su casa, su madre ya se había marchado, dejándole con esta pena y con un niño de tan sólo un mes. “¿Qué clase de madre era la suya?”, se preguntaba una y otra vez. Siempre echó de menos a su padre: él sí era cariñoso con sus hijos, por eso lo querían tanto. Fue siempre como un amigo, y aunque ya hacía años que había fallecido imploró a éste su intercesión ante un Dios que parecía haberle olvidado. Álvaro ni siquiera quiso ver al niño, le culpaba de la muerte de Laura y no se lo iba a perdonar.

Cuando ya llevaba algunos minutos en su habitación, y enfrascado de nuevo en sus pensamientos, alguien de forma inesperada y discretamente llamó a su puerta... —¿Quién es? —respondió Álvaro sorprendi-

do, pues su madre no estaba. “Soy yo, Rafaela, con un sobre que me dio su madre para usted...”, respondió ella solícita –Métalo por debajo de la puerta; y... muchas gracias –contestó él agradecido. Álvaro lo cogió y lo dejó en la mesita de noche, y ni siquiera se molestó en abrirlo. Se acostó encima de la cama; y así pasó toda la noche llorando por la que fue el gran amor de su vida.

Al día siguiente, Álvaro llamó a su madre por teléfono para preguntarle dónde estaba enterrada Laura. Ella fue muy escueta: “¿No te ha entregado Rafaela un sobre?” –Sí, pero aún no lo he abierto –contestó él irritado–, porque en aquellos momentos no tenía ganas de leer nada. “En el está todo bien claro. Y si te hubieras molestado, ya lo sabrías todo...”, contestó la condesa en forma de reproche. Y Álvaro colgó el teléfono sin despedirse de su madre, no se lo merecía. Fue a su habitación, abrió el sobre y no podía creer lo que estaba viendo: Laura había estado todo el tiempo cerca de la Zarzalera, y él sin enterarse: “¿Por qué Dios le mandaba pruebas tan duras de superar, y por qué Laura no le había dicho nada y

su madre tampoco?”, se preguntaba desesperado. Todo esto le resultaba muy extraño...

En su cabeza se agolpaban multitud de preguntas para las que no tenía respuestas, y Laura ya no estaba para responderlas; pero su madre sí, y ella tendría que aclararle muchas cosas. Siguió leyendo; y tras asegurarse de que su querida Laura había estado en el convento de Santa Elena, no lo pensó más, bajó a las cocheras y cogió el coche. Y Manuel, que lo vio salir, le comentó a su hijo lo que acababa de ver: “Don Álvaro ha salido con el coche como si hubiera visto al mismísimo demonio”. Los dos se quedaron bastante preocupados; y por eso Manuel cogió otro coche y salió detrás de Álvaro. Sabía que no lo alcanzaría; pero algo grave estaba pasando y el no abandonaría a su amigo. Salió a la carretera, cuando el coche de Álvaro ya había desaparecido; pero él lo siguió, ya que por el camino que iba era fácil encontrarlo más adelante; y así fue. Manuel sabía que esa carretera no llevaba a la casita del lago y tampoco era la de la capital. “¿A dónde irá Álvaro?”, se decía preocupado. Pasado un rato... observó en la distancia

que éste dejaba la carretera principal y cogía la que iba al convento de Santa Elena. “¿A qué iba su amigo al convento?”, se preguntaba, sin quitar ojo a todo lo que éste hacía. No obstante, dejó que le sacara bastante distancia para que no pudiera descubrir sus intenciones.

Álvaro paró el coche delante del convento y salió de él como un loco. Llamó repetidas veces a la puerta, tenía prisa. Una anciana monja abrió, y éste a punto estuvo de llevársela por delante.

—¿Dónde está la madre superiora de este convento? —exclamó, olvidándose de su buena educación. “Espere hombre. ¿Cómo entra de esta forma en nuestra humilde casa?”, protestó la monjita que estaba en la puerta —No estoy para esas tonterías. ¡Llámelas ahora mismo! —protestó Álvaro enloquecido—: no razonaba, estaba loco, y se sentía engañado y dolorido. “¿Qué escándalo es este?”, protestó la superiora que aparecía al final de un largo pasillo. “Este señor quiere hablar con usted, reverenda madre; pero no tiene paciencia”, dijo la hermana. “¿Quién es usted, y por qué entra en esta santa casa

dando estos gritos?” –Soy Álvaro de la Vega, ¿le suena a usted mi nombre de algo? –respondió éste un poco más sosegado. “Claro, de los condes de Dorisia, vecinos nuestros; y dígame... ¿qué desea de mi humilde persona?”, añadió ella con su vanidad un poquito más reposada.

–Quiero que me cuente todo lo que sepa de Laura Montesinos –respondió él de forma apremiante. “¡Ay nuestra pobre Laura! Ya no está entre nosotras... ¡Que Dios la tenga en su gloria! Ella llegó a nuestra puerta pidiendo ayuda; y nosotras, como buenas cristianas, le dimos albergue hasta que naciera su hijo; pero tuvo la mala fortuna de que el parto y las grandes hemorragias se la llevaran”. La madre se santiguó y exclamó: “Descanse en paz. ¡Pobre niña..., tan joven!”.

–¿Y mi madre tiene que ver algo en esto?, –añadió Álvaro desconfiado. “Su madre sólo vino, porque Laura nos pidió que la llamáramos para que le llevara a usted el niño. Y que, si no lo quería, Laura estaba dispuesta a darlo en adopción, porque para ella era una

carga demasiado pesada”, dijo ésta con infinita desfachatez y una muy mal disimulada cara de tristeza.

—¡Vasta ya!, por favor. ¡No creo que Laura fuera capaz de hacer semejante cosa! —respondió Álvaro indignado, y sospechando que solamente se le contaban verdades a medias. “Yo sólo digo lo que ella pensaba hacer... Y si no me cree llamaré a las hermanas para que corroboren lo que yo le estoy diciendo”, dijo la madre superiora, consciente de su escasa credibilidad ante Álvaro. Éste, evidentemente, no creía nada de lo que la superiora le estaba diciendo, porque esa no era su Laura: ella jamás tendría valor para hacer eso con su hijo; y el no estaba dispuesto a que nadie pudiera manchar así el nombre de su amada.

—¿Dónde está su tumba? ¡Quiero verla ahora mismo! —preguntó Álvaro, lleno de rabia. “Yo le acompaño, pero antes tengo que darle el certificado de su defunción”, contestó ella, intentando ocultar su gran mentira. Álvaro estaba totalmente desolado por todo lo que estaba viviendo: su querida Laura había muerto entre grandes sufrimientos, y sin una mano amiga

que la acompañara en aquellos momentos. –Lléveme ante su tumba, por favor –dijo, finalmente, un Álvaro entristecido con lágrimas en los ojos. Era su llanto, por lo tanto, el de un hombre roto y traicionado precisamente por alguien que debiera quererle más que nadie en el mundo, su madre.

CAPÍTULO XIX

Cuando Álvaro estuvo frente a la tumba de su Camada Laura, continuó llorando amargamente. Su cuerpo parecía resquebrajarse por el dolor, y su pena era tan grande que cayó de rodillas ante el sepulcro, y allí permaneció largo rato si moverse. La mujer que el tanto había amado yacía ahora bajo esa fría losa de mármol, en la que podía leerse: Laura Montesinos 1949–1967. ROGAZ A DIOS POR SU ALMA. Y Manuel, que, como sabemos, lo había seguido hasta el convento, entró en el cementerio y puso la mano sobre el hombro de su amigo. Manuel tampoco pudo reprimir algunas lágrimas que rodaron silenciosas por su rostro atormentado por la tristeza. “¡Vamos!”, le dijo a Álvaro. “Tienes que ser fuerte amigo mío. Tu hijo te necesita, y aquí podrás venir cuando quieras. Creo que por hoy ya has tenido bastante”, concluyó

Manuel tremendamente emocionado –Gracias amigo –susurró finalmente Álvaro abatido por la pena.

Nuestro protagonista llegó del cementerio y entró directamente a su habitación, y hasta pasado dos días no salió de ella. La tristeza parecía definitivamente haber invadido para siempre su casa; y sólo, de vez en cuando, el lejano llanto del niño conseguía romper el silencio que allí se respiraba. Rafaela y Manuel ya no sabían que hacer: todo intento para que Álvaro saliera de su inmensa tristeza parecía resultar inútil. Y dadas las circunstancias, decidieron que lo mejor era llamar al padre Mateo, párroco de la familia, que celebraba la misa de los domingos en la capilla de la Zarzalera. “Quizá él tenga palabras más sabias y saque de ese estado a Álvaro”, dijo Rafaela. Manuel estuvo también de acuerdo con su mujer:

–¿Por qué no se nos habrá ocurrido antes lo del padre Mateo? Me marcho, y le digo que venga lo más pronto posible –decidió finalmente, animado por haber encontrado, tal vez, la solución para la tremenda tristeza de Álvaro.

Al día siguiente, después de decir misa, el padre Mateo se pasó por la Zarzalera para hablar con su amigo Álvaro. Eran buenos amigos y estaba al corriente de la vida de éste y de su romance con Laura. Antes de entrar a hablar con Álvaro fue directamente a la cocina. Allí sabía que estaba Rafaela, y que ésta estaría con el niño. Efectivamente allí estaban los dos, ella cocinando y el niño dormido como un angelito. “Pase padre, y le pongo un café, que seguro que todavía no habrá desayunado” –Tienes razón. Venga ese rico café –aceptó él agradecido.

El padre Mateo sabía que la misión que tenía por delante iba a ser dura. Cuando salía de la cocina, y tras unas leves y confidenciales palabras con Rafaela, se volvió de nuevo hacia ella y con un tono de cierta solemnidad exclamó: “¡Qué Dios me ilumine...! Creo que lo voy a necesitar”; y tras esta petición de ayuda al Todopoderoso, se dirigió a la puerta de la habitación de Álvaro. Lo llamó repetidas veces, pero Álvaro no contestaba. “Abre hijo no seas terco. Con esa actitud no vas a solucionar nada. Déjame entrar”, insistió el sacerdote. –Lo siento mucho, pero quiero estar

solo... –respondió Álvaro con un susurro lejano, desde el fondo de su habitación. “Así no se resuelven las cosas, tu actitud es un poco egoísta: ya que tienes un hijo al que tú has de cuidar. “Abre hijo por caridad”, concluyó el padre Mateo en una especie de súplica. Álvaro abrió la puerta por fin y el sacerdote entró. “Estás pasando por unos momentos muy difíciles, hijo. Pero confía en Dios. Él te ayudara.

–¿Qué Él me ayudara...? –Replicó Álvaro, mirando fijamente al sacerdote– ¿Cómo se atreve a decirme que Él me ayudara?; ¿a qué...? –añadió Álvaro furioso– ¿Dónde está ese Padre bondadoso, ese Padre generoso y misericordioso del que usted predica? ¿Dónde está ese amor hacia sus hijos? Si tanto nos quiere..., ¿por qué nos deja caer en el abismo más profundo, Él que es todo bondad y justicia...?¿Para qué nos creó...? Para hacernos sufrir únicamente... –y con estas palabras concluyó desesperado y llorando amargamente como un niño. “¡Calla!”, dijo el padre Mateo como fuera de sí. “¡Impío!. ¿Cómo te atreves a hablar así de nuestro Padre Creador?”, añadió el sacerdote sorprendido. –No quiero volver a creer en

Él, es un Dios cruel, que atormenta a sus hijos. Ése no puede ser un buen padre –insistió Álvaro en su lamento y terriblemente abrumado por una profunda desesperanza. “¿Te estás oyendo Álvaro? ¡Eres un sacrílego!”, se apresuró el sacerdote a contestar, tratando de frenar aquel aluvión de quejas ante un Dios que, según él, no le escuchaba y que le había abandonado para siempre.

–No padre. Él me hizo creer en el amor y en el cariño por los demás; pero veo que no predica con el ejemplo... –tras estas palabras, y con su mirada perdida a través de la ventana en algún lugar lejano del horizonte, parecía buscar alguna respuesta de ese Dios en el que, en aquellos momentos, no confiaba. “¡Basta ya!. ¿Qué clase de cristiano eres tú que a la primera prueba que el Señor te envía reniegas de Él?” –No ha sido solamente una prueba, a mi me las ha mandado todas juntas –remató finalmente Álvaro, que parecía seguir buscando en algún remoto lugar del universo a ese Dios que ahora parecía haberlo olvidado.

El padre Mateos bajó un poco el tono: sabía que el terreno que pisaba en aquellos momentos estaba

abonado por el rencor y la desesperación; por eso, y en un último intento de sacar a Álvaro de su desesperación, añadió: “¿Cómo era tu vida antes de conocer a Laura? No me contestes, yo te lo voy a decir: era una vida anodina, vacía y sin sobresaltos; en una palabra, una vida egoísta. Era la vida que tú te habías creado hasta que conociste a Laura. Llegó ella y todo tu mundo cambió: eras más alegre, te acercabas más a los demás, te interesabas por sus cosas y porque estuvieran bien; ya no pensabas solo en ti. De ese importante cambio en tu vida nació ese gran amor que sentías por ella, eso te llenaba de dicha y eras feliz. Por todo ello, los que te rodeaban también eran felices. Fue para ti la llegada de Laura como un regalo del cielo. ¿Me equivoco?”, añadió finalmente el padre Mateos, que veía como Álvaro, calladamente, iba aceptando sus palabras.

—Tiene razón, Laura lo fue todo para mí, pero... “¡Ni pero, ni nada!”, le interrumpió el sacerdote. “Yo creo que más que renegar de Dios tendrías que darle gracias, porque por ella, aunque fuera por poco tiempo, conociste el amor y, por si fuera poco, te dejó el me-

lor de los regalos, a tu hijo”. Álvaro lloraba amargamente y don Mateo trató de consolarlo: “Vamos hijo..., esto pasa siempre que perdemos un ser querido, pero ya verás como el tiempo lo cura todo. Ahora te ves en un pozo que parece no tener fondo; del que, si sigues mi consejo, no te costará tanto salir: ahí tienes a tu hijo que es el más preciado de los regalos que Laura te dejó. Haz que ella, desde el cielo, se sienta orgullosa de haber podido amar al más bueno de los hombres; y verá que su hijo también está en las mejores manos que ella podía soñar, en las de su padre”. Y Álvaro, mucho más sosegado, dio las gracias al padre Mateo por sus palabras; y le prometió seguir sus consejos. Aunque su Dios tendría que esperar algo más, todavía no lo perdonaba del todo.



Cada semana durante muchos años Álvaro siguió llevando flores frescas a la tumba de su amada. Allí hablaba con ella y recordaba los momentos que pasaron juntos; otras veces le hablaba de los progresos de su hijo y de lo orgullosa que se hubiera sentido con

él. Humilde consuelo para un hombre enamorado,
que sólo podía alimentar sus sueños al borde de una
triste tumba vacía.

CAPÍTULO XX

Volvamos al principio de esta historia, cuando Álvaro, en la soledad de su habitación recuerda sus vivencias (Comenzaba a caer la tarde..., Luisa gritando por el pasillo: ¡señor!, ¡señor!, ¡ya están aquí ...!). Ahora, sin embargo, los que llegaban eran su hijo Eduardo, su nuera y su nieta Laurita de dos años, que era la locura de su abuelo. La cara le cambió, cuando los vio llegar: su nieta corría a sus brazos y él orgulloso y feliz salía a su encuentro; la abrazaba y la besaba con ternura, y Laurita correspondía a su abuelito Álvaro con el mismo cariño. La niña había heredado los mismos ojos de su padre y los mismos rasgos de la cara de su abuela Laura: aquellos tan azules como un cielo sin nubes en un amanecer de primavera. Álvaro era feliz, y en aquellos momentos recordaba a su querida Laura, y en lo dichosa que ella se hubiera sentido con su familia.

—¿Cuántos días vais a estar? —preguntó Álvaro, interesado en que la presencia de los recién llegados fuera lo más larga posible. “Yo me marchó mañana porque tengo guardia en urgencias”, comentó su hijo contrariado. —Dichoso trabajo —susurró Álvaro entre dientes. “Pero no te preocupes, Marisa y la niña se quedan contigo. Yo vuelvo el próximo fin de semana, y así ellas disfrutan del campo y tú de tu princesa”.

Álvaro se puso muy contento, porque tendría toda la semana para estar con su adorada nieta. “Papá, ¿mañana vas a ir a la tumba de mamá?” —Sí, porque estos días hace veinticinco años que nos dejó, y quiero llevarle el ramo más bonito que tengan en la floristería —contestó Álvaro emocionado, y abrumado por los recuerdos. “Está bien. Iremos juntos, porque me queda de camino”, dijo Eduardo, su hijo, encantado de acompañarlo a visitar de nuevo la tumba de su madre, y renovar una vez más su recuerdo después de tantos años —Gracias hijo mío, por compartir conmigo estos momentos tan difíciles —dijo su padre emocionado.

Y mientras tanto, muy lejos de allí, en el orfanato El amor de Dios, Ana Castro (como sabemos, actualmente nombre ficticio de Laura) preocupada por sus clases fue a buscar a alguien para que pudiera sustituirla durante su salida a la clínica; y, sin pensarlo mucho, se dio cuenta enseguida quien podía hacerle ese favor.

–Hermana Sofía, ¿puede usted mañana hacerse cargo de mi clase de música? –dijo Ana pidiéndole a su buena amiga aquel pequeño favor que necesitaba. “Usted sabe mejor que yo que a mí no se me da muy bien, querida Ana”, respondió la hermana un tanto preocupada, ante sus no muy abundantes conocimientos en la materia. –No se preocupe tóqueles el piano, que les gusta mucho y ellos la seguirán; son buenos chicos –añadió Ana tratando con ello de tranquilizar a la hermana Sofía. “Para usted querida amiga no hay niños malos”, concluyó la monjita con una amplia sonrisa.

–Es que mañana tengo que ir a la clínica de San Gabriel a hacerme la revisión de siempre –comentó Ana, tratando de justificar su ausencia en la clase de

música. –Este dichoso corazón –añadió– está viejo y cansado hermana. “No se queje tanto amiga. Usted es más fuerte de lo que cree”, replicó la hermana Sofía, tratando de quitar importancia a la queja de Ana. –Si usted supiera lo que ha sufrido este corazoncito..., mi pasado ha sido muy doloroso, como para que no se resienta; pero bueno..., ya veremos cuantas broncas me hecha el doctor Ramajo. “Si quiere, puede ir alguna hermana con usted”, concluyó atentamente Sofía. –No hace falta..., muchas gracias. El doctor es como de la familia: son ya bastantes años los que él me lleva tratando –respondió Ana agradecida. “Está bien”, dijo la hermana. “Vaya tranquila, que yo me haré cargo de sus niños.” –Muchas gracias hermana Sofía –concluyó Laura satisfecha.

Al día siguiente, Ana fue hasta la clínica para su revisión. La recibió el doctor Ramajo con esa afabilidad que el siempre tenía. “¿Qué tal está mi buena amiga? Ya sabe que este corazón está cada vez más cansado...”, dijo el doctor, saludando a ésta y censurando a la vez su estado de salud.

Laura se pasó casi toda la mañana sometida a todo tipo de pruebas. Y al terminar, el doctor volvió a recordarle que trabajaba demasiado, que eso no era bueno para ella, que ya había hecho bastante por aquellos niños del orfanato; y que ahora debía tomarse unas merecidas vacaciones. Ella siempre le contestaba que para sufrir menos era mejor tener la mente ocupada, y que esa era la mejor medicina. “Cuídese Ana (Laura) y hágame caso o tendré que ir personalmente a hablar con la directora”, insistió de nuevo el doctor. Y Ana le correspondió asegurándole que, en lo sucesivo, se portaría bien.

“¿Nunca ha pensado en cambiar de vida, salir del orfanato y ejercer de maestra en un colegio en el que, después de salir de clase, pueda volver a su casa; y no estar trabajando las veinticuatro horas del día, como viene haciendo desde hace muchos años? Perdona que insista tanto, pero es que ha de cuidar su corazón trabajando menos, si no quiere tener algún día un problema serio”, le dijo el doctor finalmente; y recriminándole una vez más su actitud pasiva ante el posible agravamiento del problema a

lo largo del tiempo. –No se preocupe, doctor Ramajo; usted es el mejor amigo que tengo y también es el único que conoce mi pasado –añadió Ana (Laura), tratando de mostrar su agradecimiento al doctor, por sus palabras.

El doctor, no obstante, continuó con el tema del quehacer diario de ella en el convento: “Estando tanto tiempo en el convento... ¿no sintió ganas de consagrarse monja? –¡Ni hablar! –contestó Ana espontánea y rotundamente– Siento que mi fe se quedó donde dejé mi pasado; todavía no consigo recuperarla, y no sé si algún día pueda hacerlo. Nunca hice mal a nadie a sabiendas y he procurado darme siempre a los demás para, sobre todo, poder sentirme viva... –y tras estas palabras enmudeció repentinamente, como si más detalles de su pasado no merecieran ser recordados. “¡Es admirable! La admiro querida Laura”, respondió el doctor conmovido. – ¡Chis...! Que hasta las paredes oyen –dijo ella, imponiendo silencio– Me marcho doctor. Gracias por haber sido siempre un buen amigo, nos veremos pronto –concluyó finalmente Ana mientras salía de

prisa de la consulta. “Cuídese”, le dijo el doctor, tendiéndole la mano. “Y ya sabe... unas buenas vacaciones le vendrán bien”, concluyó éste, cuando ella ya prácticamente había abandonado la consulta.

Tras la salida de Ana, y a través del megáfono de la clínica se oyó la siguiente llamada: “Doctor de la Vega, acuda a urgencias”. Ana se quedó perpleja, y al momento volvió a oír: “Doctor de la Vega acuda a urgencias.” Aquel apellido lo tenía grabado en el corazón. ¡Llevaba tanto tiempo sin oírlo...! Que resultó ser como una música celestial para sus oídos. Era el apellido de su amado Álvaro. Y una temblorosa lágrima asomó a sus ojos cansados, mezclándose, a la vez, su alegría con un rictus de tristeza y añoranza de un pasado ya demasiado lejano. Pero desechó la idea de ponerse a recordar de nuevo tanto dolor sobre su corazón cansado. Salió a la calle pero seguía con el nombre en la cabeza, “doctor de la Vega, de la Vega...” Y tan metida estaba en estos pensamientos, que no vio venir un coche... En un segundo Ana voló por encima del capó de éste, yéndose a estrellar tres o cuatro metros más adelante. Y alguien comenzó a

gritar: “¡Por favor llamen a una ambulancia o a algún médico! ¡Esta señora está casi muerta!, está perdiendo mucha sangre. ¡Dios mío!”, gritaban unas ancianas que lo habían visto todo. “Ella se puso a pasar en rojo, parecía ausente, y al parecer, salía de la clínica de San Gabriel”, repetían una y otra vez aquellas asustadas señoras. “¡Llamar a los de la clínica que la lleven pronto; está sin conocimiento!”, clamaba otro de los transeúntes que también pasaba casualmente por allí en aquellos momentos. Alguien fue a llamar a la clínica y enseguida trajeron una camilla. Y Ana, inconsciente, entró de nuevo en la clínica de la que terminaba de salir; pero esta vez se debatía entre la vida y la muerte. Todo eran prisas. Médicos y enfermeras corrían por salvarle la vida. Y la llevaron al quirófano directamente, ya que necesitaba una intervención urgente.

Después de varias horas salía del quirófano para las salas de cuidados intensivos. Su estado era crítico y tendrían que ponerle sangre. De momento la habían operado de lo más urgente, pero tendrían que esperar a que se recuperara un poco para volverla a

operar de nuevo. Ahora necesitaban sangre, pero el grupo de Ana era de los más complejos, era AB, y no tenían toda la que ella necesitaba. Pidieron voluntarios que tuvieran su mismo grupo. –Yo tengo su mismo grupo –dijo el doctor que la había operado– Daré mi sangre, porque es la única forma de que esta mujer se salve. Y... ¡No podemos esperar demasiado tiempo! –concluyó éste con rotundidad. “Pero doctor usted no puede...”, dijo alguien del equipo. –Sí, tenemos un par de horas de margen, así que aprovechémoslo –aconsejó éste con determinación. Las enfermeras no salían de su asombro, era la primera vez que veían a un médico salvar la vida de su paciente con su propia sangre.

A pesar de todo lo que los médicos hicieron, Ana seguía sin recobrar el conocimiento, estaba en coma y nadie sabía lo que, más o menos, tardaría en despertar –Esta señora tendrá familia; supongo habrá que avisarles –dijo el médico a las enfermeras. “No se sabe nada de ella”, respondió Virginia bastante preocupada –Pues vete a recepción, por si tenía algunas pertenencias..., un bolso..., qué se yo. –Algo llevaría,

creo yo –añadió el médico finalmente. “Voy enseñada”, dijo Virginia. Y efectivamente, en la recepción había un bolso; y alguien anónimo afirmó que era de la señora atropellada. “Mira a ver si hay alguna dirección para poder avisar a su familia”, dijo Virginia a la recepcionista. “Tiene el DNI, se llama Ana Castro, y vive en el orfanato que está aquí cerca, el del Amor de Dios. Tiene algo más en la cartera..., es una foto antigua, ésta será ella. Virginia se quedó blanca, al ver la foto; y salió corriendo a enseñársela al doctor, dejando con la boca abierta a la recepcionista que sólo acertó a balbucear estas palabras: “¿Pero qué le pasa a ésta?” Virginia entró en el despacho del doctor de la Vega sofocada y casi sin aliento “Eduardo mira esta foto. ¿Tú qué ves?”, dijo ella con cara de circunstancias. Eduardo tuvo que sentarse..., no entendía por qué esa mujer tenía esa foto, ¿quién era esa mujer? No salía de su asombro.

–¿Por qué esta foto está en manos de una desconocida? –repetía constantemente, mientras la miraba. “Yo creo que éste se parece a tu padre...”, dijo Virginia, que no salía de su asombro. –Es la misma foto

que mi padre tiene en su despacho, y a la que tanto venera. Nadie puede tocarla, es sagrada para él. ¡Son mi padre y mi madre! –Exclamó Eduardo emocionado. Y en ese momento, un terrible escalofrío recorrió todo su cuerpo. “¿Quién era esa mujer que tenía esa foto exactamente igual que otra que tenía su padre?”, pensaba aturdido. Fue a la habitación donde Ana seguía sedada, se acercó y la miró detenidamente. Entonces se dio cuenta por fin de que bien podría ser la misma persona de la foto, aunque el paso del tiempo se notara en su rostro. Los rasgos naturales le hacían sospechar que bien pudiera tratarse de la misma persona. “Entonces... ¡ésta es mi madre, y la tal Ana es Laura!”, exclamó en un grito ahogado, y rompió a llorar como un niño. Y aunque consiguió, no sin grandes esfuerzos, guardar la compostura; no obstante, estaba nervioso y no sabía qué hacer. Tenía tantas preguntas..., y sin respuesta. Si esta mujer moría, nunca conocerían el misterio de su aparición después de veinticinco años, y qué la llevó a desaparecer de sus vidas. Eduardo se preguntó de nuevo: “Si ésta es Laura... ¿Quién está enterrada en la tumba de Santa Elena?” Perplejo por todo lo que

estaba ocurriendo llamó a su enfermera: –Virginia voy a salir un momento... “y... ¿dónde vas?”, preguntó ella recelosa. –Me acercaré hasta el orfanato para hablar con la madre superiora, y a ver si puedo averiguar algo más sobre esta señora. Y, ya de paso, aprovecharé para darles la desagradable noticia de lo ocurrido –concluyó, mientras salía precipitadamente.

Eduardo, aún nervioso por lo ocurrido con la foto, llegó al orfanato; llamó repetidas veces, y seguidamente apareció una joven monja, quizá novicia, que amablemente dijo: “¿Qué desea el señor?” –¿Está la madre superiora? –contestó él con cierta premura. “Si señor, pero perdone ¿cómo se llama usted para que le anuncie?”, preguntó ella con bastante timidez. –De la Vega, doctor Eduardo de la Vega –respondió él atentamente, tratando de tranquilizar a la joven novicia. “Pase y espere un momento, por favor, que enseguida viene”, contestó ella respetuosamente, tratando también de agradar al joven doctor.

Eduardo no se sentó, estaba muy nervioso; y se puso a pasear de un lado a otro. Pasados unos minutos la madre superiora hizo su aparición. “Buenas

tardes, doctor de la Vega, ¿en qué puedo servirle?”, preguntó con cierto interés la anciana religiosa. –En primer lugar, ¿la señora Ana Castro vive aquí? –preguntó él con cierta premura. “Sí señor, y bien preocupadas que nos tiene a todas. Salió esta mañana al médico y no ha vuelto” –Siento tener que ser portador de malas noticias –dijo Eduardo con cierta cara de preocupación. “¡Dios mío!, ¿le ha ocurrido algo a Ana?” –Sí madre, cuando salía de la clínica la arrolló un coche –le comentó él, ciertamente nervioso. “¡Jesús bendito!, y... ¿qué tal está?, dígame lo que sea”, contestó ella alarmada. –Por ahora está estable, pero todavía no recuperó el conocimiento, y así puede estar horas o días. Lo siento madre –concluyó Eduardo preocupado. “¡Pobre Ana...!”, añadió la madre superiora, dejando entrever que su pasado tampoco había sido feliz.

–¿Ha tenido más problemas? –preguntó Eduardo inquieto. “Todos los problemas... Parece que vino a este mundo a sufrir, pero su pasado sólo ella lo puede contar, yo no estoy autorizada para hacerlo”, respondió la madre superiora con una cierta aureola

de misterio. Eduardo tenía ganas de saber más, pero la madre ya le había dicho todo lo que ella podía. “¿Por qué callaba la monja, y que misterio encerraba esa mujer que se debatía entre la vida y la muerte en la habitación de su clínica?”, pensaba inquieto Eduardo. “Mandaré a dos hermanas para que estén con ella, aquí la queremos mucho, es una mujer admirable. Seguro que se pondrá bien, porque es muy luchadora, y tiene una gran capacidad de superación; ya lo ha demostrado aquí muchas veces. Y su entrega por los demás no tiene límites. Es capaz de estar todo el día con sus niños, como ella los llama; y de noche, si la necesitan, allí está ella siempre dispuesta para lo que haga falta. Dice que el trabajo le ayuda a no pensar en cosas que le hacen daño. Por todo ello, trabaja, estudia y hace lo que sea; nunca esta ociosa”, informó detalladamente al doctor la madre superiora.

—¡Caramba, qué mujer! —exclamó Eduardo totalmente entusiasmado. “¡Excepcional!, esa es la palabra que mejor la define”, sentenció la monja. —¿Lleva muchos años con ustedes? —preguntó él, aprove-

chando la buena disposición de la monja, al hablar sobre Ana. “Por lo menos veinticinco años”, respondió la madre, sin la menor sombra de duda en sus palabras.

Eduardo ató cabos y llegó a la evidente conclusión de que bien podría ser Laura. —Creo que volveremos a vernos —dijo finalmente, mientras se despedía de su amable interlocutora. “Cuando usted quiera doctor de la Vega”, respondió la madre con una amplia sonrisa. Eduardo salió, no obstante, un poco contrariado, por no haber podido sacar algo más de información a la superiora.

Cuando llegó a la clínica, pregunto a Virginia qué tal seguía la señora del accidente. “Está igual, parece haberse estancado”, contestó ella con alguna duda sobre el estado actual de Ana. —Si no se ha puesto peor vamos bien —sentenció él, aparentando cierta tranquilidad.

—Voy a llamar a Marisa, mi mujer, y se lo cuento todo a ver si ella puede ayudarme a decírselo a mi padre. —dijo Eduardo ante tantas dudas sobre la ver-

dadera personalidad de Ana. “Ve, y ya verás como ella te ayudará”, añadió Virginia, tratando de echarle una mano.

–Estoy asustado y perdido, voy un momento a su habitación –decidió finalmente, dirigiéndose a Virginia. Entró, y mirándola con ternura se preguntaba: “¿Por qué me despierta estos sentimientos esta mujer? Ana, Laura... “¿Quién eres? Despierta, abre los ojos”, pensaba suplicante. Él sabía que así podía permanecer mucho tiempo; pero estaba dispuesto a salvarla fuera o no su madre. Pensó de nuevo en la coincidencia del grupo sanguíneo, podía ser otra casualidad; pero ya eran demasiadas casualidades. Volvió a pensar en la tumba a la que su padre durante veinticinco años había llevado flores. “Quién había hecho eso a su padre; quién estaba detrás de estos hechos tan monstruosos y qué beneficios había sacado de ellos?”, se preguntaba una y otra vez. Eduardo se encontraba en una encrucijada de la que no sabía cómo salir. “Llamaré a Marisa para ver si ella, cuando se lo cuente puede ayudarme”, decidió al final tratando de buscar una salida a su interés por

conocer el pasado de aquella mujer, que bien pudiera ser su madre. En fin... que la incógnita seguiría, hasta que Álvaro pudiera despejarla; y esto se produciría evidentemente muy pronto, ya que lógicamente éste, contando con la valiosa información que ya había acumulado sobre la cuestión relacionada con Ana, llamaría rápidamente a la Zarzalera para informar a su padre sobre la personalidad de su misteriosa paciente.

CAPÍTULO XXI

En la Zarzalera sonó el teléfono, y Luisa lo cogió: “¿diga...?”, –Soy Eduardo. ¿Está la señora? –preguntó éste con cierta premura. “¡Ah hola!, señorito!”, contestó ella. “Sí está con la niña. Ahora mismo la llamo”. Pasados unos segundos, por fin... “¡Hola cariño!, ¿ocurre algo?”, contestó Marisa con cierto desasosiego –No te preocupes, que no ocurre nada; pero tengo que contarte algo muy fuerte, –dijo él, entrando de lleno en el asunto. “Me estás asustando. ¡Habla de una vez!, ¡Por Dios!” –¿Sabes si está mi padre por ahí? “No está, salió a dar un paseo. Me estás poniendo muy nerviosa con tanto misterio”, se quejó ella, cansada de tanto rodeo. –¡Más estoy yo! –añadió él, ya bastante alterado. “Pero... ¿te ha pasado algo grave?”, volvió a insistir ella harta ya de tanto misterio y al borde de un ataque de ansiedad –No, no. Es algo insólito. “¡Me tienes en ascuas! Habla de

una vez, ¡por Dios!”, suplicó nerviosa y ya bastante irritada con “el dichoso rollito” de su marido.

–Tenemos en la clínica una señora que ha tenido un accidente de coche; y en su bolso, ¿sabes lo que llevaba?... “¡No!”, dijo Marisa cada vez más nerviosa ya que su marido parecía estar jugando a las adivinanzas. “Dime ya lo que sea..., ¡por favor, Eduardo!, que me va a dar un ataque...

–Se trata nada más, y nada menos que de una foto igual a la que mi padre tiene en su despacho –aclaró por fin el pelmazo de su marido. “¿Cómo puede ser eso posible?, y ¿quién demonios puede ser ella para tener esa foto?” –Pero eso no es todo: esta señora tiene el mismo grupo sanguíneo que yo, y mira que eso es difícil... –afirmó Eduardo totalmente seguro de sus palabras. “Supongo que no estarás pensando que es tu madre..., porque ella murió hace veinticinco años”.

–No sé..., todo esto me está superando. –añadió él bastante preocupado– Seguro que si mi padre la viera la reconocería, o por lo menos nos diría si era o no

era ella –concluyó finalmente, tratando de encontrar alguna solución. “Pero... y ¿cómo lo hacemos? No podemos crearle a él falsas esperanzas”, dijo Marisa. “Y si luego no es... ¿qué va a pasar? Le haríamos mucho daño, y ya sabes tú lo mal que lo ha pasado” –Lo sé cariño, por eso te llamaba a ver si a ti se te ocurría algo; pero espera un poco –añadió Eduardo repentinamente– Creo que ya lo tengo, le diremos que no puedo ir el fin de semana a buscaros, que os traiga el en su coche y pase unos días con nosotros. Seguro que acepta –concluyó finalmente, y esperando que su plan tuviera éxito. “Cariño espero que funcione”, dijo Marisa. “Eres un sol, y por eso te quiero tanto, mañana estamos ahí sin falta, besos cariño” –Y también para ti; te quiero –concluyó el más animado.

Marisa puso en práctica el plan, y su suegro aceptó acompañarlas de buen grado. Al día siguiente salieron los tres hacia Madrid. Y mientras tanto, Eduardo los esperaba impaciente. Ahora tendría que inventar algo para llevar a su padre a la clínica. Su mujer le dio la clave para ello: quizá pudiera convencerle para que

se hiciera una revisión, aprovechando su paso por allí. Álvaro acepto, aunque de mala gana: “Tú sabes que a mí no me gustan los hospitales, pero bueno, lo haré por ti.”

—Papá, ¿qué pensarías, si vieras la foto que tú tienes con mamá en manos de otra persona? —preguntó inesperadamente Eduardo a su padre, nada más llegar al hospital. Y Álvaro, evidentemente, se quedó perplejo ante las palabras de su hijo. “¿A qué viene esto ahora, hijo? Perdona, pero no sé a dónde quieres ir a parar con esa pregunta”, respondió su padre totalmente sorprendido y un poco molesto —Papá no te enfades —interrumpió Eduardo, tratando de quitar importancia al asunto. “Solamente ella o yo podríamos tener esa foto”, añadió Álvaro. —Pero ella ahora ya no está con nosotros... —susurró Eduardo.

—Y si yo te dijera qué en este hospital hay una foto igual a la de tu despacho... ¿qué dirías? —añadió inesperadamente Eduardo, dejando a su padre totalmente sorprendido. “¡Por favor!, con esas cosas no juegues Eduardo”, dijo Álvaro algo confuso tras las palabras de su hijo.

—Papá ven, que quiero mostrarte algo —Añadió Eduardo de forma inesperada. Sabía qué, si esa señora era su madre y si su padre la reconocía, el golpe iba a ser brutal. Por eso, pidió a Virginia que los acompañara a la habitación de Ana. Tenía miedo ante el fuerte impacto emocional que pudiera sufrir su padre. Álvaro, mientras tanto, no salía de su asombro: ¿por qué su hijo le llevaba a la habitación de una persona a la que él no conocía? De repente lo comprendió todo, cuando Eduardo le dijo: “¿Conoces a esta señora...? Álvaro se quedó blanco y completamente aturdido. No conseguía articular palabra. Eduardo agarró fuertemente a su padre que se tambaleaba; lloraba y no podía hablar. Y Casi sin voz, acertó a exclamar: “¡Laura, Laura!” Eduardo ya no pudo contener las lágrimas. Álvaro se soltó de su hijo y fue hacia la cama, no podía creerlo su Laura estaba allí. “¡Dios mío!”, exclamó Álvaro, “gracias por traerla de nuevo conmigo”. La agarró de la mano, y ya no tuvo dudas: en su dedo llevaba la sortija que, veinticinco años antes, él le regaló. La besaba y repetía su nombre con tanto amor..., que parecía que los años no hubieran pasado para ellos. Y Su hijo no habría

podido creer nunca que tan emocionante reencuentro pudiera producirse.

Lo que estaba sucediendo era como un milagro; y su madre era esa mujer a la que él había dado su sangre. “¿Quién ha hecho que todas estas casualidades se hayan juntado el mismo día para que todas las piezas de ese puzle desafortunado en la vida de mis padres hayan vuelto a confluir en un mismo lugar, y encajado a la perfección?”. Después de reflexionar unos minutos, y con sus ojos anegados por el llanto, Eduardo sintió que su corazón estallaba en un inmenso grito de acción de gracias a ese Ser que todo lo puede: “¡Gracias Dios mío!” Exclamó totalmente emocionado.

Álvaro ya no se separó de la cama de Laura ni un momento. La miraba y le pedía a ese Dios, del que tantas veces había renegado, que no se la volviera a quitar. “¡Sálvala, Dios mío, para que podamos ser felices de nuevo!” “Qué tranquila está..., parece que donde ella se encuentra, es todo sosiego. Vuelve mi pequeña Laura, tú no puedes estar así. Te espera toda esa felicidad que nos ha sido robada durante

tantos años. ¡Vuelve, mi amor!” La besaba y le acariciaba las manos pidiéndole que se despertara...

Su hijo tuvo que salir de la habitación, porque no podía soportar el sufrimiento de su padre. “Y si no despierta..., pobre papá”, pensaba tremendamente preocupado. Fue por fin al teléfono, y le contó a su mujer que ahora ya no había dudas: sabían que esa mujer era Laura; pero que tendrían que esperar a que se despertara para saber cómo reaccionaría ella. ¿Por qué desapareció de sus vidas? y ¿por qué no volvió nunca a buscarlos? Muchas incógnitas que nadie podría resolver, si ella no despertaba.

Mientras tanto Álvaro la seguía mirando con desesperación. Quería verla despierta; y quería transmitirle todo ese amor guardado en su corazón solo para ella. Inesperadamente, notó en su mano una leve presión por parte de ésta. “¿Acaso Laura notaba su presencia?”, pensaba inquieto. Esperó algún otro movimiento, mientras la cogía de la mano. Por su cabeza pasaron imágenes de los mejores momentos vividos juntos: el día que la conoció, su primer beso; la inocencia de ella, la primera vez que estuvieron

juntos; el día que su amigo Roberto les dijo que iban a ser padres; el pueblito pesquero donde Laura “se peleaba” con los mariscos... En esos momentos esbozó una sonrisa, al recordar ese día, y otros vividos en tan poco tiempo, y a la vez tan intensos”. “¿Qué habrá sido de su vida durante tantos años?; ¿sentirá lo mismo que yo siento?; ¿me habrá olvidado? O quizá tenga a otra persona a la que quiere como me quería a mí. ¡Dios mío, eso no!, porque no podría soportarlo. Ella tiene que ser para mí; y si no, ¿por qué la vuelves a poner en mi camino? ¡Dios mío! Ayúdame. No puedes fallarme otra vez, porque yo sé que esta vez estás de mi parte”, concluyó rogándole a su Dios que no le abandonara de nuevo.

En ese momento Laura se movió. Se agitaba nerviosa, y pronunció alguna frase inconexa que Álvaro no entendió. Sólo cuando dijo: “Álvaro, lo siento” Lo seguía llamando y lloraba afligida: “Nuestro hijito...”, decía como entresueños. “No, no... el no puede estar muerto, yo le quería tanto... Álvaro lo siento..., no ¡mi niño! Quiero ver a mi hijito... no, no”. Laura se debatía sin consuelo, cuando en aquellos momentos tan

difíciles el pasado afloraba a sus recuerdos. Estaba entre la realidad y la ensoñación. Era evidente que, en aquellas circunstancias tan penosas de su atormentado y lento despertar, afloraba a su mente uno de los momentos más tristes de su pasado: estaba sufriendo con el recuerdo de la pérdida de su hijo.

Álvaro no salía de su asombro, Laura pensaba que su hijo había muerto. “Pero... ¿por qué decía esto?”, pensaba acongojado. No comprendía esta reacción de ella. De repente ella abrió los ojos y, todavía con ellos inundados por el llanto, pudo balbucear algunas palabras: “¡Álvaro!, ¡mi dulce Álvaro!, ¿estás aquí cariño? ¿No es un sueño?”; y Álvaro la abrazó llorando como un niño. No salía de su asombro, Laura había despertado y él, loco de contento, no podía articular palabra alguna. La miraba, la besaba y lloraba de alegría; pero seguía sin poder decir nada: la emoción lo ahogaba. Finalmente, y a duras penas, logró articular algunas palabras:

—¡Mi pequeña, has vuelto a mi lado!, y esto... no es un sueño. Ahora será para siempre —susurró él a su oído, tremendamente emocionado. Se fundieron en

un largo abrazo y, llorando como niños, permanecieron abrazados durante largo rato, tras la alegría de haberse vuelto a encontrar después de tantos años. Se separaron y se miraron; los dos sintieron que su amor seguía estando intacto, tan fresco como la última vez que estuvieron juntos. Es como si el tiempo se hubiera parado y todo hubiera sido una terrible pesadilla.

Laura ahora, más recuperada de la primera emoción, le dijo a Álvaro: “Siento decirte que nuestro hijo murió. No he dejado de llorar su muerte ni un solo día, solo pensando en ti y en lo feliz que te hubiera hecho tener ese hijo”. Álvaro lloraba emocionado, era casi incapaz de contestar a Laura ahogado por las lágrimas. Pero aún tuvo el valor y las fuerzas suficientes para, al oír hablar así a Laura, levantarse y dirigirse hacia la puerta, abrumado por tantas emociones:

–Salgo un momento para decirle al doctor que ya has despertado. Se va a poner loco de contento; enseguida vuelvo –acertó a decir fatigado por tantas emociones. “No quiero que te separes de mi ni un

momento”, respondió ella, abatida por el llanto. —No, mi amor —dijo el emocionado; la besó y salió de la habitación.

Laura se sentía la mujer más feliz del mundo: había vuelto a encontrar a su Álvaro, aunque en su rostro se reflejó, por un momento, una sombra de tristeza: faltaba su hijo para que su dicha fuera completa. En ese momento, se abrió la puerta y Álvaro no venía solo: un joven y apuesto doctor venía con él. Álvaro se adelantó y se sentó cerca de Laura, quería protegerla: ella estaba a punto de conocer a su hijo y eso en su estado podía ser peligroso. —Este doctor es el que te dio su sangre para que tú pudieras ponerte bien —dijo Álvaro, mientras presentaba al recién llegado. “¡Gracias doctor!”, añadió ella con una amplia sonrisa de gratitud. “¡Gracias un millón de veces por su espléndido trabajo! Porque no sólo me ha devuelto la vida, sino que ha hecho posible que la pueda vivir al lado del hombre que más he amado”. “¡Gracias de nuevo!”, repitió una vez más.

—¿Sólo le queda amor para este hombre? ¿Es que no hay más hombres en su vida a los que usted pue-

da amar? –preguntó Eduardo de forma incomprensible e inesperada para ella. “Doctor no le entiendo”, dijo Laura un tanto confundida. Álvaro ya no pudo más y le dijo a Laura: “¿Sabes quién es este doctor? “No”, dijo ella. “Pues es don Eduardo de la Vega..., nuestro hijo. Laura sufrió un mareo. Por fin, y minutos después, se recupero de nuevo; y con una mirada incrédula, repetía una y otra vez como ausente: “No puede ser” “No puede ser.”

–Si, mi amor, te engañaron; ya que, al parecer, mi madre te hizo creer que nuestro hijo había muerto para que tú, sintiéndote culpable de su muerte, no me buscaras jamás –dijo Álvaro con un gesto de amargura en su rostro. “¡Dios mío! Ella, siempre ella...” exclamó Laura entre lágrimas. –Y todo este tiempo nuestro hijo estuvo a mi lado –concluyó Álvaro apesadumbrado. Laura estuvo a punto de tener otro desvanecimiento: eran demasiadas emociones. Y una vez más rompió a llorar de alegría; abrazó a su hijo y lo besó una y otra vez. Ahora sí era consciente de lo que estaba viviendo.

—Mamá ¡Cuánto has tardado, y cuánto te he echado de menos! —repetía Eduardo una y otra vez. Se abrazaban varias veces; y Álvaro observándolos, sentía que Dios estaba con ellos devolviéndoles una felicidad de la que tanto tiempo les había privado. Álvaro seguía contemplando aquella imagen de Laura abrazada a su hijo; y pensó que si habían sufrido tanto hasta tener este hermoso momento, bien merecida tenían ahora tanta alegría.

Eduardo, por fin, le sacó de su ensimismamiento —Papá, ¿no nos oyes? Te estamos llamando... —¡Ah!, estaba pensando en que tengo que salir un momento del hospital —dijo él saliendo de aquella especie de ensoñación. “No”, contestó Laura. “Acabamos de encontrarnos y... ¿ya me quieres dejar? ¿Qué clase de amor es el tuyo?”, bromeó Laura, a pesar de que no se encontraba muy bien —No pequeña, no te quiero dejar, es que tengo una sorpresa para ti —contestó él con cara de misterio. “¿Qué es?” —Si te lo digo, ya dejará de ser una sorpresa —sentenció él con una sonrisa. Le dio un beso, y se dirigió rápidamente

hacia la puerta de salida –Enseguida vuelvo, mi amor –añadió despidiéndose.

Eduardo observaba perplejo la actitud de sus padres: “Con aquellas muestras de amor, después de tantos años sin verse... parecía, realmente, que no se habían separado nunca. ¡Hasta qué punto habían conservado sus recuerdos!”, pensaba atónito. Para él aquello parecía increíble; pero, de todas formas, y esto era lo más importante, el ver en los ojos de sus padres miradas llenas de amor le hacía inmensamente feliz. Ahora entendía la dedicación de su padre a su recuerdo; y aunque la hubiera creído muerta, no dejó, sin embargo, de amarla ni un momento. Por eso su amor permaneció intacto, como si estuviera esperando encontrarse con ella de nuevo.

Cuando Álvaro salió de la habitación, Laura se sintió mal y Eduardo se preocupó. –¿Qué te pasa mamá? –preguntó su hijo preocupado. “Me mareo, pero no te asustes”, dijo ella conciliadora. –Has hecho mucho esfuerzo en tu estado. Tantas emociones no son buenas para tu corazón cansado –dijo Eduardo, tratando de tranquilizar a su madre... –y tras estas

palabras no dejaba de observarla, tratando de analizar sus reacciones ante cualquier estímulo emocional procedente de su entorno. “¡Huy!, ya me decía mi buen amigo el doctor Ramajo que las emociones no eran buenas para el corazón”, comentó ella convencida de que lo que le aconsejaba su hijo era lo más correcto en aquellos momentos.

—¿El doctor Ramajo es tu médico? —dijo Eduardo sorprendido. “Sí hijo, desde hace la friolera de veinte años”, contestó ella orgullosa. —¿Sabes que también es amigo mío?— “¿De verdad?” —Sí mamá. “Pues seguro que el pobre no sabe que estoy aquí. El día del accidente yo terminaba de salir de su consulta”, añadió Laura un poco emocionada. —Iré a su despacho y te lo traeré dentro de unas horas para que te revise de nuevo —comentó él tratando de complacer un poco a su madre—. Y parece que debido a esa consulta, el destino te trajo aquí —añadió, dando gracias a la diosa Fortuna; aunque ésta hubiera utilizado métodos poco afortunados.

—Te daré algo para que duermas un buen rato y descanses... “Está bien hijo, pero no le digas nada a

papá, no quiero que se preocupe” –Mamá tuviste un accidente y no puedes hablar tanto. Tienes que estar tranquila para que pronto puedas abandonar la clínica. “Está bien doctor de la Vega. ¡Huy... qué bien suena! ¡Gracias hijo mío!” –Eso también suena muy bien mamá –dijo Eduardo dándole un beso en la frente. –Llamaré a Virginia para que traiga tu medicina –Concluyó finalmente, mientras abandonaba la habitación de su madre. No obstante, ella siguió con 'el rollito': “¿Estás casado?” –Sí mamá... “¿Y eres muy feliz?” –Mucho mamá... “Eso me llena de satisfacción. Y... ¿cuándo tendré el placer de conocer a esa mujer que hace tan feliz a mi pequeño?” –Mamá..., mamá. ¡Por Dios!, para ya... Estás muy débil, y por hoy no quiero que te emociones más –protestó, tratando de que ésta descansara más y hablara menos... –y tras esta reprimenda a su madre, salió de la habitación. Laura sonrió y se quedó dormida.

CAPÍTULO XXII

Cuando Laura despertó, Álvaro estaba a su lado cogiéndole la mano. Ella lo miró con ternura y él la besó. “He dormido mucho”, dijo ella, aún un poco adormilada. –Sí, eres una dormilona, pero yo estuve velando tus sueños, mi amor... –afirmó él con una sonrisa. “Mi Álvaro, qué falta me has hecho todo este tiempo y qué grises han sido estos años sin ti” –No hables ahora de eso; más adelante, cuando ya estés bien, me lo contarás todo. Quiero verte recuperada pronto y llevarte a nuestra casa de la Zarzalera, ¿te acuerdas? “¡Claro! Nunca la he olvidado” –Y lo mismo que te decía antes te lo digo ahora, todo aquello es para los dos. “¿Cómo siguen las cosas por allí?” –Todo sigue igual, ya que, durante estos años, me ha faltado ilusión para seguir adelante... –y tras estas palabras, su cara pareció iluminarse, adquiriendo una nueva aureola de felicidad recién estrenada. –Pero

cuando estemos allí de nuevo, –continuó– quiero que lo cambies todo y lo pongas a tu gusto. De esa casa no han de quedar más que las paredes y nuestros recuerdos; y que, definitivamente, salgan la pena y la tristeza, dando, para siempre, paso a la alegría. En una palabra..., quiero que su aspecto comience a parecerse al color de la vida y a la cara de una nueva ilusión para dos enamorados que, tras años de lejanos y tristes recuerdos, se reencuentran de nuevo con una felicidad perdida, que otras personas hace tanto tiempo le robaron –concluyo finalmente emocionado.

–¿Harás eso por mí Laura? “Sí lo pondré todo a mi gusto”, respondió ella ilusionada. –También nuestra casita del lago está muy abandonada. “¡Qué pena!”, añadió Laura nostálgica. “Tengo tantas ganas de verla... En ella vivimos unos bonitos momentos. Recuerdo cada rincón, y los he echado tanto de menos... Te recuerdo fumando en tu bonita pipa, esa que te regaló el lord ese inglés, ¿cómo se llamaba?” –Sir Arthur de Betford.

Ya murió, el pobre. Estuve en su funeral; y para mí aquella familia es mejor que la mía –dijo Álvaro, agradecido del buen trato que recibió siempre en aquella casa. –Algún día te llevaré para que a ti te conozcan también –añadió. “¿Tú crees que yo podré ir nada menos que hasta Inglaterra?” –Claro en avión. “¡Uf! ¡Qué miedo!” –Allí pasaremos parte de nuestra luna de miel –añadió Álvaro. “¿Me estás pidiendo matrimonio?” –¡Uf!, déjame pensarlo –contestó él con cierta cara de misterio. Laura se echó a reír: “Te he cogido fuera de juego. ¿Acaso no pensabas pedírmelo?” –Claro, faltaría más –dijo Álvaro, a la vez que llevaba su mano al bolsillo y sacaba una cajita pequeña y llamativa.

–¡Mi amor!, esto es para ti –proclamó él. Ella abrió la cajita y se llevó una gran sorpresa, cuando comprobó que era una sortija de pedida con un bonito brillante. –Señorita Laura Montesinos, ¿quiere usted casarse con este pobre viejo enamorado? –dijo Álvaro, cogiendo su mano entre las suyas y poniéndole la sortija. “Pues... déjeme que lo piense”, dijo ella bromeando. Se sentó en la cama y lo cogió por la

solapa; le atrajo hacia ella, y mirándole a los ojos le dijo: “Pero... ¿aún no sabes que casarme contigo es lo que más he deseado desde que te conocí?” Y se besaron para sellar ese momento tan dichoso para ellos. “Sólo quiero pedirte una cosa, no... dos cosas: que nos casemos en la Zarzalera y que nuestra noche de bodas la pasemos en la casita del lago”, dijo Laura radiante de felicidad –Creo que yo también te lo habría propuesto –aseguró Álvaro emocionado–. Ahora descansa, porque, si no lo haces, vendrá tu hijo y te echará una buena reprimenda.

“Álvaro, ¿tu madre vive?” –Sí. Y sabía que, seguramente, no tardarías en hacerme esa pregunta. Está muy mayor, pero sigue teniendo todas sus facultades mentales en perfecto estado. “Cuando esté bien y me hayan dado el alta, iré a visitarla”, propuso ella. –No, no quiero que pueda volver a hacerte daño –se opuso él preocupado. “No, esta vez ya no podrá. Además, yo tengo algo que decirle antes de que muera. Se lo juré cuando me separó de ti con engaños y malas artes; y aunque la perdone, eso sí tiene que oírlo de mi boca; esa será su derrota y mi victoria. No

es que quiera vengarme, porque ya sea una mujer anciana y además hayan pasado muchos años. Para ella, el solo hecho de verme y saber que estoy junto a ti y con nuestro hijo será su penitencia” –¿Cómo puedes no odiarla, después de todo el mal que te hizo? –interrumpió Álvaro intrigado. “Muy fácil. Si lo piensas bien, con ella toqué el cielo al conocerte, ¿no eres tú su hijo? Sin ella tú no estarías aquí; aunque también con ella haya descendido a lo más profundo del infierno. Tu madre es una anciana y no le queda mucho de vida, según dices; por lo tanto, ¿para qué odiarla?” Y tras lo dicho, Laura se quedó tan tranquila con este análisis, más o menos acertado, sobre su futura relación con la condesa.



Al día siguiente, bien temprano, Eduardo entró en la habitación de sus padres. –Buenos días a los mejores padres del mundo –saludó jubiloso, nada más entrar– Estaba feliz. –Papá no has ido a casa a descansar y me prometiste que lo harías –añadió, censurando la actitud de éste. “Estoy bien, no te preocupes...”, dijo Álvaro, tratando de tranquilizar un

poco a su hijo. –Mamá tengo una sorpresa para ti. ¿Estás preparada? “Si hijo, lo estoy.” Abrió la puerta y una joven, llevando de la mano a una preciosa niña, hicieron su entrada. Laura no podía sospechar que su hijo tuviera una niña tan mayor y tan bonita. Y lloró de alegría, incapaz de contener sus lágrimas. –Mamá te presento a Marisa; y ésta pequeña, como puedes suponer es tu nieta Laurita –proclamó éste orgulloso.

Las dos se acercaron hasta la cama y Laura, muy emocionada, las abrazó. “¡Qué feliz me hacéis! Sois lo mejor que tiene mi hijo. Gracias Marisa por hacerlo tan feliz y por darme esta nieta tan maravillosa”; y mientras tanto, la niña, subida en la cama de Laura, miraba a ésta desconcertada. “¿Quién será esta señora que me besa tanto?”, se preguntaría Laurita. Y Marisa, al igual que la niña, estaba embelesada mirando a Laura, y pensaba: “Está casi igual que en la foto del despacho de mi suegro. Parece un milagro..., y qué razón tenía Eduardo, cuando vio por primera vez la foto. Ahora lo comprendo.”

“¿Sabes que te llamas Laura igual que yo? Eres preciosa y tienes los mismos ojos que tu papá. Mi amor,

eres lo que me faltaba para ser tan feliz. Ahora sí tengo a toda mi familia conmigo”, dijo Laura, radiante de felicidad. “Qué agradable es estar así”, le dijo Laura a Álvaro, mientras éste miraba ensimismado a la abuela y a la nieta.



Había pasado más de un mes desde que Laura tuvo el accidente; y ya estaba preparada para marcharse a casa. Quería ir por el convento, pero como aún estaba en rehabilitación la convencieron para que se quedara unos días más en casa de su hijo; y estar así más cerca de la clínica. Además podría disfrutar más de su nieta Laurita. Álvaro, finalmente, decidió que se quedara en Madrid; aunque él debía ausentarse unos días a la Zarzalera para que se hicieran los arreglos necesarios en la habitación de Laura para su recuperación; cosa que, por otra parte, hizo poca gracia a Laura. No quería separarse de su Álvaro ni un momento.

Cuando Álvaro salió de Madrid, su primer objetivo no era sólo preparar la habitación de Laura; algo muy

importante tenía en su cabeza, y que iba a resolver antes de ir a la Zarzalera. Y esto no era ni más ni menos que el asunto de Santa Elena. Esta cuestión no quería dejarla por más tiempo sin resolver, y hasta allí se dirigió. Cuando estuvo ante la puerta del convento, recordó cada momento ante la tumba de la que él creía muerta (su Laura). Su madre se había burlado de él sin el menor escrúpulo. “¿Qué clase de monstruo era ésta, y cuánto mal encerraba en su corazón? Y... ¿cuánto dinero habría pagado a la superiora para que ésta se convirtiera en su cómplice?”, pensaba consternado. Se sentía abatido: esas dos mujeres habían jugado con él, como si de una marioneta se tratara. “¡Dios mío...! ¿¡Qué veneno ha de tener un ser que se dice humano para hacer esas cosas!?”.

Llamó con rabia a la puerta, y una hermana joven abrió. —¿Está la madre superiora? —preguntó amablemente, conteniendo su indignación. “Espere, que enseguida viene”, contestó ella amablemente. Aunque no hizo falta: en ese mismo instante la superiora salía al jardín. “¡Hola don Álvaro!”, manifestó con cierto

aire de servilismo. A éste, sin embargo, se le revolvió un poco el estómago ante semejante cinismo. “¿Qué a llevar flores a Laura?”, preguntó con un mal disimulado sarcasmo. –¡Basta ya! –gritó Álvaro, furioso tirando las flores al suelo. La superiora se quedó desencajada ante la agresiva actitud de éste. –¡Dígame!, ¿a quién he estado poniendo flores estos veinticinco años? Pero... ¡dígame toda la verdad! –concluyó iracundo. La superiora se quedó blanca y aturdida; ya su mentira había quedado al descubierto. Ahora tendría que rendir cuentas a Álvaro. Se tambaleó y dijo: “Por favor, pase a mi despacho, que enseguida le contaré yo todo lo que sucedió” –¡No, aquí y ahora! No tengo tiempo para charlas. –¿Fue mi madre la responsable de semejante atrocidad? –preguntó indignado. “Está bien fue... su madre. Ella quería, apartar a Laura de su lado, y por eso hizo que pusiéramos una tumba vacía en el jardín del convento. Sabía que vendría a buscarla, y esa era la mejor forma de que usted se conformara” –¡Dios mío, qué monstruosidad! y qué ser más perverso tengo por madre. ¿Cómo pudo hacerme sufrir de esa manera?, ¿tanto era su odio hacia mí por no hacer lo que ella quería? –se lamentaba

Álvaro desconsolado; y durante unos minutos no pudo contener sus lágrimas. “¡Cálmese, don Álvaro!”, dijo la madre superiora en un intento de agradar –¡No sea cínica!, usted fue igual de perversa que ella. Sólo espero que los días de vida que les queden a las dos sean de terribles sufrimientos... –Y tras estas palabras de condena pareció enmudecer unos instantes... –¿Qué pensará de usted ese Dios al que reza cada día? Espero que Él le dé su merecido –añadió– Volveré dentro de algún tiempo, y para entonces... quiero que esa tumba haya desaparecido. Y si no es así, tendré que denunciarla. Plante rosales en su lugar y sus flores póngaselas a la santa que da nombre a su convento. A ver si ella le perdona por lo que ha hecho... –y tras estas últimas palabras... salió camino de la Zarzalera. Pensó en su amada, y su semblante se dulcificó por momentos. Arreglaría las cosas que aún tenía pendientes en el menor tiempo posible para volver pronto con su Laura.

CAPÍTULO XXIII

El coche de Álvaro y Laura hizo por fin su entrada en la finca. Cuando llegaron a la entrada principal, Laura lloraba emocionada: todos estaban allí para recibirla. Álvaro cogió su mano para tranquilizarla; pero no pudo evitar que a sus ojos acudieran algunas lágrimas, cuando bajaban del coche. Y fue Rafaela la primera que se abrazó a ella, llorando sin consuelo.

—Querida amiga.... ¡Cuántas veces he estado tentada de llamar, aunque sólo fuera por oírte y preguntar por mi Álvaro! ¡Todo esto no puedo creerlo! —gritaba Laura jubilosa. “¡Esto es un milagro!”, exclamaba Rafaela. “Todos te creíamos...” —¡Ya...!, olvídalo; porque ahora, gracias Dios, todo será distinto —dijo Laura, tratando de tranquilizar a su amiga— Y lo único que quiero hora es que todos seáis felices como yo.

Siempre te tuve en el corazón: tú y los tuyos nos ayudasteis mucho a Álvaro y a mí. Y ya me contarás todo lo que pasó en mi ausencia –concluyó Laura, abrazada a su amiga del alma. “Puedes estar segura de que me olvidaré para siempre del pasado y de que siempre estaré a tu lado querida Laura. O... ¿tengo que llamarte señora?” –¡Ni se te ocurra! –protestó Laura, riendo divertida.

Por fin, hicieron su entrada en lo que, de ahora en adelante, sería su hogar: su casa de la Zarzalera, tantas veces recordada por ella durante tantos años. No podía creerlo. Sentía una emoción especial. Ahora ya no era la criada que cuidaba los niños; ahora sería la futura condesa. Esto le daba vértigo, y su corazón estaba a punto de estallar. “Cuántas cosas habían sucedido desde la primera vez que cruzó aquella misma puerta; y quién le hubiera dicho que ella sería la dueña y señora de esta casa”, pensaba jubilosa. Todo lo que le estaba sucediendo le parecía demasiado hermoso para ser verdad.

–¿Estás bien querida? –le pregunto Álvaro solícito. “Sí, mi amor; solamente estoy un poco cansada del

viaje”, –Agárrate a mi brazo, y así subirás mejor –le rogó afectuosamente. Laura todavía andaba con una muleta y las escaleras complicaban un poco más sus desplazamientos. Manuel se ofreció a ayudarla. “Gracias amigo”, dijo ella regalándole una sonrisa. “Parezco una anciana con este trasto”, protestó refiriéndose a la muleta. “¡Qué ganas tengo de poder prescindir de ella; pero mi hijo dice que, por lo menos, he de utilizarla otros quince días; y luego seguiré con la dichosa rehabilitación, que también se hace muy larga”, concluyó, fastidiada con aquella molestia, última secuela del accidente que sufrió. –Si haces lo que te ha dicho Eduardo pronto estarás bien; y si no es así, no podrás casarte –bromeo Álvaro, y los tres rieron esta ocurrencia. Y mientras Rafaela seguía detrás de ellos moqueteando y sonando la nariz, todo seguramente producto de las emociones vividas. “¡Deja ya de llorar, mujer!, o me volveré a marchar otra vez”, bromeó Laura volviéndose para atrás. “¡Ni Dios lo quiera!”, contestó Rafaela.

Por petición de Álvaro, la habitación de Laura sería la que había ocupado hacía muchos años, cuando

cuidaba a los niños; ya que era la más cercana a la suya. Laura también había decidido que, hasta que no estuvieran casados no dormirían juntos. Decisión esta que a él, por cierto, no le hizo ninguna gracia; pero que acepto resignadamente. Después de ayudar a Laura a instalarse, Manuel y Rafaela salieron de la habitación. Y Álvaro se quedó junto a ella un momento más, y le dijo:

—¿Te das cuenta?, volvemos al principio. En la puerta de esta habitación nos conocimos, cuando tu apresurada salida hizo que tropezaras conmigo. “Efectivamente”, dijo ella. “Y... ¿sabes una cosa?, en aquel momento me enamoré de ti”—¿Tan pronto ocurrió? —preguntó él sorprendido. “¿Y tú no?” —Lo mío no fue tan rápido..., fue más tarde. “Oye, ¿no será que quieres hacerte el insensible?” —Creo que yo aguanté hasta el día siguiente —dijo él pensativo, llevándose la mano a la cabeza, y con una tremenda guasa. “¡Mentiroso!”, protestó ella lanzándole un cojín. —He pensado, de todas formas, que como ahora aquí no duermen los niños para que yo pase a calmarlos, ¿por qué no los imitas tú alguna noche, y

paso yo a cantarte alguna nana? –bromeó él. “¡Eres un descarado! ¿Cómo se te ocurre eso? –Bueno..., también puedo hacer masajes a domicilio –añadió él, burlón “¡Vete a tu habitación, y deja de hacer el gamberro!”, contestó ella finalmente. –Vale, pero llámame si necesitas algo; ¿de acuerdo? ¿No me das un beso? “Esta... bien” –Antes de la cena te llamo. Que descanses cariño, ahora ya estás en tu casa. “Te quiero”, le dijo finalmente Laura mandándole un beso.



Van pasando los días y Laura sigue con su recuperación. Ya camina sin la muleta y, según su hijo, está perfecta. Ella ha procurado estar ya completamente bien para el día de su boda. Falta un mes y la Zarzalera es un hervidero entre albañiles, pintores, decoradores etc. Todo había sido dispuesto por Laura y Marisa para renovar toda la casa. Y Álvaro, mientras tanto, se sentía feliz viendo a su amada arriba y abajo dando órdenes a todos. Disfrutaba al ver con qué energía salía todas las mañanas y no paraba hasta la

noche, para terminar diciendo: “Estoy que no puedo con mi alma”. La casa estaba quedando preciosa.

Laura se metió en el desván y desempolvó como pudo tanto atraso acumulado aquellos años. Restauró cosas que ni el mismo Álvaro sabía que estaban allí; pero que según ella y Marisa dijeron que eran de mucho valor, y no debían estar en el cuarto de los trastos. Entre otras muchas cosas, encontró un pony de madera que le trajo a Álvaro su padre de Hamburgo, una vez que estuvo allí en una feria de muestras. A Laura le hizo mucha ilusión, porque después de restaurarlo valdría para su princesita. Seguro que a Laurita le iba a encantar. Laura quería terminar las obras cuanto antes, porque estos días viajaría con Álvaro hasta el Norte: querían visitar a la condesa y llevarle la invitación para la boda. Esta, más que nadie, tenía que saber que, por fin, su hijo se casaría con su peor enemiga.

Cuando Laura fue a casa de la condesa, Álvaro no asistió. Laura necesitaba estar a solas con ella. Le abrió la criada de siempre; pero ésta no la reconoció. —¿Está tu señora? —dijo una Laura fuerte y segura.

“Sí, ¿de parte de quién?” –Yo te sigo –dijo Laura– y verás qué contenta se pone, cuando me vea –añadió finalmente con cierto regodeo. “Es que yo tengo órdenes de no dejar pasar absolutamente a nadie sin la autorización de la señora –Vale dile qué soy Laura Montesinos. “Bueno espere aquí, por favor”, le pidió la criada. Laura simuló estar de acuerdo; pero a escondidas fue detrás de la criada. “Señora condesa, tiene visita” –¿Quién es a estas horas? –respondió la condesa. Y antes de que la chica contestara, Laura se puso delante de la puerta: “Soy yo, Laura Montesinos ¿me recuerda?”, proclamó con firmeza la recién llegada. –¿No te han enseñado modales en esos conventos? –preguntó altanera la vieja señora. “Sí, pero para algunas personas prefiero seguir siendo igual de inculta que antes”, contestó Laura, tratando de utilizar los mismos modales que aquella vieja y amargada dama. –Retírate ya a la cocina –ordenó la condesa a su criada.

–¿A qué has venido?, ¿tal vez a burlarte de una anciana? –preguntó desafiante. “No, ese no es mi estilo. He venido a traerle la invitación de mi boda

con su hijo...”, contestó Laura, con cierto sarcasmo – Sigues igual de descarada que antes –respondió la condesa con la misma altanería de siempre. “Y usted no parece haber perdido tampoco sus eternos modales de arrogancia”, concluyó su futura nuera, sin ceder un palmo en su porfía. Laura se arrepintió un poco de lo último que dijo: ella no venía a vengarse; pero si tenía que plantarle cara a aquella mujer por muy condesa que ésta fuera. “¿Recuerda cuando, hace veinticinco años, le dije que al final triunfaría el amor; y como usted se rió de mí, y me llamo ilusa? Pues ya lo ve, ahora tengo a Álvaro y a mi hijo; y usted... ¿a quién tiene? Yo se lo diré, ¡a nadie! Pienso sinceramente que, a su edad, debería ser menos prepotente”, concluyó Laura sus últimas palabras, tratando de suavizar un poco aquel enfrentamiento dialéctico.

–¿Qué quieres? –dijo la condesa en un tono más relajado –¿qué te pida perdón...?, “No quiero que se rebaje tanto, no es a mí a quien tiene que pedir perdón, es a su hijo y a su nieto, a ellos sí, son sangre de su sangre. ¿Cuánto tiempo lleva sin ver a su hijo, y

sin hablar con él? ¿Eso no le entristece? Y... ¿no echa de menos a su familia? O es que... ¿me va a decir que se lo pasa mejor con las inútiles de sus criadas, dado 'el aprecio' que le tiene a todas ellas?", concluyó Laura.

—Álvaro siempre fue mi predilecto —añadió la condesa con cierta nostalgia, y tratando de cambiar el tema de conversación. “Pues no lo demostró lo suficiente”, protestó Laura. “Algunas madres piensan que los hijos, por el mero hecho de traerlos al mundo, son de su propiedad; y no es así. Debemos procurar siempre tenerles cubiertas sus necesidades básicas, educarles correctamente y darles mucho amor, hasta que ellos se hagan mayores y se forme su personalidad. Después ellos son libres para orientar sus vidas. En algunos casos, no se comportarán como a nosotros nos gustaría..., pero eso sería una postura egoísta por nuestra parte”, finalizó Laura, orgullosa de su exposición. Y la condesa “aplaudió” diciendo:

—Buena clase, “señora profesora”. Ya se nota que hiciste la carrera de maestra —manifestó la condesa

con un mal disimulado regodeo— Pero a mí no me vengas con clases de Pedagogía, que yo ya estoy muy mayor; aunque, de todas formas, no ha estado nada mal —concluyó la dama con un oscuro sarcasmo. “No se haga la dura, señora”, dijo Laura. “Yo sé que a usted le gustaría venir a mi boda, aunque nada más fuera por ver si hago el ridículo. ¿Me equivoco?” —Tú sabes que no iré. “Tiene razón. Eso sería rebajarse mucho: hacer de madrina de su hijo. Y sobre todo que la vieran con su peor enemiga.”

Y ésta, a la que un día usted llamó pordiosera, quiere pedirle algo más: “Arrepiéntase de todo lo que ha hecho, y aligere el peso de sus culpas antes de presentarse ante el Altísimo; porque, de lo contrario, será usted la que tendrá que sufrir, no sus enemigos”. Y dando media vuelta, se fue hacia la puerta, se giró y dijo finalmente: “Aquí, encima de esta estantería le dejo la invitación, señora condesa. Y que Dios la perdone por tanto mal como hizo a su hijo, a mí y también, cómo no, a su nieto Eduardo al que privó de una infancia feliz al lado de sus padres; aunque, cerca de usted, tampoco éste hubiera sido

demasiado feliz”. Y tras esta larga reprimenda, le dejó el teléfono del hotel donde se alojaban, por si quería hablar con su hijo.

Laura salió de casa de la condesa con un sabor agridulce, su visita no fue todo lo bien que ella hubiera deseado. La condesa, a pesar de los años, seguía siendo orgullosa y prepotente. La edad no la había cambiado. Laura no vio ni un ápice de arrepentimiento en ella por todo el mal que había causado. Y finalmente, sintió compasión por Álvaro.

Cuando llegó al hotel éste no estaba. “Mejor así”, pensó ella. No quería que él notara su desilusión. Álvaro ya se lo había advertido antes de ir. “¡Qué bien la conoce!”, pensó. Se acurrucó en la cama y lloro de rabia, porque no había conseguido su propósito. “Quizá fuera mejor así”, dedujo finalmente.

Tras los días que pasaron en el Norte, Álvaro se quedó más tranquilo. Su madre lo llamó, pero no dejaron las cosas muy claras. Ella le dijo que sentía lo que había hecho; pero no pidió perdón alguno. Por

fin, Álvaro quedó liberado de dudas: “Mi madre no cambiará nunca”, dedujo finalmente.

CAPÍTULO XXIV

Definitivamente, los preparativos de la boda ya estaban tocando a su fin. La Zarzalera lucía preciosa, y Álvaro estaba encantado con la labor que Laura había hecho. No faltaba detalle, pero todavía no había visto la que sería su alcoba principal. Ese era un secreto que ella guardaba para el día de su boda, como regalo para Álvaro. Además él y Marisa habían preparado la casita del lago; y esta otra sorpresa le correspondería descubrirla a ella la noche de bodas.

Laura ya tenía listo el traje que luciría en la cena de gala que darían la noche antes de la boda; pero al de la novia todavía le faltaban algunos arreglos. Había perdido peso con tanto ajetreo. Todo el día se estaba quejando del poco tiempo que tenía para estar con su nieta, a la que adoraba. Cada día estaba más guapa; ella sería la encargada de llevar los anillos en su

boda. También las flores para adornar la capilla estaban encargadas; y el padre Mateo estaba tan nervioso como los novios. Sin duda, todo en la Zarzalera había cambiado: la tristeza había quedado desterrada, y ahora todo era alegría, porque no todo los días se celebraba una boda tan importante.



Una tarde salieron de paseo hasta el río; y Álvaro llevó a Laura a unas piedras, ahora casi ocultas por la maleza acumulada a través de los años; y donde él acostumbraba a sentarse con su buen amigo “Curro”. Aquel perro fue el mejor amigo de Álvaro durante la peor etapa de sus sufrimientos, tras la pérdida de Laura. También, cómo no, se acordaba de “Lobo”, su fiel caballo. Qué buenos ratos le hicieron pasar; y cuánto disfrutó de su compañía... Ahora él ya era feliz, pero ellos no estaban; y sintió una profunda nostalgia, al recordarlos. –¿Te acuerdas de estas piedras? –dijo Álvaro invadido por una profunda añoranza. “Sí, aquí estuviste a punto de darme el primer beso”, dijo Laura sonriendo. –Qué tiempos aquellos tan felices, ¿no crees? –añadió él, con su

mirada perdida en el horizonte de aquel rojo atardecer de primeros de Junio. “Y qué poco duró nuestra felicidad”, añadió ella, atormentada por aquellos tristes recuerdos.

—Mientras estuviste en el convento, ¿cómo era tu día a día? —preguntó él interesado. “Los primeros años... una tortura. El no tenerte a ti, y el haber perdido a mi hijo eran el mayor sufrimiento que puede tener una mujer. Lloraba y lloraba; y para mí no existía consuelo. Todos los días pedía mi muerte para librarme de tanto dolor”, dijo ella, invadida por la tristeza. Y Álvaro veía como ella sufría recordando su triste pasado. —¡Basta!, no quiero que hablemos más de aquellos momentos; esos recuerdos te hacen mucho daño —protestó él muy triste ante el sufrimiento de ella— Perdon, yo he tenido la culpa por preguntar. “No importa, algún día tenías que saberlo, y hoy es un día como otro cualquiera para contártelo”.

No obstante, y por sentir ella la necesidad de desahogarse compartiendo con él el triste devenir de aquellos años, decidieron que ella siguiera el relato

de su vida en aquella etapa tan difícil: “La directora vino un día a mi habitación y me dijo que lo mejor para no sufrir era tener la mente ocupada en alguna otra cosa. “¿En qué cosa?”, pregunté yo. –Por ejemplo en estudiar –respondió ella rotundamente. “¿Estudiar?”, dije sorprendida. “¿No cree que soy algo mayor?” –Para eso nunca es tarde –respondió ella de nuevo, y sin la menor sombra de duda.

“Me convenció, y por eso hice mi carrera de maestra; para encargarme después de aquellos niños que no tenían padres. Y a la vez, la presencia de ellos me servía para llenar el profundo vacío que había dejado en mi alma la supuesta muerte de nuestro hijo Eduardo. Y así nació mi interés por la enseñanza. Más tarde, y como me gustaba mucho la música, hice también algunos cursos de piano y de solfeo. Esa, en resumen, fue toda mi vida dentro de aquel convento”. “Y... ¿a que no sabes cuál era la pieza que más ensayaban mis alumnos, y que a ellos tanto les gustaba?” –Déjame, creo que la tengo –exclamó el jubiloso– era el Ave María de Shubert, –dijo Álvaro rápidamente, convencido de haber acertado. “Exact-

to, ¡Cómo me conoces!”, añadió ella, encantada con él por su acierto. ¡Gracias mi amor!, por recordar que esa era nuestra canción.”

“¿Sabes?, cada vez que la cantaban mis niños acudía a mis ojos cansados una lágrima solitaria, como si, en un inútil intento, quisiera hacer ocultar la imagen de unos felices y muy lejanos recuerdos”. Álvaro la abrazó, tratando de ahuyentar su pena. Y ella apoyó la cabeza sobre su pecho para sentir ese corazón que, a partir de ahora, sería su refugio.

—¿No hubo ningún otro hombre en tu vida? —le preguntó Álvaro. Y ella, sorprendida contestó rápidamente. “Sabes que eso no podía ser; porque tú eras el hombre de mi vida”, respondió ella rotundamente. —Y... ¿cuando no estaba contigo? —añadió él. “También estabas en mi corazón y con eso, al no tener otra cosa, me parecía suficiente —¿Y nunca pensaste en hacerte monja? —Continuó él con su “tierno interrogatorio”. “No podía, estaba muy decepcionada con Dios; me había quitado lo mejor de mi vida, y mi fe estaba por los suelos. O quizá Él lo quiso así, porque pensaba que algún día volveríamos de nuevo a

estar juntos”. –Creo que, si nos estaba poniendo a prueba, la hemos superado con creces –terminó él emocionado.

–¿Ya mandaste las invitaciones de la boda al convento? –preguntó Álvaro, acordándose inesperadamente, al salir a colación este tema. “Si, pero no creo que pueda venir nadie, tienen muchos niños y ahora hay una menos”, comentó ella con un cierto gesto de tristeza en su rostro. –Ya..., falta Laura, “la de las veinticuatro horas disponible” –dijo él con una sonrisa. Éste, sin que ella lo supiera, había pasado por el convento antes de abandonar Madrid, y había estado hablando con la directora por otro asunto que a Laura iba a hacerla muy feliz el día de su boda.

Faltaba menos de una semana para la boda; y ya Álvaro y Laura preparaban las maletas para su viaje de novios. Un peregrinaje de casi dos meses en el que visitarían París, donde Álvaro llevaría a Laura a ver la opera y su fabuloso palacio. También recorrerían sus famosos bulevares, sus grandes museos, y sobre todo el Louvre. Y... ¿cómo no?, darían un bonito paseo en barco por el Sena. Subirían a la torre

Eiffel, visitarían Notre Dame, y tantas otras cosas extraordinarias, con las que Laura se quedaría “con la boca abierta”. –Y eso no es todo..., luego nos iremos hasta Londres –dijo Álvaro, prometiendo claramente que “la fiesta” se alargaría– Te va a encantar. Allí visitaremos la finca de mis amigos los Bedford. Que tienen en un paraje precioso: todos son prados verdes. La campiña inglesa es muy bella; y como llueve mucho todo está muy bonito. Cuidan mucho sus bosques, y sobre todo sus jardines. Te llevaré también a ver el reloj más famoso del mundo, “el Big Ben”, que está en una preciosa torre que forma parte del parlamento. Otro día iremos al famoso Covent Garden: uno de los barrios de Londres con más encanto, y allí te compraré una bonita pamelita para que vayas conmigo a la famosa carrera de Ascot. Esto último también te va a encantar...

Y tras esta larga enumeración de lugares dignos de ser visitados en Inglaterra, le hizo un pormenorizado comentario sobre todo lo relacionado con el protocolo en general, referido a la vestimenta, de los asistentes a la famosa carrera de caballos: todas la

señoras van con sombreros y pamelas; aunque algunos de estos adornos, a veces, resultan un poco estrafalarios. Y los caballeros han de llevar sombrero de copa. “Entonces..., ¿tú te pondrás uno?”, preguntó ella con cierta curiosidad morbosa –Claro, tengo que acompañarte y tenemos que ir de acuerdo con la etiqueta –respondió el muy ceremonioso. “¡Qué barbaridad! Pues que estirados son estos ingleses...” – No creas. Te gustarán, cuando los conozcas. ¡Ah!, y recuerda meter ropa de abrigo, porque aunque es primavera, cuando estemos en Austria y cerca de los Alpes, hará mucho frío. Allí también puedes comprar lo que necesites, pero de momento llévate algo, por si acaso –finalizó éste, satisfecho con su pormenorizada tarea informativa.

Álvaro era feliz sólo con el hecho de que ella lo fuera. Veía muy contenta a Laura, y eso para él no tenía precio. –Cariño, ¿me puedes acompañar esta tarde a la ciudad? Tengo que concretar las habitaciones con el hotel para algunos invitados –dijo Álvaro, un poco preocupado por esta cuestión– Los primeros llegan mañana, y los demás llegarán dos días después. En

casa se quedarán seguramente los ingleses y mis hermanos, ¿te parece bien? –concluyó finalmente. “Todo perfecto. Te acompaño a la ciudad y así aprovecho también para hacer algunas compras”. –¡Qué pena! Y yo que creí que venías por estar conmigo... ¡Qué desilusión! “No te quejes tanto, que me paso todo el día contigo” –¡Ah!, también tengo que contratar el autobús para que los traiga el día antes a la cena y luego al día siguiente para la ceremonia –añadió él, pensando que había estado a punto de olvidar esta cuestión. “¡Dios mío!, cuantas cosas son necesarias para una boda... Estarás ya bastante cansado, ¿verdad? Yo también voy teniendo ganas de que todos estos preparativos y la boda terminen de una vez; y poder descansar y disfrutar de nuestro hijo y nuestra nieta”. –Todo se quedará luego como un remanso de paz. Y Ahora comprendo por qué los recién casados se marchan de viaje; yo creo que es para poder olvidarse de tanto ajetreo. Terminan agotados. –finalizó Álvaro, convencido de su análisis sobre la pesadez de tanto preparativo para tan poco rato como duraba la ceremonia.

La Zarzalera era un hervidero de gente. Las carpas para la cena de gala y el día de la boda ya estaban montadas. Solamente faltaba adornarlas con las flores. Ellos querían una boda familiar, pero con la cantidad de amistades que tenía Álvaro... (al final, habían confirmado su asistencia más de cien personas) tuvieron que poner carpas en los jardines. En la casa era materialmente imposible meterlos a todos. Laura ya llevaba unos días un poco desquiciada con tanto preparativo. Gracias a su nuera Marisa y a Rafaela pudo sacar adelante todo. Y menos mal que ya estaba bastante recuperada: ya caminaba sin cojear, que era lo que a ella más le preocupaba.

El día antes de su boda, por la mañana, un mensajero trajo un paquete para la señora Laura Montesinos. Rafaela cogió el paquete. Fue hasta la habitación de ella y llamó a la puerta. —¿Quién es? —preguntó Laura, enfrascada en la interminable tarea de los preparativos para la boda. “Soy yo, Rafaela” —Pasa mujer. Estos días, y estando tan atareadas, no hace falta que andes llamando... —sugirió Laura a su amiga, tratando de agilizar el trabajo. “Acaba de llegar este

paquete para ti” –A ver... No tiene remitente, pero es letra de mujer. “El caso es que a mí me suena bastante esa letra...”, dijo Rafaela. En ese momento entraba Álvaro y se percató del problema. “A ver mi amor... ¿tú conoces esta letra? –Sí, es la de mi madre, cariño. “¿Qué será?, viene a mi nombre” –Trae, yo la abriré; porque no me fío de ella. “¡No digas bobadas Álvaro!”

En el interior había una caja de terciopelo en gris. Laura la abrió y se quedó perpleja. Dentro había una delicada joya y una nota. Los tres se quedaron estupefactos, y no daban crédito a lo que veían. La joya era una preciosa gargantilla. –Esa es la gargantilla que han lucido todas las mujeres de la casa Dorsia. Yo la había visto entre las joyas de mi madre, y aunque me pertenecía ahora, no quise rebajarme a pedírsela. Sabía que el día que ella muriera esa joya sería de mi mujer, así es que jamás te sientas en deuda con ella, es tuya para siempre –concluyó Álvaro emocionado. “¡Gracias cariño! La nota no la he leído”, añadió seguidamente. Cogió la nota y en ella podía leerse lo siguiente: “Varias generaciones de la casa Dorsia han

sido poseedoras de esta joya. Y ahora te toca a ti lucirla y disfrutarla. Tu reinado empieza y el mío termina aquí, es ley de vida. Sed felices.”

Los tres se quedaron paralizados, ninguno de ellos dijo nada; Laura sintió una punzada en su corazón: “¿Por qué aquella mujer no acompañaba a su hijo en el día de su boda?” Hasta este momento Laura tenía la esperanza de que la condesa asistiera; el gesto de la joya era muy significativo. Quizá, más adelante, pudieran limar esas asperezas. Ahora todo era posible.

Álvaro se marchó cabizbajo a su habitación, sabía que una vez más su madre le dejaba solo. Laura no lo siguió, pensaba que él debía estar solo en aquellos momentos. “¡Qué corazón más duro tiene esa mujer. Cómo puede hacer sufrir así a su hijo en el día de su boda!”, dijo Rafaela indignada. —No sé si ponerme la gargantilla —dijo Laura disgustada. “Te la pondrás ahora, porque tú serás la condesa; y a ti te pertenece, ¡faltaría más! Y no quiero oíros hablar más de ella en estos días... ¡Estaría bueno!”, manifestó una Rafaela rotunda. “Te traeré el desayuno, y estate lista, porque dentro de una hora llegan los peluqueros para

prepararte”, concluyó ésta autoritaria –Puedes traerme a la habitación de Álvaro, porque creo que necesita compañía –dijo Laura, lamentándose por lo ocurrido– ¡Ah y le traes alguna golosina para él, a ver si se anima, ¿de acuerdo? ¡Gracias!, te quiero –y tras estas palabras de Laura.... Rafaela se volvió desde la puerta y le dijo: “Estoy aquí enseguida”, añadió, mientras salía rápidamente hacia la cocina.

Laura se puso la bata y fue a la habitación de Álvaro, sabía que estaría triste. “Cariño...”, dijo suavemente, pegando con los nudillos en la puerta. “¿Te encuentras bien?” –Sí, ya se me pasó –contestó él con un cierto aire de tristeza. “¿Todavía tenías alguna esperanza, verdad?” –Pocas, pero... “Levanta el ánimo cariño. Ella no puede condicionar nuestra vida a su antojo” –Tienes razón como siempre. Estoy aún un poco nervioso, aunque también un poco más animado –concluyó finalmente. “Eso lo arregla un buen desayuno. Ahora nos lo traerán a tu habitación. ¿De verdad vas a desayunar conmigo?” –Claro. ¡Qué buena idea, porque tengo un hambre..., –añadió Álvaro dándole un cariñoso cachete.

Llegó la noche y la Zarzalera brillaba por sus cuatro costados, parecía que fuera de día. Los coches y los invitados comenzaban a llegar. Marisa y Eduardo ejercían de anfitriones, mientras los novios daban sus últimos retoques. Álvaro llamó a la puerta de Laura, y cuando ella abrió él se quedó sorprendido, al contemplar a su amada. –¡Maravillosa! –exclamó él extasiado ante una Laura radiante y espectacular. No menos sorprendida quedó ella, cuando él entró con su elegante esmoquin, su fajín, su inmaculada camisa blanca y su negra pajarita. Ahora sí se parecía a un lord inglés. “¡Mi amor! Estás impresionantemente guapo” –¿De verdad? –dijo él, cautivado ante semejante halago– Sin embargo, a ti creo que te falta algo, –añadió él dichoso “No sé... yo creo que estoy lista” –¿Tú crees que esto te quedará mal en ese precioso cuello? Y Laura se quedó maravillada ante la gargantilla que él le mostraba. –Este es mi regalo para ti. Espero que te guste y puedas lucirlo esta noche. “Gracias cariño. ¡Es preciosa!”. Álvaro puso a

Laura la joya de brillantes engarzados en oro blanco, diciéndole a la vez:

—¡Mi amor!, luces como una reina. “Y para que tú estés a la altura de este momento te haría falta algo como esto”, añadió ella poniendo sobre sus manos una cajita que abrió dejándole fascinado: se trataba de unos gemelos de oro con sus iniciales, que ella y su hijo Eduardo habían encargado a la casa Dunhill de Londres. Álvaro no salía de su asombro. “¿Qué había hecho Laura para conseguir este regalo?” Eso era un secreto entre Eduardo y ella. —¡Son preciosos! —dijo emocionado— ¡Gracias Laura!, no dejas de sorprenderme —concluyo conmovido. Y fue Laura, finalmente, la encargada de poner los gemelos a su príncipe, que era como lo veía ella en aquellos momentos.

“Vamos, que estarán todos esperando por nosotros” —Sí, mi amor. Serás la estrella que más brille esta noche. “¿Puede usted dejar de adularme y darme su brazo?”, dijo ella sonriendo a su amado. —¡Para mí es todo un honor...! —proclamó Álvaro con una cierta aureola de solemnidad, y, por qué no, todo ello aderezado con unas gotitas de socarronería.

Todos comentaban la elegancia de Laura. Eduardo y Marisa se acercaron para comunicarles que todo estaba saliendo muy bien. Y éste, emocionado, besó a su madre. “Mamá estás preciosa. Y eres la madre más guapa del mundo”, –¡Pero qué adulador eres...! Te pareces a tu padre. “¡Ah!, tampoco pierdas de vista a papá que está muy elegante y puede que alguna jovencita...” –¡Pero qué malo eres...! –concluyó su madre. –Marisa, ¿qué te parece?; ¿crees que todo va bien? –preguntó Laura inquieta. “Perfecto. Y además los has conquistado a todos; especialmente a las señoronas, que se han quedado de una pieza” – Ellas pensarían que una por ser criada no tendría clase; pero a partir de esta noche con toda seguridad cambiarán todas de opinión. –¡Qué rabien! –añadió finalmente, con cierto desahogo. “Tú disfruta, que es tu noche”, dijo Marisa sonriendo. Entre suegra y nuera había una gran complicidad.

CAPÍTULO XXV

La cena fue todo un éxito: los invitados estaban encantados, y hacía mucho tiempo que no se celebraba una boda como ésta en la Zarzalera. Cuando terminaron de cenar, Álvaro propuso a los invitados que salieran al jardín; porque tenía una sorpresa para su futura esposa y quería compartirla con todos. Y ya fuera, las luces se atenuaron para dar paso a una magnífica sesión de fuegos artificiales. Laura lloraba de emoción –¿Te gusta querida? –preguntó Álvaro entusiasmado. “¡Estás loco!”, clamó ella, absolutamente emocionada. –Quiero que esta mágica noche quede para siempre en nuestro recuerdo y en el de todos, como la mejor fiesta de la Zarzalera –dijo ilusionado– Y que todos los invitados la recuerden durante muchos años. Tantos como los nos gustaría vivir juntos, mi amor –concluyó Álvaro, abrumado por tanta felicidad.

Hasta media noche siguió el baile y la fiesta para los más jóvenes. Álvaro y Laura la abandonaron antes, porque el siguiente día sería otro de muchas emociones.



Por fin llegó el día de la boda. Laura estaba aún durmiendo, cuando unos golpecitos sonaron en su puerta. “¡Dios mío!, ¿quién será a estas horas? Aún es muy temprano...” –Soy yo, Laura –dijo Álvaro desde fuera. “¿Te pasa algo cariño?” –No, solo quería saber como estás. “Estoy bien, pero hoy no te puedo abrir, porque no puedes ver mi traje. “Es que... ¿te pasa algo?” –No, es que estoy algo nervioso. “Yo también lo estoy, por si te sirve de algo. Ve a la cocina y toma algo o métete en la bañera y juegas con los patitos. O... ¡yo qué sé! ¿No te das cuenta de que aún es muy temprano? –Está bien... –dijo él, volviendo de nuevo a su habitación. Y Laura sonrió por la ocurrencia de que él pudiera jugar con los patitos. Sabía que los nervios hacían estragos en los dos en estos momentos. Pensó, finalmente, que lo mejor para sus nervios estaba en la habitación de su nieta, y

hasta allí se dirigió. Ésta permanecía en su cama, aunque ya estaba despierta y jugando con su mamá.

–¿Puedo ver a la niña más guapa del mundo? –dijo Laura, entreabriendo la puerta. “Ven abuelita, que quiero enseñarte mi vestido nuevo” –¡Huy..., es precioso! Serás como las princesas que aparecen en los cuentos, mi amor –contestó Laura, poniendo cara de sorpresa y mirando la carita de felicidad de su nieta. “Tienes que bañarte cariño”, dijo Marisa dirigiéndose a la niña. –¿Puedo bañarla yo? –preguntó Laura suplicante. “Claro..., y así yo aprovecho para desayunar”, respondió Marisa satisfecha. –Desayuna tranquila querida que yo me ocupo de esta belleza.

Y Laura, después de disfrutar de su nieta, salió mucho más animada. Pensó también en lo que Álvaro se habría divertido, y sintió lástima por él. Al pasar delante de su puerta oyó la voz de su hijo; y se alegró porque así Álvaro estaba acompañado. Entró en su habitación y se dio cuenta de la hora que era, y de que pronto aquel lugar sería un auténtico caos. Se metió en la bañera y allí permaneció relajándose algunos minutos hasta que Luisa llamó a su puerta con

el desayuno. –¡Pasa! –gritó Laura desde el baño –y déjalo en la mesa, aunque no creo que pueda tomar nada. “Pues mi madre ha dicho que coma algo, si no subiré y le echaré una buena reprimenda...” –Gracias Luisa, tomaré un zumo –dijo Laura, cuando ya salía de la ducha–; y le dices a tu madre que hoy es sólo madrina para que no mangonee tanto; y que me lo comí todo... “Usted sabe que ella no se lo va a creer”, añadió Luisa, escamada ya ante situaciones similares. –Anda ve, y te vas preparando tú también –concluyó Laura con una sonrisa. Y, al mismo tiempo que salía Luisa, entraban la peluquera y la señora que se encargaría de vestirla y prepararla.

Los primeros coches ya habían empezado a llegar a la Zarzalera. Y mientras tanto, el padre Mateo daba las últimas instrucciones en la capilla. Esta ofrecía un aspecto radiante con las flores, las luces y esa gran alfombra que salía hacia fuera hasta la llegada de cada uno de los coches de los que descenderían los novios. Mientras tanto, Álvaro se preparaba ayudado por su hijo. Marisa y demás señoras hacían lo mismo con Laura. En otra de las habitaciones Rafaela se

preparaba muy nerviosa, y aunque llevaba muchos días practicando su entrada en la capilla del brazo de Álvaro, se sentía bastante insegura ahora que estaba tan cerca el momento de la verdad. “Sólo espero no hacer ahora el ridículo”, pensaba acongojada.

–Ni se te ocurra pensar en hacerlo mal ahora... ¡Con lo fácil que es ir del brazo de un hombre, y nada menos que del de Álvaro! –le recordó de nuevo Luisa, indignada con la mojigatería de su madre –¡No puedes hacerles eso ahora a Laura y a Álvaro mamá! –finalizó ésta enérgicamente. “Además yo no me lo perdonaría nunca. ¡Hay que ver!, con lo fácil que es ir del brazo”, insistió Rafaela angustiada.

–Yo sé que todo irá bien. Estos días te salía perfecto. Hazlo por Álvaro; porque él te quiere como a una hermana, y yo sé que tú jamás le vas a defraudar –insistía Luisa tratando de animarla. “Puedes estar segura de que no le defraudaré”, replicó Rafaela más animada y resolutiva. –Así quiero verte mamá. Tú vales mucho, y ellos te quieren. Y por otra parte le demostrarás a la condesa que tú puedes ocupar ese puesto mejor que ella. Tú te lo has ganado a pulso, y

por eso, Álvaro estará orgulloso de entrar en la capilla contigo del brazo –concluyó Luisa, tratando de animar a su madre.

–Estás tan elegante, que seguramente nadie te va a reconocer –dijo Luisa, cuando terminó de preparar a su madre. Y Rafaela lloraba emocionada. –No llores, tu maquillaje se puede resentir, ya te lo dije... Y tras estas palabras de Luisa, alguien llamó a la puerta. Era Álvaro que venía a buscar a la madrina; y cuando éste la vio arreglada se quedó sin palabras. –¡Estás guapísima, Rafaela! Qué orgulloso estoy por todo lo que estás haciendo por mí –dijo emocionado; y seguidamente, se acercó y le dio un beso en la mejilla. Ella representaba aquel día a la madre que nunca supo estar con él, ni en los buenos ni en los malos momentos. Rafaela se cogió del brazo de Álvaro y juntos fueron hacia el coche para recorrer finalmente los doscientos metros que le separaban de la capilla. Antonio, hijo de Rafaela y amigo de Álvaro desde pequeño, sería su chofer. ¡Qué lejos quedaban aquellos largos paseos a caballo con Álvaro, aunque entonces Antonio no fuera más que un niño!

En la habitación de Laura todo estaba listo, cuando le comunicaron que el novio había llegado a la capilla. –¡Vamos...! –dijo nerviosa– No quiero hacerle pasar un mal rato a Álvaro...–concluyó con una sonrisa. “Lo normal es que la novia se retrase algo”, replicó Marisa. –Es un poco cruel, ¿no te parece? –comentó Laura, “En este día, a la novia se le perdona todo”, medió finalmente alguien del grupo de la novia.

Cuando Eduardo entró a recoger a su madre, se quedó maravillado; y solo pudo exclamar: “¡Mamá estás radiante!” –Gracias hijo, también estoy muy nerviosa. Pienso que mis piernas van a flaquear cuando entre en la capilla –advirtió, atenazada por los nervios. “Yo te sujetaré fuerte. No te preocupes”, dijo finalmente tratando de tranquilizarla. Y Laura que, para la cena de gala de la pasada noche, había elegido un traje largo y espectacular; ahora, sin embargo, para la ceremonia de la boda había reservado algo más sencillo: un fino conjunto de dos piezas de color beige; y un sencillo recogido en el pelo, que adornado con un exquisito tocado de raso en los mismismos tonos calidos del vestido, le daban un aire

sobrio y a la vez elegante. Y en su espléndido escote lucía la maravillosa gargantilla de la casa Dorsia. Estaba sublime, tal como comentaban algunos, al verla descender del coche.

Cuando llegaron a la capilla, las campanas comenzaron a sonar de forma impetuosa, dando la bienvenida a la comitiva nupcial. Era la señal para que todos supieran que la novia había llegado. La expectación era máxima. Laurita iba detrás de su abuela y de su padre. Ella era la pequeña dama que sus abuelos habían elegido para que portara los anillos el día de la boda. Parecía una princesa con su lindo vestido, que tenía los mismos tonos que el traje de su abuela.

Tras la entrada de la novia por la puerta de la capilla, el órgano comenzó a sonar, mientras una cálida voz de niño entonaba el Ave María de Schubert. Laura sintió que el corazón se le salía del pecho y no pudo evitar mirar hacia atrás a la ventana que había en la parte posterior de la capilla. Allí estaban sus niños, había reconocido sus voces... Y mientras tanto, una lágrima rodó silenciosa por su rostro emocionado. Seguidamente pensó en Álvaro. Él había hecho

esto, estaba segura. Lentamente llegó hasta el altar donde él la esperaba; se acercó, y en un susurro, le dijo al oído: “Gracias por tan hermoso detalle, mi amor” –¡Estás preciosa! –murmuró él suavemente. Y acto seguido, comenzó la ceremonia. Laura estaba radiante, no podía creer lo que estaba viviendo. Álvaro la miraba extasiado; y mientras tanto, el padre Mateo iniciaba la bendición de los anillos, dando paso así al sacramento del matrimonio. Seguidamente, el sacerdote preguntó: “Don Álvaro de la Vega, conde de Dorsia, ¿quiere usted por esposa a doña Laura Montesinos?” –Sí quiero –contestó él con seguridad. “Doña Laura Montesinos, ¿quiere usted por esposo a don Álvaro de la Vega”?, –Si quiero, –dijo ella emocionada. Y el padre Mateo añadió: “Por el poder que me otorga la Santa Iglesia Católica yo os declaro marido y mujer; y ahora puedes besar a la novia”. Y Álvaro, un poco nervioso, besó dulcemente a su esposa. Acto seguido el coro de niños del orfanato entonó el Aleluya de Hendel, y mientras tanto, las campanas de la capilla repicaban frenéticamente.

Cuando Álvaro y Laura salían, les recibió una lluvia de pétalos de rosa. Y ellos emocionados, fueron recibiendo los parabienes de sus invitados. Aunque hubo alguien que presenció toda la ceremonia, pero no se acercó a felicitarles. Solo Manuel, el marido de Rafaela, pudo ver a la condesa; pero ésta le dijo que nadie debía saber que ella estaba detrás de los niños del orfanato presenciando la ceremonia. Ésta abandonó la capilla antes de que salieran los demás invitados; y ahora en su coche, camino de su casa del Norte, pensaba para sí: “¡Demonio de muchacha! ¡Será una buena esposa y una gran condesa!” ¿Aceptó finalmente la condesa a Laura...? Dejemos que cada posible lector de estas páginas opine libremente sobre un final más o menos feliz de esta historia.

Mientras tanto, y ajenos a todo esto los novios se hacían las fotos de familia para pasar después al gran banquete con el que obsequiarían a sus invitados. Laura y Álvaro no podían ocultar su felicidad; estaban radiantes. Finalizado el banquete, los novios abandonaron la mesa, no sin antes agradecer a todos sus

amigos el que hubieran compartido con ellos el día más feliz de sus vidas.



Subieron al que de ahora en adelante sería su dormitorio. Esa era la sorpresa que Laura había guardado para Álvaro. Y éste se quedó maravillado. “¿Dónde estaba el viejo dormitorio de su madre?”, pensaba impresionado. No quedaban ni las paredes, como él le pidiera algún tiempo atrás. Ella lo había transformado; quería que todo fuera nuevo para ellos.

—¿Te das cuenta lo que han cambiado nuestras vidas? —añadió Álvaro, ahora más relajado. “¡Prepárate mi amor, que tengo ganas de llegar también a nuestra casita del lago”, manifestó ella. Y él se alegró, al oírla pronunciar por primera vez la palabra “nuestra”. Ahora sí..., Laura era su mujer. Bajaron hasta los corrales, cogieron el coche y para no ser vistos por los demás salieron por la puerta de detrás. Entraron en la carretera y pusieron rumbo hacia su refugio. Y cuando llegaron... —Cierra los ojos mi amor; y piensa

en la última vez que estuvimos aquí –dijo Álvaro en un tono ciertamente misterioso. Y seguidamente, cogiéndola de la mano, abrió la puerta lentamente diciendo: “Ahora abre los ojos”. Cuando Laura abrió los ojos, no daba crédito a lo que estaba viendo, un gran ramo de rosas le daba la bienvenida. Laura lloraba de emoción: no podía ser, todo estaba igual al último día en el que ellos estuvieron allí, hacía ya veinticinco años. Álvaro, con la ayuda de Marisa, había recreado todos los detalles, porque quería que ella sintiera que nunca había estado alejada de allí. Se abrazaron..., y ahora sí, comenzaba una nueva vida para ellos. Sólo la muerte podría sepáralos.

Fin

